





# **LOS TIEMPOS DEL SUJETO DEL INCONCIENTE**

El psicoanálisis en su tiempo y el tiempo en el psicoanálisis

Publicación de la Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano  
Zonas América Latina Norte, América Latina Sur, España

**Volumen en español**

Director

Jorge Zanghellini

e

**Integrantes del CIOE (lengua española)**

Ramón Miralpeix

Lydia Gómez Musso

María Angeles Gómez Escudero

**Responsables Volumen Preparatorio**

**Miembros del CIOE**

Ramón Miralpeix

Lydia Gómez Musso

María Angeles Gómez Escudero

Angela Teiveira

Marc Strauss

Jorge Zanghellini

Edición:2008

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin previo permiso escrito del titular.  
Todos los derechos reservados.





## Presentación del volumen preparatorio

### 0

*Heteridad 3* se hacía eco en 2003 de las Primeras Jornadas Europeas de la IF que tuvieron lugar en Madrid en Octubre de 2002 con el título: *El tiempo del psicoanálisis*. Ahora sale este «volumen preparatorio» en el que se recogen los textos que deberán servirnos para ponernos en la ruta del V Encuentro de la Internacional de Foros; se trata de una nueva vuelta, nunca igual a la anterior, como en un análisis, que debería permitirnos cernir mejor eso que quizás exista sólo para el hombre, el tiempo, y la dialéctica que se abre entre el instante y la duración, y entre la atemporalidad y el decir... todo ello en un marco, el de un psicoanálisis.

El CIOE se ha hecho responsable de su publicación, y espera que su lectura nos brinde a todos la oportunidad de acercarnos, más preparados, al Encuentro.

### I

Hace ya casi un siglo, Freud colocaba al psicoanálisis dentro de la historia de la humanidad en la serie de las «*graves afrentas a su ingenuo amor propio*» (Freud, 1917 <sup>1</sup>). Ahora no nos intranquiliza saber que la Tierra no es el centro del universo, ni que la primacía del hombre sobre la Tierra no proviene de ningún privilegio en relación a su propio origen... el propio discurso de la ciencia se ocupa de suturar los traumas que su saber pudo producir. La intranquilidad efecto de saber que el «yo» sobre el que se había sostenido el propio pensamiento no era más que un velo, una cáscara que ocultaba sus propias razones, esa intranquilidad no va a poder ser disuelta porque el valedor de este saber, el psicoanálisis, tiene por objeto justamente el agujero, pues se trata de un saber que opera sobre esta herida poniéndola al descubierto en

---

<sup>1</sup> Freud, Sigmund. *Obras completas* 18ª Conferencia. La fijación al trauma, lo inconsciente. Amorrortu Vol XVI

lugar de suturarla. La «incongruencia» del Psicoanálisis con la Ciencia, en este sentido, está asegurada. Esta incomodidad convivencial lo es desde el origen, y lo será mientras el Psicoanálisis perdure.

La cuestión, en relación a este tiempo, radica para nosotros los psicoanalistas en poder discernir cuál es «realmente» el aporte del psicoanálisis a la humanidad. Metodológicamente la pregunta pertinente no es muy complicada: ¿en qué el psicoanálisis ha cambiado a la «humanidad»? Sabemos que la ciencia ha introducido en ella la posibilidad de su aniquilación, no sólo por las guerras habidas o por las armas acumuladas para este fin, sino también por el manifiesto desequilibrio efectuado en la atmósfera por los gases-escoria que produce: veremos si será capaz también de suturar este agujero. El psicoanálisis ha introducido, creo que por primera vez en la historia de la humanidad, la pérdida de la inocencia, dicho de otra forma, la posibilidad de un «verdadero» ateísmo, o en palabras de Lacan «*Esto es el gran secreto: No hay Otro del Otro*»<sup>2</sup>. Que este saber no produzca sólo cínicos es un reto para el propio psicoanálisis y para nosotros en la EPFCL.

## II

Si la cuestión del tiempo es fundamental para nosotros, adquiere un valor añadido por el hecho de ser el tiempo de la sesión un rasgo unario –si me permiten esta expresión- sobre el que se significantizó la diferencia, un corte en la historia del psicoanálisis que ha supuesto que haya, ahora, lacanianos y no-lacanianos. Y es fundamental además porque la concepción del tiempo determina en algún modo lo que puede ocurrir, y por tanto lo que ocurre, entre una entrada y una salida, entre un inicio y un fin, pues de este tiempo se trata.

Respecto del tiempo de la sesión, éste deja de estar sujeto al cronómetro - tanto en la sesión de duración variable como en la sesión breve- para quedar bajo la «responsabilidad» del analista. Este tiempo vendrá determinado por una lógica subjetiva relativa a un tiempo simbólico, pero también por una lógica «objetiva» más relativa a lo real en lo temporal, en la que se trata o bien

---

<sup>2</sup> Lacan, Jacques. *Seminario 6. El deseo y su interpretación*. Clase 16. 8 de Abril de 1959



de señalar el momento en que el objeto o su agujero asoma la nariz, o bien del corte que propicie su emergencia. La consecuencia técnica de todo ello, el cambio del uso del tiempo como muleta de la ley por el uso del tiempo como elemento que está en la estructura, habrá supuesto la aportación «técnica» más importante —quizás la única significativa— que se habrá introducido en la cura analítica después del diván.

Respecto del tiempo de un análisis, sostenemos la tesis de un final, pero también el tiempo de la emergencia del deseo de analista y el tiempo para el pase. Señalo estos tres momentos, el final, la emergencia del deseo del analista y el pase como no homogéneos ni contemporáneos; y por el camino quedan, difíciles de sistematizar, los momentos «cruciales», de viraje, de salida, de cambios de analista... particulares a cada recorrido pero no por ello menos importantes e interesantes para el saber que nos ocupa.

### III

Se dice —hay un discurso que lo sustenta— que la temporalidad actual es la de la hipermodernidad, en la que el rasgo «ideal» del tiempo es la inmediatez, el cual produce una significación subjetiva de «consumidor impaciente»<sup>3</sup>. El placer de los preludios, del camino, queda ahogado por el goce del acto, de la llegada, lo cual no deja de ser paradójico con el hecho de una, si no creciente al menos persistente, «espiritualidad» y búsqueda de lo que no se compra. Nuestro «movimiento» ha optado por hacer suyo como campo de operaciones el campo lacaniano, que no es otro que el campo de los goces y los discursos en que se sostienen hoy y aquí. Por ello sigue siendo pertinente un Encuentro Internacional sobre el tiempo.

El que nos toca vivir es un tiempo en el que el paciente que quizás devenga analizante, se presenta antes, en muchas ocasiones, como consumidor, cuya temporalidad es la que va de la obtención de un «gadget» a través del que piensa gozar hasta su consumo, es decir hasta su conversión en resto cuando otro «gadget» ocupe su lugar. Eso es lo que hay.

La atemporalidad del inconsciente exige un tiempo opuesto al de la inmediatez para desplegarse. El encaje del psicoanálisis, entonces, no es fácil.

---

<sup>3</sup> Lipovetsky, G. *Hipermodernidad, la era en que vivimos*. [www.comunidadmujer.cl/0actividades04\\_gilles\\_nvo.asp](http://www.comunidadmujer.cl/0actividades04_gilles_nvo.asp)

Nunca lo fue, pero durante un tiempo el deseo pudo estar de moda —ni que fuera revestido por ideales de los que sólo queda el desencanto. Si el deseo tiene siempre la falta como pareja y su tiempo es el de un recorrido, el goce hace siempre Uno y su tiempo es el del instante. Quizás sea por ahí, por la reivindicación de un espacio para el deseo, por donde el psicoanálisis adquiriera un nuevo valor subversivo, y ahí donde un lugar pueda serle afín. Quizás sea este el contexto, el de la subversión, en el que podamos discutir cosas como su lugar en las reglamentaciones de psicoterapias o su ubicación en relación con el mundo de la sanidad y la salud. Si tuviera que hacer un símil bélico, se trataría de ver estratégicamente qué puede ser más útil a la causa, si la guerra de guerrillas o la infiltración en el campo enemigo... o la combinación entre ambas.

#### IV

Finalmente, «nuestro» tiempo, es decir, el de los Foros y su Escuela. Habrán pasado diez años desde julio '98, tiempo suficiente para hacer una buena «puesta a punto» de nuestras instituciones, en función de su idoneidad para que el psicoanálisis pueda ser sostenido por los psicoanalistas que acogen, para que algo podamos avanzar en el camino del saber que consigamos obtener del pase, y para el desarrollo y transmisión del psicoanálisis en el mundo. Algunas de las variables de las que partimos no son hoy las mismas: no estamos en el momento de fundación en el que acentuar las diferencias con el modelo del que salíamos podía ser una imposición lógica, y en cambio, ya estamos en el tiempo de nuestra Escuela de Psicoanálisis de los Foros del Campo Lacaniano.

No es este el espacio para los balances y las nuevas propuestas, sino más bien el de anunciar su posibilidad para la Internacional de Foros y para su Escuela, para encontrar un nuevo equilibrio entre el dinamismo de un «estado» constituyente permanente y la estabilidad de unas instituciones bien asentadas.

#### V

Para terminar, el tiempo entre este volumen y el Encuentro en São Paulo, un tiempo preliminar que tiene un doble fin: avanzar —hacer avanzadilla — en el recorrido teórico por distintas cuestiones del tiempo y el psicoanálisis, pero sobretodo, causar deseos de seguir con ello, y por tanto, encontrarnos cuantos más mejor en Julio 2008, en Brasil.

**Ramón Miralpeix**

## **EL SUJETO Y EL TIEMPO**



## SUJETO, CORTE Y TIEMPO

EPFCL-ALN-Foro Medellín

### El tiempo del Acto

Vivimos, existimos y morimos en el tiempo. Nuestra existencia está marcada por la **duración**. . . El tratamiento que hace cada sujeto de esta **duración**, está afectado y determinado por la posición inconsciente. Se puede afirmar que el tiempo y su concepción se ven afectados por las estructuras clínicas: el tiempo en la obsesión y su postergación del acto. El tiempo de la histeria con su anticipación inhibitoria. El tiempo en la perversión con la prisa de la ejecución. El tiempo de la melancolía, eternizado en su duración. El tiempo en la psicosis con la bizarra alteración del espacio en la esquizofrenia y la infatigable iniciativa del Otro en la paranoia. De ahí la importancia de tratar el **tiempo** en el dispositivo analítico y su íntima relación con el Acto analítico.

El sentido común trata de organizar el fenómeno del tiempo vivido valiéndose de recursos de la física y la geometría: tiempo lineal, tiempo circular, repetición del tiempo. El registro de la duración en el cronómetro es el recurso ordinario para «poner el tiempo en su lugar». Cuando se habla de eternidad, perpetuidad y tiempo infinito, se trata de fijar límites tanto al comienzo como al final de este fenómeno. Sin embargo, la gramática no se somete a estos modelos del sentido común: el tiempo presente puede tener significación de pasado histórico; el pretérito puede expresar un presente permanente; el antefuturo –futuro anterior- con su estructura de futuro condicional, simultáneo con un participio pasado, pasa a ser el tiempo utilizable en la retroacción del sentido: «Llegaré y te habrás ido...» La retroacción del sentido propia de la estructura significante, altera la linealidad discursiva en espera del punto de anudamiento entre código y mensaje.

Fue Freud quien percibió la intemporalidad del inconsciente *Zeitloss*, especialmente en la representación de los sueños. Este hecho clínico obliga a un retorno retroactivo para descifrar el sentido anudado en ese fenómeno «sin sentido». Freud denomina esta operación *Nachträglich*.

Al introducir Lacan la lógica del significante como recurso ordenador de los fenómenos clínicos, se enfrenta tanto al problema del tiempo como el del espacio

anudados en toda experiencia clínica y particularmente verificables en el dispositivo analítico.. Cuando Lacan introduce la lógica del significante como recurso ordenador de los fenómenos clínicos, se enfrenta tanto al problema del tiempo como al del espacio, tal como Freud los había descrito en relación al inconsciente.

*El estadio del espejo* en su versión de 1936 introduce la dimensión temporal al relacionarla con la aprehensión de la imagen reflejada en una superficie.

Tiempo y espacio se combinan en el momento de la precipitación de la imagen fundadora del Yo.

Una reflexión cuidadosa sobre este fenómenos lleva a Lacan a tomar distancia frente a Descartes, quien con la experiencia del cogito separa la «res extensa» de la «res cogitans». Para Lacan en la experiencia del espejo, el sujeto se aprehende en la imagen reflejada en la superficie del espejo lo que es «...un momento de estructuración genética de la constitución de la realidad...»

Al introducir su definición de **significante**, puede volver a Freud para llevar a cabo la lectura bien conocida y sus consecuencias. Veamos su definición canónica y, por lo demás, no modificada a lo largo de su recorrido de enseñanza: «Nuestra definición del significante (no hay otra), es: un significante es lo que representa al sujeto para otro significante. Este significante será pues el significante por el cual todos los otros significantes representan al sujeto...» Esta definición le sirve para apartarse de la fenomenología de lo intersubjetividad del Yo-tú en el encuentro con el semejante, y para introducir el concepto de Otro como lugar de lo simbólico «tesoro de los significantes» El sujeto representado en la cadena significante le permite a Lacan anudar lo extenso de la cadena que se desliza en la flecha del tiempo, con las escansiones sucesivas de la combinación de la diacronía y la sincronía que son las que determinan las condiciones del acto, es decir la anticipación de la prisa y la retroacción del sentido.

*El tiempo y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma.* Le lleva a Lacan muchos años de elucidación teórica necesaria para resolver el tema de la intersubjetividad y de la relación del sujeto individual con el colectivo social. Mediante su «Pequeño sofisma» como lo denominó, llevó a cabo la relación con el *Estadio del espejo* y sus diferentes modificaciones entre 1936 y 1949. En ese período examina las consecuencias de la prematuración del nacimiento de la criatura humana y su radical dependencia del semejante, la que le sirve al sujeto para encontrar la unidad ante la variabilidad de las imágenes del cuerpo. La imagen del doble como ideal le sirve como modelo y simultáneamente se aliena en ella. En este momento, según Lacan, se genera el arquetipo de los sentimientos sociales. Se

puede observar en esta reflexión de Lacan la referencia a la primera experiencia de satisfacción descrita por Freud en *El Proyecto* (1895) en donde el prójimo se divide en auxiliador y objeto hostil. Freud afirma que allí se genera la fuente de los sentimientos morales.

Los celos, la transitividad y la constitución del Yo son algunas de las consecuencias de la elucidación llevada a cabo por Lacan en relación al *Estadio del espejo*. Este es sometido a una nueva reflexión en tanto el sujeto queda incluido en la dialéctica social con las consecuencias de anticipación y vacilación implícita en el juicio en relación con sus semejantes. Los registros imaginario y simbólico son recursos para la reflexión del «tiempo lógico», dado que el lenguaje y la relación del sujeto hablante con este, sobrepasa la simple escena de la visión y su reflejo.

Los tres tiempos lógicos: *el instante de la mirada, el tiempo para comprender, y el momento de concluir*, comienzan a desprenderse del ámbito del «sofisma» para incluirse en la reflexión clínica. Lacan considera la intervención clínica de Freud con el «Hombre de los lobos» como una presión temporal que produce un paso a la primera persona. La aplicación del «*Tiempo lógico*» a la clínica individual, supone abandonar la escena colectiva para trasladar el tiempo lógico al sujeto como consecuencia de la articulación significante, volviéndose el «Tiempo lógico» la condición del acto.

Lacan anudará el deseo del sujeto a las condiciones del acto y mostrará que: «El tiempo solo puede distinguirse en el acto de la palabra. El presente no es más que el momento en que hablo. Resulta estrictamente imposible concebir una temporalidad en una dimensión de los apetitos. El ABC de la temporalidad reclama la estructura del lenguaje.»

*Juan Guillermo Uribe*

## **Objeto, corte y tiempo**

Que el lenguaje sea condición del inconsciente determina que la experiencia del análisis se mueva en dos tiempos: el diacrónico y el sincrónico. El sincrónico, dado que la emergencia del sujeto es a partir del corte de la cadena significante demostrado por Lacan en su topología, igualmente, «el sujeto en tanto marcado por el significante es propiamente, en el fantasma, corte de «a» . Diacrónico para la demanda, el deseo y la repetición.

Dos formas de acceder al tiempo cronológico, *automatóny tyche*, en el intento de aprehender lo imaginario de la historia, con el entrecruzamiento simbólico, pero introduciendo un tiempo Real. ¿En cuál de estos dos tiempos sustentar lo Real? Lacan nos deja otro, el tiempo lógico. Un tiempo marcado fundamentalmente por el Objeto «*a*».

En el Seminario XX *Aún*, nos dice: «...la «*a*» minúscula tetiza la función de la prisa». Expresión que surge en el marco de una referencia a su artículo sobre *El tiempo lógico y el aserto de certitud anticipada*, que pretende responder por la lógica del final. ¿Qué es lo que nos dice a nosotros esta expresión? Veamos: Tetizar <*tithenai*> significa colocar, es decir poner en frente, hacer emerger, en este caso ¿qué? «la función de la prisa», expresión que introduce otro tiempo, el del final de la experiencia: la prisa. ¿Cuál es su función? la salida. ¿Coinciden así el objeto *a* y el tiempo? ¿Hace existir el objeto «*a*» al tiempo de la prisa? ¿Es este tiempo el que soporta lo Real de la experiencia?

El objeto «*a*» que Lacan ha relacionado con la inconmensurabilidad del número de oro, como medida imposible del espacio entre dos. Tenemos entonces, espacio y tiempo articulados por el objeto «*a*», o más bien el tiempo que dicho objeto hace surgir, tiempo inconmensurable, instante de la prisa, tiempo de un decir. Tiempo sólo describible como el «relámpago» al que hace referencia Lacan que remite a Heráclito: «El trueno rige » y al comentario que de este hace Heidegger: «dejar estar delante (...) como ello mismo (...) poner Uno y lo mismo en Uno». Lo Bien dispuesto que para Heráclito «sólo acaece si Uno es Todo» y se escribe . ¿Qué es ese? El rayo, el relámpago, el trueno, que rige los todos. , Uno. Entendido el Todo no como universalidad sino como la particularidad que el Uno introduce.

¿De qué manera emerge el «*a*» en el decir del final? Si eso se escribe  $1 + a = 1/a$  o  $1/a + 1 = a$ , no hay más vía que la del Uno. Nombrar el Uno de la repetición aquel de la identificación que lleva al Uno de la diferencia, o sea del «pienso»  $1/1 + 1$  que da la repetición del rasgo unario, al soy = *a*. Teniendo claro que el «*a*», por inconmensurable no podrá ser nombrado, que lo que más se le acerca es el Uno de la diferencia que sólo lo indica, por eso Lacan dirá: «yo pienso: «luego soy». Este «luego soy» es un pensamiento». Lo que lo llevará a corregir la fórmula así: «Yo pienso luego: «soy». Entonces la emergencia del año la podemos considerar como un decir efectivo dicho «*a*», más bien como el surgimiento de un corte que introduce el rasgo haciendo surgir un tiempo: el del objeto «*a*».

Único saber posible, el del Rasgo de la repetición aislado, saber mutilado



del sentido, que se asume como síntoma para saber-hacer-con él. Letra que haría litoral entre el saber y el goce

En su obra Lacan distingue el Uno de la totalidad del Uno de la diferencia.. El rasgo Unario está del lado de la diferencia, lo escribe y nos enseña que es un significante tomado del Otro, a partir del cual se hace cadena con otros significantes, estableciendo el sentido del síntoma y de la repetición, pero al mismo tiempo introduciendo el goce a descifrar en el análisis. El goce como lo oculto que vendría a tener presencia en una palabra, en un significante.

El objeto «a», así surgido, hace corte para la emergencia del ser y causar la destitución subjetiva. Entonces, del corte significativo surge el sujeto, pero al final se destituye por el corte que introduce el objeto «a», tiempo del ser. Tiempo del final pero también tiempo para la interpretación que lo presentifica. «¿Es que nosotros no debemos hacer una parte esencial, en esto que es inmanente a toda la situación misma en tanto nuestro deseo deba limitarse a este vacío, a este lugar que dejamos al deseo, para que se sitúe allí en el corte? En el corte que es sin duda el modo más eficaz de la intervención y de la interpretación analítica.»

*Beatriz Elena Maya Restrepo*

### **A la hora de la Verdad: «a»**

Tiempo, corte, espacio y clínica son parte de la vida del psicoanálisis difícil de conjugar en el plano tanto de los conceptos como en la práctica misma.

En primera instancia la realidad que se juega en los consultorios no puede ser diferentes a lo que hemos llamado la realidad psíquica, que en apariencia se da como resultado de una diferenciación entre una realidad ficticia presente en el analizante en su discurrir y una realidad real del lado del analista en tanto depositario de un supuesto saber.

Entendida así, la realidad psíquica, no difiere mucho de una concepción ontológica y no prestaría mayores dificultades para que todo buen arqueólogo la encontrara. Sin embargo, la realidad psíquica se plantea como no perteneciendo ni a lo simbólico, ni a lo imaginario ni a lo real de modo exclusivo, de suerte que ningún registro en su dominio representa tal.

Estos tres registros que en su intersección, en el lugar en donde confluyen,

alberga el objeto «a» sostén de ellos y garantía de su presencia en los registros a nivel estructural. Diríase que los tres apuntan a él y ninguno logra capturarlo haciendo de esta no captura, lo que por naturaleza es, un imposible.

Mas este imposible, «a», lo es en la medida en que no se entienda que la relación existente en la práctica no es una división elemental entre analizante y analista, si entendemos la existencia de dos espacios diferenciados. Al contrario, si entendemos la existencia de un solo espacio continuo veremos la oportunidad de inscribirle en el mismo, de hacerlo posible, gracias a que este siempre retorna al mismo lugar.

Espacio continuo y retorno, hacen que no exista la distinción entre exterior e interior sino que se presenta como una banda Moebiana en donde circula el «a»; de modo, que el analista está dentro del analizante y, éste, dentro del analista.

Con lo anterior, se vislumbra que la utilización de la topología se hace necesaria para entender la realidad psíquica y particularmente el «a» y su inscripción en el continuo.

La inscripción de «a» se logra ejerciendo un corte en dos direcciones: a. en lo temporal y b. en el espacio. En el primer corte lo que se presenta es una discontinuidad en el antes y el después de la sucesión para irrumpir en el interregno del futuro anterior, es decir, en el presente siempre fugaz y meramente dicho en el instante.

En el segundo corte, de lo que se trata es de sacar el objeto, de hacerlo saltar allí en donde el punto simbólico, que signa un límite espacial, está mediante un punto abstracto, por un punto infinito de fuga que admite el acceso a lo real. Lo anterior implica que la posición del analista es la perpectivística como aquel que pretende la realidad.

El objeto como causa del deseo no puede ser presentado por un punto matemático, pues equivaldría a punto fijo e impenetrable, distinto al espacio mismo. Este objeto debe ser espacio mismo como posibilidad de su presencia constante en los registros y a la vez posible de pensar en ausencia de objetos.

El «a», entonces, es un punto proyectivo que se actualiza mediante la acción de corte. Corte oportuno en un tiempo presente en la escena clínica y advertido por el analista, que captura pero no aprehende, devenido del otro lado del espejo y puesto del lado del analizante como motivo de su angustia.

El punto de fuga, que no se puede reducir, pues en su naturaleza está ampliar siempre el horizonte, el límite, en cada caso para poner algo más original, hace parte del plano proyectivo que denuncia la estructura de la realidad. Empero, no

puede creerse que este punto de fuga se extiende al infinito, ya que al encontrarse circulando en una banda Moebiana doble, debido a la transformación de los tres registros, está, ese punto, siempre en límite, es el límite, de la singularidad de cada sujeto en su ser faltante.

Ampliación del límite de lo bidimensional a lo tridimensional mediante la inclusión de un punto en el horizonte descentrado del centro donde los ejes del plano bidimensional se cruzaban, un punto en el horizonte descentrado que acaba con la organización espacial, del mismo discurso, para denunciar lo que está en el fundamento, en la causa.

Si el plano bidimensional logra una ubicación de los eventos del mundo, bajo la cosificación algebraica, el plano tridimensional rompe con esa cosificación y rompiendo con ella pone lo plástico que constituye lo elástico y con ello simultáneamente, detrás del espejo, lo monstruoso como in-forme.

Lo anterior puesto en el espacio de un consultorio, todo puesto en la brevedad transfinita del espacio entre dos, motivo ético soportado en el «a» y este inscribible en una topología que admite el corte para la vivencia espacio temporal del binomio en acción.

Ese instante, de feliz encuentro, es el tiempo de la verdad, el momentum del «a»... a la hora de la verdad: «a».

*Juan Manuel Uribe Cano*

### **Interpretación, corte y tiempo.**

Para Freud en su texto *Recordar, repetir y reelaborar*, lo que distingue el tratamiento psicoanalítico de «todo influjo sugestivo» es el trabajo de reelaboración (*durcharbeiten*) que permite si leemos este texto con Lacan descubrir las mociones pulsionales reprimidas en el origen del cierre del inconsciente.

En esta dirección Lacan nos dirá en su *Seminario XI Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, que un psicoanálisis didáctico es el que le ha dado vuelta al lazo hasta el final, y este tiene que ser recorrido más de una vez, es así como el da cuenta del termino de *durcharbeiten*, como una necesidad de elaboración, trabajo que conlleva la puesta en acto (repetición) de la realidad sexual del inconsciente, trabajo de transferencia, otra traducción posible del termino *durcharbeiten*, que pone en juego la pulsión.

Lacan nos dice en la *Dirección de la cura* que la Interpretación inscrita en la doctrina del significante muestra los modos de efecto de éste en el advenimiento del significado, y de esta forma ella puede producir algo nuevo al fundarse en el hecho que el inconsciente tiene la estructura radical del lenguaje. A partir de ahí Lacan afirma que «La interpretación, para descifrar la diacronía de las repeticiones inconscientes, debe introducir en la sincronía de los significantes que allí se componen algo que bruscamente haga posible su traducción». En este mismo texto señala que el deseo «no se capta sino en la interpretación» y mas tarde llegara a decir que «el deseo es su interpretación.»

Sera entonces precisamente por el deseo que vamos a pensar la relación de la interpretación al tiempo. En su *Seminario IX de La Identificación*, Lacan avanza que «en el espacio mismo topológico, que define el objeto del deseo, es probable que ese numero inherente <calidad del objeto tal como esta constituido a nivel del deseo> no es sino la marca de la temporalidad inaugural que constituye este campo. Lo que caracteriza el doble bucle, es la repetición, si se puede decir radical, hay en su estructura el hecho de dos veces la vuelta, es a la vez este elemento de lo temporal» Vemos como un elemento central en la estructura del deseo es ese doble bucle que aquí él relaciona estrechamente con la repetición, de la que ya señalamos pone en juego – en acto- lo pulsional en el cierre del inconsciente, precisamente por la incidencia de algo que desempeña el papel de obturador – el objeto «a» aspirado, en el orificio del esquema de la nasa, utilizado por Lacan para que entendamos este asunto.

Entonces vemos como en primer lugar es necesario un tiempo de reelaboración, trabajo de la transferencia, apertura y cierre del inconsciente, las múltiples vueltas de la demanda alrededor del toro, cierre del inconsciente señalado por Lacan como «punto de impacto del alcance interpretativo», «**momento** inicial en el que la interpretación puede lograr su cometido». ¿Cuál es entonces el cometido de la interpretación? Que se presentifique algo de lo pulsional y ahí estamos entonces reuniéndonos con Freud en lo que constituye la especificidad del psicoanálisis.

Lacan en el *Seminario XIV La lógica del fantasma* dice que es imposible definir el Acto si no es sobre el fundamento del doble bucle de la repetición, y enfatiza entonces que podemos decir que el Acto es fundador del sujeto. Doble bucle, que es un simple rasgo, una traza, rasgo unario del que se sustenta eso que se repite, en tanto que repitiéndose debe hacer bucle, reencontrarse al origen y por este hecho marcar por tanto lo repetido como tal, es así como este bucle introduce

el elemento no numerable, el Uno-en-más que es esencial para toda determinación significativa..La doble vuelta de la interpretación coincide con el doble bucle constituyente del sujeto y es este circuito de doble vuelta el que delimita un vacío y el Uno-en-más esencial a la determinación significativa, vuelta ésta que el sujeto no puede contar, y es allí- donde el acto analítico en calidad de corte interpretativo hace revelar la estructura del lenguaje., de allí toman su fundamento las sesiones de duración variable, donde la puntuación, la escansión y la suspensión se constituyen como tres especies de operadores que regulan la lógica del tiempo de la sesión analítica.

Pero la doble vuelta y el doble bucle no solo están presentes en la escansión de la sesión, lo están también en la estructura de la interpretación equívoca. Nos dice de ello Lacan en el *Atolondradicho* que es en esos equívocos que se inscribe lo que está al lado de una enunciación, y que ellos se concentran en tres puntos nudos, donde se resalta no solamente la presencia de lo impar, sino que ninguno de ellos se impone como primero, y además el orden en que Lacan los expone homofónicos, gramaticales y lógicos, es algo que se sostiene en un doble bucle más que de un solo giro. Estas tres interpretaciones que alcanzan la cifra tres, del cero al impar tres, resuenan apuntando a la *Bedeutung* que no es otra que el objeto «a» presente en el circuito de la pulsión.

Pero entonces, ¿como se resuelve esa significación-referente a la cual la interpretación apunta? Lacan nos dice en el *Atolondradicho* que: «El objeto «a» al caer del agujero de la banda se proyecta ahí après-coup en eso que llamaremos, por un abuso imaginario, el agujero central del toro, o sea alrededor de lo cual el transinfinito impar de la demanda se resuelve por la doble vuelta de la interpretación.» Señalamos que las interpretaciones equívocas y las escansivas coinciden con el doble bucle, pero Lacan nos señala aquí una interpretación que resuelve el transinfinito impar de la demanda, es decir que el síntoma: cese, <coma> de escribirse. Podemos concluir entonces que en Lacan hay una Interpretación del final de análisis, Interpretación y final al que él adjudica una lógica de Acto, ella, enfatiza, es en sí misma un Acto que es significativo. «El es un significativo que se repite, aunque se pase en un solo gesto, por razones topológicas que vuelven posible la existencia del doble bucle creado por un solo corte. El es la instauración del sujeto como tal.» Es decir es un Acto verdadero de donde el sujeto surge diferente, pues en razón del corte su estructura es modificada. El correlato de este Acto es el desconocimiento, o más exactamente, nos dice Lacan, el límite impuesto a su reconocimiento en el sujeto, *Repräsentanz* en la *Vorstellung*, que en este Acto es la *Verleugnung*.

Limite y reencuentro con la inconsistencia del Otro, momento en que el anudamiento entre 1 y «a» se deshace, el Uno de excepción cae y reúne a la serie de los otros unos, lo cual hace posible examinar las relaciones entre el Uno y el Otro, y a la vez permite reconocer la equivalencia del sujeto con el objeto «a», momento del fin donde la elección del final permitirá al analizante por sus consecuencias «desabonarse del inconsciente» al encontrar el justo lugar de la pris(a) en un saber-hacer-ahí-con, más allá de la *Verleugnung*.

*Ricardo Rojas Gutiérrez*

### **Subjetivación del tiempo en el final**

*«El tiempo sólo puede distinguirse en el acto de la palabra.  
El presente no es más que el momento en que se habla»*

El sujeto después de terminar el análisis es un sujeto transformado en muchos sentidos, nos interesan los efectos en su relación con el tiempo y por consiguiente con la vida, con la muerte y con el acto. Es en el enfrentamiento con la muerte, en el sentido de hacerle frente, de darle la cara, de estar dispuesto a morir, donde cambia la relación con el tiempo y con la vida.

En psicoanálisis la castración y la muerte están estrechamente relacionadas, se puede decir que es asumir la castración como efecto del final del análisis.

Veamos la definición de tiempo en el *Diccionario* de María Moliner, «magnitud en que se desarrollan los distintos estados de una misma cosa u ocurre la existencia de cosas distintas en el mismo lugar. Se le da con frecuencia un valor patético, como sucesión de instantes que llegan y pasan inexorablemente y en los que se desenvuelve la vida y la actividad, se ve reflejado en el lenguaje con verbos como: acosar, acuciar, aguijonear, apremiar, apurar». Esta definición del tiempo incluye la vida y el acto, también presenta esa presión que nos evoca la pulsión, o el objeto «a» como apresuramiento al Acto. En el *Seminario XX Aun*, Lacan retoma el apólogo de los prisioneros, los tiempos lógicos, para considerar el momento de concluir, no ya a partir de un cálculo ínter subjetivo sino a partir de la función de la prisa introducida por el objeto «a», la función de la prisa necesaria para que el saber pase al decir. Hay un efecto de tiempo apresurado al final del análisis.

El sujeto neurótico esta suspendido al tiempo del Otro, el análisis permite separarse del Otro y aceptar la hora de su deseo, el suyo propio. El viraje final del análisis marca un antes y un después, cambia la posición del sujeto y su relación con el tiempo, deja de preocuparse por el tiempo pero al mismo tiempo aprovecha al máximo el tiempo pues ya no le queda mucho tiempo. Ese viraje del final del análisis implica no solo, el atravesamiento del fantasma, separarse del Otro, sino también tiene que ver con la castración y la muerte, es un momento de juicio final, como dice Lacan en el *Seminario VII La Ética*, ¿has obrado de acuerdo a tu deseo? Es ponerse a la hora de su deseo, es un Acto, el decir que es Acto.

En el *Seminario XVII El reverso del psicoanálisis*, Lacan retoma el sueño del paciente de Freud, «el no sabía que estaba muerto», dice que es indispensable para la vida que algo irreductible no sepa... no sepa que Yo estoy muerto, el padre muerto es el goce, es el signo de lo imposible. (...). De aquí surge lo real», «el goce es exactamente correlativo de la forma primera en que entra en juego lo que llamo la marca, el rasgo Unario, que es marca para la muerte, si quieren darle su sentido. Observen bien que nada toma sentido sino a partir del momento en que entra en juego la muerte».

El sujeto entra en el juego como muerto, por la entrada en el significante, pero es como vivo como va a jugar, es en su vida donde tiene que tomar el color que anuncia ocasionalmente en él, en francés hay un dicho «*annoncer la couleur*» es a eso que se refiere Lacan <en el texto *Tratamiento posible de la psicosis*> pues esta utilizando la metáfora del juego de cartas, la pinta es el color, el sentido figurado de este dicho es «decir lo que uno tiene para decir», es tomar posición como vivo, por medio del dicho. En el encuentro con lo imposible el sujeto tiene una opción, que implica un deseo del Sujeto, el deseo se vehicula en la palabra, como decíamos antes «decir lo que uno tiene para decir», tomar posición como vivo.

La existencia no está inscrita en el Otro, al decir que la existencia no esta inscrita en el Otro, ¿cómo entenderlo? Hay un agujero, el del deseo de vida, es el significante de la falta en el Otro, los significantes que faltan en el Otro son los que podrían subsumir el viviente y el sexo. Con el desplazamiento de la causalidad de la locura hacia esa insondable decisión del ser, en la que éste comprende ó desconoce su liberación, hacia esa trampa del destino que no engaña respecto de una libertad que no ha conquistado, no formulo nada más que la ley de nuestro devenir, tal cual la expresa la fórmula antigua: *Tenoi, otoz, essi* «llega a ser tal como eres», es la maldición asumida, permite asumiendo el deseo propio, transformar esa infelicidad, en infelicidad vana al final del análisis, en el encuentro con lo imposible.

Afirmándose en su ser- para – la muerte, decir que no, para afirmarse a sí mismo como singularidad, asumiendo su deseo propio, el *Tenoi, Otoz, essi*. «llega a ser tal como eres».

En el encuentro con lo imposible el sujeto tiene una opción, que implica un deseo del Sujeto, tomar posición como vivo. Afirmándose en su ser-para-la-muerte, es «decir que no», (el termino *Versagung* que utiliza Freud) para afirmarse a sí mismo como singularidad, asumiendo su deseo propio. Implica también la separación, es del lado del Sujeto y no del lado del Otro. Es el tiempo presente del decir del sujeto.

*Patricia Muñoz*

Medellín; Mayo 31 de 2007.



## LOS TIEMPOS DEL SUJETO (est opus temporis)

EPFCL-ALS-Foro de La Plata

... las condiciones del comercio y del tráfico han experimentado una alteración radical; todo se hace de prisa y en estado de agitación: la noche se aprovecha para viajar, el día para los negocios, aun los «viajes de placer» son ocasiones de fatiga para el sistema nervioso; la inquietud producida por las grandes crisis políticas, industriales, financieras, se trasmite a círculos de población más amplios que antes; ( La Moralidad sexual Cultural y la nerviosidad moderna. Sigmund Freud 1908)

En psicoanálisis es necesario el tiempo. «Ese «necesario el tiempo» [«faut le temps»], es el ser que solicita del inconsciente para retornar cada vez que lo necesitara, si necesitara el tiempo<sup>4</sup>».

Es el analista el que soporta, bastante tiempo, aquello del sujeto que viene a decirse para hacer arribo a la conclusión.

Tiempo en el análisis, tiempo de la época, tiempo del capitalismo; el tiempo es oro...

Cuando Newton llegó a escribir acerca de que la idea de la gravedad le vino cuando estaba sentado en posición contemplativa de la que únicamente lo distrajo la caída de una manzana, que no por caer en su cabeza, marcó menos un corte del tiempo que le dió lugar a concluir.

El tiempo inaugural del Big Bang, consensúa la marca a partir del cual se puede contar, hacer historia del tiempo, como sitúa Hawking, el acto de Dios que dió origen.

### Lo atemporal del inconsciente

En 1915, en *«Lo inconsciente»*, comenta Freud que «los procesos del sistema Icc son atemporales, es decir, no están ordenados con arreglo al tiempo, no se

---

<sup>4</sup> Lacan, Jacques. Radiofonía y televisión, pag 46.editorial Anagrama. Barcelona. 1977.

modifican por el transcurso de éste, ni en general, tienen relación alguna con él. También la relación con el tiempo se sigue del trabajo del sistema Cc»<sup>5</sup>. En *Más allá del principio del placer* <sup>6</sup>(1920) –vol. XVIII, p.28-, Freud dice que la tesis kantiana al tiempo y al espacio como formas imprescindibles de «nuestro pensar, puede hoy someternos a revisión a la luz de ciertos conocimientos psicoanalíticos. «*Tenemos averiguado que los procesos anímicos inconscientes son en sí atemporales. Esto significa, en primer término, que no se ordenaron temporalmente, que el tiempo no altera nada en ellos, que no puede apartárseles la representación del tiempo*». En ambos textos (así como en aquellos en los que de manera no tan explícita lo menciona, por ejemplo en *La negación* (1925) <sup>7</sup>, en *Notas sobre la pizarra mágica* <sup>8</sup> - o en forma incipiente desde *Proyectos de psicología* (1895) <sup>9</sup> describe esta noción de atemporalidad del inconsciente en el mismo sentido.

Lo que es intemporal es el tiempo cronológico.

La fundamentación freudiana va hacia la cronología.

Es necesario el tiempo para dar cuenta de la estructuración subjetiva, los tiempos del Edipo.

Ya en la carta 46 a Fliess, Freud diferenciaba los tiempos de la represión, indiferente para la elección de la neurosis, de los tiempos del suceso traumático, que sí determinaban la elección del sujeto.

Delimitó los tiempos del dormir de los tiempos del despertar, con relación a los recuerdos encubridores.

En los tres ensayos, refiere a los dos tiempos de la elección de objeto, de la infancia y de la pubertad, a lo que el período de latencia le hace de intervalo.

Los tiempos de una fantasía, que desarrolla en el delirio y los sueños de la gradiva, que separa en lo actual que dispara, el recuerdo de otro tiempo y el deseo que se proyecta en una escena en el futuro.

Serán tres los tiempos de constitución del fantasma en pegan a un niño,

<sup>5</sup> Sigmund Freud, «*Lo consciente*» (1915), en *Obras Completas*, (Buenos Aires: Amorrortu, 1992) –vol. XIV, p. 184

<sup>6</sup> En *Más allá del principio del placer* (1920) –vol. XVIII, p.28-,

<sup>7</sup> *La negación* (1925) –vol.XIX, p.249-

<sup>8</sup> *Notas sobre la pizarra mágica* –vol .XIX, p.239

<sup>9</sup> *Proyectos de psicología* (1895) –vol.I, pp. 382-383-

donde el segundo tiempo, reconstruido por el análisis, da su valor a los otros dos, en tanto es lo que permanece inconsciente.

De allí puede establecerse que los dos tiempos son reflexivos, tales como los del trauma, entre el originario y el posterior que lo evoca o el tiempo del fort y el tiempo del da., mientras que el tres define conclusión.

Lacan, refiriendo a los tres tiempos lógicos, marca una lógica. Esta lógica le otorga a la repetición de dos escansiones un valor que es el de engendrar al sujeto del aserto por el tiempo de esas escansiones, aislando simultáneamente la función específica de la urgencia.

Y es curioso, dice Lacan, *que haya puesto en segundo tiempo el tiempo para comprender, el tiempo para comprender lo que hay que comprender. Es la única cosa de esta forma que hice lo más depurada posible, la única cosa que había que comprender. Es que el tiempo para comprender no va si no hay tres.*<sup>10</sup>

Es el tiempo para comprender lo que va a dar lugar al lugar fundamental del intervalo y cuya lógica determina al lugar del sujeto en «el entre dos».

De allí que pueda decirse musicalmente, que el sujeto es el lugar del silencio entre dos notas.

Es necesario el tres, para el discurrir subjetivo en la cadena, ya que el dos, sin el tres, hace caer sobre el uno. De concluir se trata de concluir de través. Sin lo cual, si no hay esos tres, no hay nada que motive lo que se manifiesta con claridad en el dos, o sea esa escansión, que es la de una detención, la de un cesar y un recomienzo.

### **Alienación-separación**

En la constitución del sujeto, se estructura la díada alienación separación, propia del seminario XI.<sup>11</sup>

Une dos conceptos freudianos: identificación y represión.

Introducir al sujeto en el significante, el advenimiento del sujeto es producto de la intimación del Otro, pues parte de su respuesta en tanto que es primera, eso habla de él.

<sup>10</sup> Lacan, J. Seminario XXI, clase del 9 de abril de 1974. Versión Escuela Freudiana de Buenos Aires.

<sup>11</sup> Lacan, J. Seminario XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Seix Barral editores. Barcelona, 1972

«El Otro hace del grito, llamada («omnipotencia de la respuesta»).

La respuesta precede a la pregunta.

A nivel de la alineación como identificación, el vacío del conjunto es sustituido por S1, elección forzada: opta por la bolsa (el Otro) o la vida (conjunto sujeto) entre la parte vacía del conjunto y la parte llena.

«El vel de la alienación se define por una elección -cuyas propiedades depende de que en la reunión uno de los elementos entrañe que sea cual fuere la elección, su consecuencia sea un ni lo uno ni lo otro. Dice el personaje femenino del film *Crustace et coquillages*<sup>12</sup>, frente a la elección: ¿Por qué debe ser sí o no, acaso no puede ser sí y no al mismo tiempo?

La elección sólo consiste en saber si uno se propone conservar una de las partes, ya que la otra desaparece de toda forma.

Al introducir al sujeto en el significante uno se confronta con el par S1-S2. La identificación fundamental esta sostenida por S1, solo que implica el borramiento del sujeto.

S1 crea al sujeto y a la vez lo borra. Si hay sujeto es por obra y gracia del significante. Es el S1 el que aporta el trazo mínimo que permite decir no hay.

En la separación se introduce la intersección, el sujeto no esta representado en el Otro del significante, sino que se ubica por su falta.

En la alienación el sujeto esta representado en el Otro por S1 y esto hace que sea solicitado por efectos de sentido.

En la separación al sujeto le queda su vacío, con el que puede solicitar el vacío en el Otro.

Allí donde estaba el sujeto esta el objeto perdido, el objeto a. En el seminario 11 el inconsciente es no solo discontinuidad (que es compatible con el significante), sino como un borde que se abre y se cierra, como una boca, un ano.

El agujero es introducido como una pérdida y justificado como una pérdida natural.

Allí se pueden introducir los objetos de la pulsión como reparando o colmando esta pérdida de vida. El goce se reparte a continuación bajo las figuras del objeto a.

---

<sup>12</sup> *Crustaces et coquillages*. Dirección : Oliver Ducastel y Jacques Martineau . Francia . 2006.

En el seminario XIV la alienación ya no es la enajenación solo en el Otro sino la creación de una nueva forma social correlativa a la ciencia: la alienación en el objeto, lo que hace a la ciencia forcluir al sujeto.

Y el sujeto forcluido retorna como desecho o como producción de los gadgets de la ciencia. Aquí entonces el silenciamiento del goce se diferencia del callarse de la pulsión.

En *Encore*, Lacan, define al sujeto como el efecto de lo que se desliza en la cadena significante y es al signo de ese sujeto a lo que puede devenir amor. Entonces es decir que se ama a un silencio entre dos significantes.

Esta localización de lo que hace signo para el amor en el intervalo abre a la cuestión necesaria de lo que en el capitalismo apunta a la prisa propia de la Flambée Époque<sup>13</sup>.

### **Los tiempos del sujeto neurótico**

Puede definirse a las particularidades subjetivas respecto a su posición respecto al tiempo, en la medida que están atravesados por los rasgos de su estructuración.

Como para el sujeto obsesivo, quien es alguien que no está jamás ahí donde está en juego algo que podría ser calificado su deseo. Esto no es posible más que desplegándolo en el tiempo, temporalizando esta relación, volviendo a dejar siempre, para mañana, su compromiso en esa verdadera relación del deseo. Es siempre para mañana que el obsesivo reserva el compromiso con su verdadero deseo.

La anticipación obsesiva de su encuentro con la «guadaña del tiempo», viabiliza en el presente la presentación de prórrogas, que en su acumulación lo dejan al borde de la precipitación vía el pasaje al acto. En la Argentina lo hemos ejemplificado en la escena de calles y autopistas, donde la velocidad automovilística, en las fallas de su regulación, precipita innumerables pasajes al acto ante el desvaído de la autoridad.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Metáfora que alude al capitalismo carbonizante del siglo XXI.

<sup>14</sup> Zanghellini, J. Trastorno obsesivo al volante. (humorística versión) publicada en forma digital en *Psyché* navegante, revista de Psicoanálisis y cultura. Buenos Aires. 2007.

La modalidad histérica por el contrario lleva los rasgos de la estructura instantánea, relacional de estar a la hora de la verdad.

Su forma de poder quedar expuesta al goce del Otro, es donde rehusa, en nombre del real. Colette Soler remite la modalidad histérica marcada por la prevalencia del ideal del día siguiente, del otro lugar y del no todavía.<sup>15</sup>

Es donde la histérica utiliza el deseo del otro y se identifica con su falta, es decir, es una militante de lo que no existe. De allí el rasgo conclusivo respecto al relámpago de la verdad. Contrariamente a la modalidad obsesiva, la histérica precipita la conclusión ante la penumbra del deseo del Otro.

La modalidad fóbica se orienta en el mundo por la localización del significante fóbico que hace borde, débil y laxo, a la angustia.

Esa playa de la angustia hace al tiempo presente la escena que apunta a abolir tanto los arrestos del pasado como las líneas cercanas del futuro.

La anticipación se juega en las coordenadas de la evitación y la precipitación en la huida del deseo del Otro. Los tiempos, en la modalidad fóbica, pueden oscilar entre la proximidad a la marmolización obsesiva tanto como a la cercanía al aturdimiento histérico.

Los rasgos del sujeto perverso responden al tiempo acelerado de su dirección hacia los agujeros en el otro, vehiculizados por la cercana certeza de su identificación al látigo del Otro. Lo cual, como lo que ordena al perverso es el partenaire, es lo que lo introduce en la escena del tiempo.

Aquello que hace límite al masoquista, es el límite de goce. Y es lo que marca el tiempo. Goce, interrupción, goce, interrupción.

Si partimos de que el psicótico se refiere por el significante en lo real, la secuencia temporal no marca su ser. Ese fuera del significante hace a la cuestión de un tiempo marcado por la convención y respecto al cual, tiene lugar el hacer calle, fuera de los tiempos del Otro.

Se distingue el esquizofrénico por la fragmentación horaria, el paranoico mas bien por la infinitud sobre el que organiza el delirio, mientras la melancolía vive en el pantano eternizante y el maníaco, como dice Soler, por la serie de instantes yuxtapuestos en el desorden ahistórico<sup>16</sup>.

---

<sup>15</sup> Soler, C. le temps qu'il faut. En les structures freudiennes du temps.

<sup>16</sup> Trabajo citado up supra.

Y sobre estos rasgos, ¿como desarrollar la serie de las presentaciones del síntoma autista?, ¿como pensar los tiempos del sujeto adicto, del anoréxico, del bulímico, y otros, que la época en su empuje produce incesantemente?

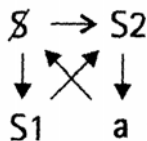
El goce toxicómano es el paradigmático del autismo del goce contemporáneo.

Cuando los ideales sostienen un modo de goce, el circuito debe pasar por el Otro social. Nuestro modo de goce actual se sitúa por los plus- de -goce, lo que hace a su precariedad porque ya no esta mas solidificado, no esta mas garantizado por la colectivización del modo de goce

Podrá ser el psicoanálisis una forma de operación que dé tiempo al sujeto?

### Los tiempos y la época

Cuando Lacan en los setenta escribe el discurso capitalista lo escribe así:



Con lo que afirma que no se trata de que el capitalista apunte a la forclusión del sujeto, sino más bien a ponerlo como consumidor. Las flechas apuntan a un círculo cerrado, donde quedan trastocados los lugares que ocupan las letras. Se trata de un sujeto amo que manda a la cadena del lenguaje para producir el objeto, pero es igualmente verdadero que al mismo tiempo es un sujeto mandado, y ese círculo describe en nuestra realidad a lo que apunta el consumo.

En uno de sus fragmentos póstumos Walter Benjamín, define al capitalismo como religión: «*El capitalismo es quizás el único caso de un culto no expiatorio, sino culpabilizante... Una monstruosa conciencia culpable que no conoce redención se transforma en culto, no para expiar en él su culpa, sino para volverla universal... y para capturar finalmente al propio Dios en la culpa... Dios no ha muerto, sino que ha sido incorporado en el destino del hombre*». <sup>17</sup>

<sup>17</sup> Benjamín, Walter, Capitalismo como religión, en Benjamín, W., *Gesammelte Schriften*, Suhrkampn Verlag, 6 Bands, en Vol.6, páginas 100-103. Frankfurt, 1972-1985. (la traducción castellana del mencionado texto realizada por Luis Meana y aparecida en el diario El País el 20 septiembre de 1990)

En nuestro territorio capitalista la «libertad» de horarios obliga a pequeños comerciantes a abrir los días «festivos» (la fiesta del capital se intensifica esos días) si es que quieren subsistir. Será precisamente en Navidades, orgía del consumista capitalismo revestida con ropajes de celebración cristiana, cuando el gran capital, haciendo que la mercancía penetre en la intimidad y produzca lo que George Luckacs denominó «cosificación de la subjetividad», lleve al extremo su ceremonia culpabilizante.

Giorgio Agamben, tomando de Benjamín este concepto, plantea que el capitalismo lleva al extremo una tendencia presente en el cristianismo y que es absolutizar y generalizar la estructura de la separación que define la religión.<sup>18</sup>

Esta separación es lo que precisa desunir lo sagrado y lo profano. Lo sagrado (sacer, santus venerandus) es aquello que quedaba en la esfera de los dioses, fuera las cosas, de la esfera del derecho humano.

De allí define la religión como aquello que sustrae cosa, lugares, animales o personas del uso común y los transfiere a una esfera separada.

Entonces la religión capitalista realiza la pura forma de la separación sin que haya nada que separar. El objeto de consumo (hasta el mismo cuerpo humano) es sustraído hacia la esfera propia del producto a consumir.

Sitúa en una vieja bula del papa Juan XXII, «Ad conditorem canonum»<sup>19</sup>, la separación entre el uso y el objeto de consumo, siendo en la época, que el acto mismo del uso no existe antes de ejercerlo y es algo que no se puede tener, que no se puede constituir en una propiedad. El uso entonces, es inapropiable.

De allí podemos colegir que los consumidores en la sociedad actual consumen objetos porque creen ejercer su derecho de propiedad sobre ellos y por lo tanto su uso les resulta ajeno.

Esos objetos de consumo, que Lacan en el XVII definió como letosas<sup>20</sup>, poniendo en relación con la aletosfera, el lugar de producción de la tecnología científica.

Las letosas representan al saber de la ciencia.

El saber trabaja en la producción de letosas, de objetos plus de gozar.

<sup>18</sup> Agamben, Giorgio. Elogio de la profanación. En Profanaciones. Adriana Hidalgo editora. Buenos Aires. 2005.

<sup>19</sup> Bula de 1322 cuando el entonces Papa estaba en conflicto con la orden de los franciscanos justamente acerca de la propiedad. Enciclopedia católica. *Catholic Encyclopedia*. Sitio digital.

<sup>20</sup> Lacan, J. Seminario XVII. El anverso del psicoanálisis. Paidós. Buenos Aires. 1992.



¿Podemos decir que ese saber trabaja bajo el mando del significante amo?

Las *letosas* es el nombre de los objetos, que se les proponen e incluso imponen en tiempos de la ciencia. Y letosas responden a que la producción tiene que ver con los tiempos. Letosas es el nombre que toman hoy las causas del deseo.

Podemos decir justamente que estas letosas son bienes de consumo

El sujeto del capitalismo, lo que tiene es un deseo de goce, pero bajo la forma de una apropiación, porque deseo de goce hay muchas formas de deseo de goce, el goce bajo la forma de apropiación de los bienes, del dinero, de la plusvalía, de los gadget, estos objetos calculados para sostener nuestro apetito.

Podemos entonces definir que estas letosas ocupan el lugar del silencio, allí donde puede el sujeto hacerse representar.

Ese lugar donde llueven los nombres de las marcas que pasan a representarlo aunque a condición de cubrirlo. Y ahí el sujeto se aliena al objeto, es cuerpo de consumo, es marcas de consumo.

Entonces ya el sujeto de la época es Dolce & Gabanna, es Ford, es Sony y las letosas hacen de él, un semblante brillante ante la sociedad del espectáculo.

## **En la clínica**

La precipitación generalizada opera en el descreimiento acerca del valor del duelo y sus tiempos. El sujeto consumidor opera letosas en el lugar de las pérdidas y paga seguros para prevenir que habrá siempre algo en el lugar de lo que falta.

Un paradigma es la posición del drogadicto. Por este camino, la definición cobra otra dimensión: la droga es el punto de referencia que nombra una práctica (la toxicomanía), a partir de la cual se crea un personaje: el toxicómano. El toxicómano no es un sujeto, sino un personaje que por hacer con la droga, crea un yo soy, un «yo soy toxicómano», que le permite escapar a las improntas que impone la función fálica. A partir de la fórmula «yo soy toxicómano», el hecho de ser hombre o mujer no tiene importancia. No hay en la toxicomanía lo masculino y lo femenino, solo existen consumidores, el sueño del discurso capitalista.

El toxicómano es el personaje de la modernidad que con su trabajo quiere probar que el inconciente no existe.

Tanto el toxicómano como tantos otros llegan a la consulta en la precipitación del no hay tiempo.

El adicto consume drogas y en tanto ello, como fue planteado más arriba no las usa.

Así que la APA norteamericana se propone incluir entre las adicciones, al atracón de compras, que es, aun más que el toxicómano, el paradigma de la época y que atraviesa la subjetividad en la cultura.

En otro lugar que las terapias de la compensación, el psicoanálisis, su clínica, se constituye, tomando la idea agambeana, en una práctica profanante, una práctica que opera descompletando lo sagrado del consumo, dejando al sujeto la factibilidad de su elección, que se permita el uso o el no uso.

Opera, el dispositivo, en la dirección de los tiempos del sujeto.

Es posible entonces, determinar el dispositivo analítico operando como excavador de intervalo.

El traslapo<sup>21</sup> alienante con que la religión capitalista obtura el intervalo, que el lema **«Compre ya»**, es su bandera.

¿Podemos entonces definir a la clínica psicoanalítica como un destraslapador profanante, que excava el intervalo, por debajo de las letosas que abruma al sujeto?

¿Podemos situar junto a una clínica del sujeto en intención, dispositivos y operaciones en relación a la pareja y a la familia que apunten al hacer intervalo hospitalario?

¿Puede hacer lazo con el es necesario el psicoanálisis para hacer tiempo para el sujeto?

¿Es importante introducir cambios en el dispositivo? ¿Es necesario, para que el psicoanálisis esté a la altura de la época?

**Jorge Zanghellini**

*(Colaboraron Horacio Bilkis, Stella López, Alicia Dubin, Florencia Borgoglio y Yanina Gette, del Foro Psicoanalítico de La Plata)*

---

<sup>21</sup> En posición del inconciente Lacan plantea en relación a la separación : Pasemos a la segunda operación, en la que se cierra la causación del sujeto, para poner a prueba en ella la estructura del borde en su función de límite, pero también en la torsión que motive el traslape del inconciente. Esa operación la llamaremos: separación. Reconoceremos en ella lo que Freud llama *Ichspaltung* o escisión del sujeto, y captaremos por qué, en el texto donde Freud la introduce, la funda en una escisión no del sujeto, sino del objeto (fálico concretamente).

## LOS TIEMPOS DEL SUJETO EN EL DISCURSO

### El sujeto en tiempos de Freud

Si bien el creador del psicoanálisis no emplea el término sujeto, con dedicación meticulosa se aboca a distinguir una instancia inconsciente del yo, o del Ich que no tiene nada que ver con la encarnadura. En este último caso, era más bien: paciente, neurótico, enfermo, individuo, persona, las palabras que aludían a un sujeto encarnado que visitaba el consultorio del fundador del psicoanálisis. Sin embargo, la subversión ya estaba en marcha, antes de nombrar al sujeto. El esmerado cuidado con el que vemos tomar forma, a través de la lectura de los textos, a la diferencia de un yo ideal, a un yo especular; y su diferencia con el Ideal del yo informan de un esfuerzo por ceñir la forma subjetiva que se forja en la identificación.

Es con la Escisión del yo, la Ich spaltung como por fin logra el maestro dar cuenta de la división subjetiva<sup>22</sup>. Es ahí cuando realmente vemos emerger el sujeto barrado, dividido entre enunciado y enunciación. Es así, que el sujeto de los tiempos de Freud, es hablado por su inconsciente, en los sueños, en la psicopatología de la vida cotidiana y la otra también, la de los síntomas. En eso consiste el padecer del sujeto, en la intromisión, en la entrada por sorpresa de un enunciado inconsciente que lo deja suspendido, o desautorizado, o hecho un lío. Decimos entonces que el diablo mete la cola, y con ello hablamos de un sujeto supuesto del inconsciente. Freud logró imponer en el pensamiento de su tiempo y en el nuestro la hipótesis de un sentido subjetivo a los actos inexplicables y contradictorios que se suceden en la vida cotidiana.

Este sujeto, por si esto fuera poco, mantiene relaciones perturbadas con la sexualidad, al punto que su respuesta (subjetiva) a la irrupción del goce del cuerpo aparece siempre a deshora, siempre de forma inoportuna.

---

<sup>22</sup> Freud, Sigmund: *Obras completas III*. «Escisión del «yo» en el proceso de defensa». Biblioteca Nueva, Madrid, 1968.

Pero no es solo este encuentro del sujeto con el sexo lo que se vería comprometido irremediablemente con el tiempo, la marca de este acontecimiento adquiriría, a partir de este momento un poder de inscripción imborrable. El trauma, escrito en el aparato psíquico podría ser resignificado con posterioridad. El inconsciente es atemporal en tanto sus huellas no son atenuadas por el olvido. Pizarra mágica, su negativo atesta la marca de sus letras.

¿En que otro caso sería posible que un acontecimiento al que el sujeto asiste en su temprana infancia sea elaborado con posterioridad en sus sueños y en su análisis?

Pero además de que el pasado pueda ser revisitado, pueda ser reelaborado en la evocación, además de la labor de la *Durcharbeiten*, hay otra relación al tiempo que es fundamental a la hora de pensar la cura. Me refiero a la repetición.

Trauma o reedición fantasmática, el episodio tiene sed de ser reeditado, busca entonces elementos en cierto modo parecidos, confunde las situaciones hasta encontrar la forma de poner la misma escena bajo los reflectores. Es claro que el sujeto no es quien busca la repetición, por el contrario, más que agente es esclavo, la padece, a veces incluso es su motivo para iniciar un psicoanálisis. Es la escena misma la que vuelve con fuerza constante a revivirse. Dialéctica entre el ser de goce y el sujeto que requiere de una resolución que no es pasaje. Para ello hace falta el tiempo de un análisis. Es así que «el ser que solicita del inconsciente para retornar, cada vez que lo necesitara, si necesitara el tiempo».

## Y en los tiempos de Lacan

Ausente de los textos freudianos pero presente en sus formalizaciones, el sujeto va a ser protagonista en la obra de Jacques Lacan. El hecho responde a su formación filosófica y a su época.

En su escrito príncipes *Subversión del sujeto*, en 1960, Lacan reconoce la pertinencia filosófica del sujeto. Lo extrae de Hegel, dice, de la «Fenomenología del espíritu». Allí obtiene la herramienta para situar al sujeto: *en una relación al saber*.<sup>23</sup> Parte de este sujeto que sabría, que podría saberse a sí mismo para

<sup>23</sup> Lacan, Jacques: *Escritos I*. «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano». Siglo veintiuno, México, 1978.

efectuar la subversión que el título anuncia. Opone entonces el sujeto clásico a un sujeto en fading deducible de la obra freudiana. El texto es una crítica demoledora al sujeto de la psicología, o a toda supuesta ciencia que se rige por el criterio de la unidad del sujeto.

Ubica al sujeto como el esclavo-mensajero del uso antiguo, «... el sujeto que lleva bajo su cabellera su codicilo que le condena a muerte no sabe ni su sentido ni su texto, ni en qué lengua está escrito, ni siquiera que lo han tatuado en su cuero cabelludo rasurado mientras dormía.»

El sujeto es un resultado, es causado según la doble operación de alienación en el Otro y de separación. Este origen del sujeto deja un resto, el objeto que organiza la repetición. Repetición de un encuentro siempre fallido por imposible entre el sujeto y el objeto fundamento del deseo.

Sujeto dicho entre significantes, supuesto sujeto dividido por un saber que no conoce. El trayecto de un análisis, si es cumplido tiene como horizonte su destitución, destitución subjetiva. Es allí que se trata de «verificar si se ha logrado hacer advenir el deseo de analista.»<sup>24</sup>

### **El sujeto de nuestro tiempo**

Ahora bien, hasta aquí el sujeto del psicoanálisis, instituido, supuesto, destituido, barrado... Sujeto del discurso en tanto sujetado al modo histérico, al del amo antiguo, al universitario, y, en el mejor de los casos, al del analista. Entre ellos, es el discurso histérico quién abrió la puerta de entrada al del analista.

Pero hemos cambiado de paradigma, la histeria se aloja con mayor frecuencia en un rincón antidiscursivo. El humano toma cada vez menos la palabra en nuestros días, aturdido como esta por los ruidos que emite el gran Otro comunicacional y técnico. El gran hermano de los medios difunde datos que el

---

<sup>24</sup> Lacan, Jacques: *Ornicar 1*. «Proposición del 9 de octubre de 1967. Petrel, Barcelona, 1981.

espectador no llega a decodificar. Velocidad e información son los ejes del ruido que acompaña la vida cotidiana del hombre y la mujer de nuestros días.

El conjunto de dichos de los comunicadores de nuestro tiempo «sujeta» a los humanos de hoy. Les hace ver y hablar de lo que hay que ver y hablar. Coloniza el inconsciente, rechaza al sujeto, de modo que los espectadores viven abotagados de informaciones, condenados a un ruido que no llegan a procesar. El tiempo del sujeto hoy es rapidez, es velocidad, como lo ha señalado Paul Virilio. Y esta velocidad es la que impide la imaginación y la toma de la palabra.<sup>25</sup>

Feinman lo dice de este modo en Pagina 12: «... no es posible tener un movimiento interno de imaginación y pensamiento. Nos pasan porque son más veloces. De aquí la rapidez de los vivillos de la televisión. Todos tienen lengua fácil, veloz. Son atorrantitos artlianos que se las conocen todas... No son la inteligencia y el talento los que se requieren, es la audacia.»<sup>26</sup> Y ahí queda el ciudadano, el hablante que se ha quedado sin voz y queda reducido a un objeto esponja que asimila más y más ruido y algo de consuelo en los objetos de consumo.

Por otra parte, la característica del mercado laboral en tiempos del imperio muestra una hiperselección respecto de un trabajador especializado, que, en caso de gran fortuna, obtiene un trabajo que, si bien le otorga un lugar en el Otro social del consumo, lo inquieta con el temor de quedar fuera, como es el caso de muchos otros. Esto lo conduce a la alienación y entrega en el trabajo como un sacrificio que se paga para obtener unos, siempre pocos, días de ocio.

¿Qué ofrece entonces el psicoanálisis al sujeto mareado de nuestro tiempo? ¿Qué puede nuestra práctica contra la velocidad, el ruido y la soledad del sujeto moderno? El psicoanálisis es una verdadera alternativa para este sujeto, para que recupere su decir, para hacer de su síntoma pregunta hasta desnudar la causa de deseo llegado el caso. A la velocidad opone el tratamiento al ritmo del sujeto, a la fast therapy, la slow. Al ruido contrapone la palabra en su

---

<sup>25</sup> Virilio, Paul: *Velocidad y política*. La Marca, Buenos Aires, 2006.

<sup>26</sup> Feinman Jose Pablo: *La filosofía y el barro de la historia*. Pagina 12. Domingo 3 de junio de 2007.

escansión. Y a la soledad del sujeto le propone la compañía de una escucha única, y una respuesta particular. Por último, y es ahí donde el psicoanálisis revela su faceta anticapitalista, lisa y llanamente deja la ganancia al analizante.

Resta la pregunta de si los psicoanalistas de hoy pueden sustraerse a al ruido y a la velocidad de los media colonizadores de inconscientes y a la soledad sin riesgo del confort de sus consultorios de puertas cerradas. O lo que es tal vez peor, a la entrega alienada y con espíritu de sacrificio, a la gran institución-grupo psicoanalítica formadora de opinión. Frente a esta opción que presenta el mercado de nuestro tiempo vale la pena cambiar los términos y renovar la apuesta del campo lacaniano de que un nuevo lazo es posible, la Escuela puede reunir sujetos que produzcan saber, más allá de los efectos de grupo.

Buenos Aires, junio de 2007

**Susana Díaz**

*(en representación del Foro Psicoanalítico de Buenos Aires)*





## TIEMPO DEL INCONSCIENTE Y DISCURSOS DE LA ÉPOCA: Progresión, Regresión, Destitución

EPFCL-ALS-Foro de Santiago, Chile

A diferencia del tiempo psicológico concebido como simple duración del flujo de la conciencia, el psicoanálisis constata que el inconsciente se exterioriza como corte, escansión o discontinuidad. Con ello introduce una experiencia inédita de la temporalidad no homogénea con aquella tradicional noción de un tiempo objetivo y mensurable legado por la física clásica. Se trata de un tiempo otro cuya caprichosa pulsación contraviene además la clásica tripartición gramatical, a saber pasado, presente, futuro. Y toda vez que implica algo del orden de la memoria histórica de un sujeto, se muestra particularmente resistente a la eternización del presente y a la destitución generalizada de las formas históricas del Otro que observamos como tendencia existencial dominante en nuestras sociedades capitalistas, globalizadas y neoliberales. Responder en profundidad a la pregunta sobre las razones de tales diferencias implica en última instancia referirse al comportamiento antinómico de las categorías del tiempo, el espacio y el movimiento, en el marco de la coherencia interna del discurso analítico respecto a los discursos de la psicología y del capitalismo. En el bien entendido de que el tiempo psicológico es solidario de una lógica progresiva y que el discurso capitalista empuja al sujeto a cortocircuitar la discontinuidad inherente al tiempo, propongo simplemente aquí que el germen de esa respuesta se encuentra en el binario progresión-regresión, identificable desde los primeros escritos freudianos.

Con la *nächtraglich* Freud inaugura no solo una diferencia cualitativa entre el tiempo cronológico del mundo físico y el tiempo lógico que regla las relaciones del sujeto con el inconsciente, sino también un nuevo orden de razones en la lógica de la causalidad. En efecto, la tesis de la sobredeterminación de las formaciones del inconsciente subvierte la lógica de una temporalidad inspirada en la silogística aristotélica -donde se permitía la implicación de C a partir de la anterioridad de las premisas A y B- en beneficio de una causalidad solidaria de un movimiento *reverso* y retroactivo del sujeto involucrado. Esta teoría rompe con el clasicismo que identifica sistemáticamente la causa con lo pretérito al dar cuenta de la forma particular en que el presente actúa sobre el pasado.

Según ella, la historia del sujeto es hecha de movimientos de retroacción mediante los cuales eventos pasados toman sentido y efecto a partir de eventos presentes.

Desde sus primeros esquemas de funcionamiento del aparato psíquico, Freud da cuenta de dos movimientos opuestos: progresión y regresión. A diferencia de los fenómenos concientes o de las experiencias diurnas, los cuales se supeditan a un movimiento cuya gradiente progresiva va del polo perceptivo al polo motor, los fenómenos inconscientes –particularmente el sueño– implican una gradiente regresiva que se extiende en sentido inverso, permitiendo que *«las ideas se transformen en imágenes»*. No obstante, ese movimiento regresivo no es privativo de los fenómenos oníricos, pudiendo también presentarse en las alucinaciones histéricas, en la paranoia, e incluso, con ciertas reservas, en los estados de reflexión consciente. En estricto rigor, Freud da cuenta de una triple regresión en la lógica del inconsciente: tópica, temporal y formal. La regresión tópica implica el movimiento aludido del polo motor al polo perceptivo o sensitivo. La regresión tópica conlleva el retorno a formaciones psíquicas anteriores. La regresión formal es el reemplazo de modos de expresión y representación habituales por otros primitivos. En la discusión sobre el caso del Hombre de Los Lobos, sienta además las premisas del funcionamiento del inconsciente y de paso entrega las condiciones de posibilidad de la *nâchtraglich* o del tiempo reversivo del sujeto del inconsciente. La primera condición es la disposición natural del sujeto a acoger precozmente en la vida infantil las percepciones y a conservarlas en el inconsciente. La segunda remite a la posibilidad de *«una elaboración a posteriori de las impresiones recibidas»*. La tercera se refiere a la posibilidad de la técnica analítica, en el sentido de *«hacer conciente de un modo coherente y convincente los detalles de una escena vivida y comprendida en semejantes circunstancias»*.

Lacan profundiza esta tendencia definiendo no una causalidad física o material sino una psíquica o lógica, y hace reposar la causa tanto en el objeto como en la cadena significante. En la perspectiva del significante, la causa como instancia del inconsciente actualizada en el discurso, implica un movimiento retroactivo del significante según el cual la precipitación de los efectos de sentido en las frase exige si y solo sí que sea pronunciada la última palabra. No hay causa sin esa palabra final que cierra el bucle. Y la condición de la historicidad del sujeto es el lenguaje y la combinatoria de la cadena significante. El síntoma en tanto forma de incidencia del trauma en la subjetividad es otro ejemplo de este efecto causal retroactivo. Por su parte, la

perspectiva del objeto como causa y su incidencia en la temporalidad psíquica se refleja en el mecanismo de repetición en tanto expresión del encuentro siempre fallido o imposible entre el sujeto y el objeto. Este mecanismo ineluctable implica la función de la pérdida en tanto condición lógica de ese efecto metonímico esencial llamado deseo, efecto por lo demás indestructible según la enseñanza freudiana.

Ahora bien, Lacan no solo aporta un complemento formal a la *nâchtraglich* de Freud a partir de sus elaboraciones sobre las leyes del significante y la lógica del objeto a, sino también una topología distinta y un efecto analítico singular de la dinámica frustración-agresividad-regresión, a saber la destitución subjetiva. La topología aludida implica desmitificar la noción de un inconsciente freudiano concebido como un espacio interno para privilegiar la idea de una estructura que se cierra donde el espacio se reduce a una combinatoria representada por un *borde*. Este espacio del entre dos y particularmente la instancia evanescente del sujeto del inconsciente –*fading*– remiten a la banda de Moebius, figura que permite fácilmente ponerlos en evidencia. En fin, la destitución subjetiva es un efecto analítico salutar que implica una radical separación entre el sujeto y los significantes del Otro, efecto que tiene algunas actualizaciones extra analíticas identificadas por el propio Lacan, siendo la actitud del protagonista del Guerrero Aplicado de Jean Puhlan, una de las más conocidas.

Los mecanismos de globalización contemporáneos, la preeminencia del discurso capitalista y particularmente la decadencia progresiva de las sucesivas figuras históricas del Otro –particularmente la más reciente representada por el proletariado– en tanto referente simbólico o discursivo de legitimación han implicado el surgimiento de un nuevo sujeto esencialmente definido por la autonomía, a saber ciego a las tradicionales relaciones fundacionales de sumisión simbólica y por ende a las posibilidades de regulación externa de sus actos. Ahora bien, paralelamente a la emergencia de un sinnúmero de indudables beneficios inherentes al desarrollo tecnológico, esta mutación también es responsable del surgimiento de un nuevo malestar en la cultura. Uno de los efectos subjetivos a administrar es el sentimiento de omnipotencia que resulta de la erosión del límite de la muerte consecuente con la promesa de inmortalidad que la ciencia vectoriza. Esta nueva condición de precariedad simbólica implica que el sujeto sea engullido por un presente alienante donde todo se juega, generándose de paso el espacio para la irrupción sin contrapeso de toda suerte de efracciones narcisistas que remiten al discurso binario maniqueísta dominante.

Este verdadero empuje a la destitución subjetiva como modelo extra analítico de época debe preocupar al psicoanálisis, toda vez que remite a la promesa de un efecto subjetivo similar por simple inercia social y por ende transmite la idea de una prescindencia de la disciplina, o al menos de una destitución sin pasar por el doloroso camino de la regresión. Conviene no obstante preguntarse por la salubridad de este empuje contemporáneo a la destitución.

**Mario Uribe Rivera**

*(en representación del Foro de Santiago, Chile)*

*Más te acercas al final, más te queda por decir.*

*El final es sólo imaginario, un destino que se inventa para seguir adelante. Pero llega un punto en que te das cuenta que no llegarás nunca. Puede ser también que te tengas que detener, pero sólo porque ha terminado el tiempo que tenías a tu disposición.*

*Te detienes, pero eso no significa que hayas llegado al final.*

**P.AUSTER**

**El país de las últimas cosas**

## **LA TEMPORALIDAD DE LA TRANSFERENCIA**

### **CONSIDERACIONES GENERALES**

- El sujeto del inconciente : Es lo que adviene, es decir lo que podemos esperar, es al interior del dispositivo analítico, eso se produce en un entre dos fundamental, en el que tenemos que subrayar el énfasis de ese «entre», ya que nos aleja de una idea o forma semejante a una díada o relación dual, y nos permite de entrada , hacerle lugar a nuestra premisa: que es la de incidencia del Otro en la constitución del sujeto, es decir al lugar del Otro en tanto que este entendido como Otro del lenguaje.

Con respecto a esto, repasemos una cita de Lacan del Seminario 11:

*...»ese es el lugar dónde se ventila la cuestión del sujeto del inconciente, inmenso escalonamiento, espectro espacial, situado como se dice entre cuero y carne, como un intervalo, en el cual está el lugar del Otro, donde se constituye el sujeto».*

Como veremos, el intervalo, por el que se «presentifica» el inconciente como corte, si nos muestra alguna forma del tiempo, es la «forma» de un tiempo fuera del tiempo concebido como tiempo lineal. En el intervalo se perfila una forma del tiempo en el psicoanálisis.

Lacan lee a Freud, y en el primer modelo de psiquismo, que se conoce como la primera tópica freudiana, nos sugiere justamente apreciar el modo particular en que en ella «se muestra» una escisión de lo psíquico, ese «Otro escenario», esa «Otra escena», como la hiancia que Lacan sugiere ver ahí,

alejándonos así de entrada, de alguna representación ontológica del Inconciente; más allá del valor que se le pueda asignar a lo que mas tardíamente se denominó segunda tópica, y que muestra otras líneas de escisión de lo psíquico.

El capítulo VII de la Interpretación de los Sueños, como construcción de la primera tópica de psiquismo, o del aparato psíquico, como gustaba denominarlo Freud, está soportado en el concepto de la «regresión», siendo éste el carácter psicológico más peculiar del proceso onírico, aunque ella ya había sido constatada en términos de la eficacia de los recuerdos inconcientes reprimidos en los primeros trabajos sobre la etiología de la neurosis histérica; en el sentido de que cualquier proceso de rememoración, implica una marcha «hacia atrás».

Esta lógica está destinada a ser utilizada como un modelo, más precisamente como una Conjetura nos dice Freud, a la que con todo derecho tenemos que dar libre curso.

«Para ello no es necesario suponer un ordenamiento realmente espacial de los sistemas psíquicos así definidos. Basta con que haya establecida una secuencia fija entre ellos, vale decir, que a raíz de ciertos procesos psíquicos, los sistemas sean recorridos por la excitación dentro de una determinada serie temporal», y deja asimismo abierta la siguiente posibilidad: *«la de que la serie pueda experimentar una alteración en el caso de otros procesos.»*<sup>27</sup>

Podríamos anticipar aquí una pregunta ¿qué cosa o qué procesos pueden alterar la temporalidad de una serie?

Será éste, el lugar reservado para algún efecto de transferencia, pensado éste más allá de la repetición?

Si un trabajo, como lo es el del sueño le sirve a Freud como puerta de entrada para el acotamiento de la experiencia del inconciente, no deberíamos descuidar lo que hay en eso de la referencia a un trabajo.

Es la fuerza pulsionante de los deseos Inconcientes, la que aporta la energía necesaria para que ese trabajo se realice, y más precisamente es su carácter de Inmortales e Indestructibles, lo que nos introduce en una extraña dimensión temporal, ya que como deseo tiene una determinación que proviene del futuro,

---

<sup>27</sup> S. Freud, O.C., Ed..Aamorrtu, La interpretación de los sueños, Cáp. VII La psicología de los procesos oníricos, pág 530

al que se pone como testimonio de lo que habrá de ser, por el solo hecho de haberlo dicho. «En la medida en que el sueño nos presenta un deseo como cumplido, nos traslada indudablemente al futuro, pero este futuro que al soñante le parece presente, es creado a imagen y semejanza de aquel pasado por el deseo indestructible». <sup>28</sup>

Se podría pensar que la cualidad de atemporalidad que Freud atribuye al sistema inconciente, en el sentido de que los procesos que allí acontecen no son modificados por el transcurso del tiempo, proviene de este carácter atribuido al deseo inconciente.

«El nachträglich recordemos que fuimos el primero que lo extrajo del texto de Freud, el nachträglich o apres-coup [efecto a posteriori] según el cual el trauma se implica en el síntoma muestra una estructura temporal de un orden más elevado.» <sup>29</sup>

Si Freud sostiene que el estudio del sueño es la «vía regia» de acceso al conocimiento del inconciente, es porque entre otras cosas del sueño extrae la ilustración de algún «trabajo» que se «ha producido» sobre la «materia psíquica» y advierte :

*«Por qué se empeñan en confundir el material con el trabajo que lo informa? En qué aventajarían a los que solo conocieran el producto del trabajo y no pudieran explicarse de dónde proviene y cómo está hecho?*

*Lo único esencial en el sueño es el trabajo que ha operado sobre el material de pensamientos)* <sup>30</sup>

Rápidamente entonces concluimos que el concepto de inconciente, inicialmente surge asociado a la idea de trabajo. Detengámonos un poco en esta idea de trabajo.

No podemos pensar algo del orden de un «trabajo» que no implique o ponga en juego de algún modo la dimensión de lo temporal.

En efecto, Freud hace uso del término trabajo —en alemán Arbeit— muy tempranamente. En La interpretación de los sueños (1900) dedica un

<sup>28</sup> S. Freud, ibid. Pág.608

<sup>29</sup> J..Lacan, Escritos II, Ed.Siglo XXI,1975, Posición del inconciente, pág.375

<sup>30</sup> S. Freud, O.C Ed. Amorrortu,, Conferencias de introducción al Psicoanálisis, XV, 14 Conferencia, El cumplimiento de deseo, pág. 204

capítulo—el VI— a lo que denomina Die Traumarbeit: «El trabajo del sueño».

En el capítulo siguiente, el VII, «Sobre la psicología de los procesos oníricos» abundará en la utilización de este campo semántico.

*«Para decirlo con un símil: es muy posible que un pensamiento onírico desempeñe para el sueño el papel de empresario; pero el empresario que, como suele decirse, tiene la idea y el empuje para ponerla en práctica, nada puede hacer sin capital; necesita de un capitalista que le costee el gasto»...<sup>31</sup>*

Concretamente, Freud concibe el trabajo del sueño como un trabajo capitalista, con una división establecida entre capital y mano de obra: el deseo inconciente y los restos diurnos respectivamente. Es una analogía que le resulta útil para dar cuenta del fenómeno esencial que demuestran los sueños, a saber:

La existencia del Inconciente, la escisión radical del sujeto humano. Posteriormente Freud volverá a recurrir al término Arbeit, si bien en diferentes contextos. El más importante de ellos es el que desarrolla en el artículo de 1914 Recuerdo; repetición y elaboración. Lo que se ha traducido al castellano como «elaboración», «reelaboración», «per-elaboración», etc. es el término alemán Durcharbeitung, que connota un movimiento, literalmente podría traducirse como «trabajar a través de». En ese texto, se tratará de permitir al analizante el dominio de la resistencia mediante este proceso de «elaboración», y es el que posee sobre el paciente la mayor acción modificadora, como asimismo la que diferencia al tratamiento analítico de todo influjo por sugestión.

—Por último, cabe mencionar al Trauerarbeit, el «trabajo del duelo», que en Duelo y melancolía define la función de dicho estado psíquico. El duelo tiene como función el desasimiento de la libido del objeto perdido, y este trabajo lo realiza mediante la ligadura de las cargas a otros objetos. El duelo entonces, también, es tiempo y trabajo.

## **La transferencia, una forma del tiempo**

La transferencia entre otras cosas es tiempo, volveremos luego sobre esto. Solo adelantemos que es un tiempo que tiene un punto de finitud.

---

<sup>31</sup> Ibid., V, pág 553



En Lacan, aún reconociendo los distintos momentos de su enseñanza, la idea del tiempo es una de las coordenadas que interviene en la constitución del sujeto.

Encontramos tres lugares privilegiados en sus ideas acerca del tema del tiempo —El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo s o f i s m a . 1 9 4 5

-Función y Campo de la Palabra de 1953

-Posición del inconciente. 1963

En función y campo de la palabra hay un párrafo particular:

*«lo que se realiza en mi historia no es el pretérito definido de lo que fue, puesto que ya no es, ni siquiera el perfecto de lo que ha sido en lo que yo soy, sino el futuro anterior de lo que yo habré sido para lo que estoy llegando a ser».*<sup>32</sup>

Un pasado que está en trance de advenir.

Tenemos entonces hasta aquí el retorno a Freud iniciado por Lacan, que coloca en el centro los efectos del lenguaje en la palabra y la relación que esta última tiene con la verdad, verdad producida como efecto del inconciente. Se trata de una verdad, que no se alcanza sino por la mediación del Otro, y especialmente por la mediación del analista.

El point de capiton alcanzado por la vía del análisis solo pensado en términos de alienación, conduce a un punto de interminabilidad del análisis, es necesaria la operación de separación, ya que como tiempo de espera abierto, la experiencia del análisis conlleva una promesa de separación. Volveremos sobre esto en la última parte del trabajo a propósito de la relación entre fading y separación.

En Posición del inociente encontramos algunas precisiones que nos parecen fundamentales para nuestro tema.

Lacan afirma ahí que la transferencia es una operación esencialmente ligada al tiempo y su manejo. Es una afirmación que surge en el texto luego de haber planteado la segunda operación de constitución del sujeto en términos de separación. Si es cierto como él mismo dice que la manera de tratar a los pacientes está gobernada por el concepto que se tenga acerca de la transferencia, aún cuando se lo ignore, el tiempo del análisis es una promesa de separación.

<sup>32</sup> J. Lacan, Escritos I, Ed. Siglo XXI, 1971, pág. 117

Es decir que el final está necesariamente anticipado en el comienzo, solo que al modo de alguna retroacción, para la que inevitablemente es menester contar con algún tiempo.

Como decíamos antes, en esta época de la enseñanza de Lacan ya no se trata de esperar solo el advenimiento del sujeto en tanto que su realización por la vía de la palabra o la asunción de la palabra plena. En la alienación se trata del sujeto dividido por el lenguaje como causa, y en la separación de lo que se trata, es de su propia pérdida como objeto del deseo del otro.

La separación como la segunda operación de causación del sujeto, remite a una dimensión distinta, de lo que se puede esperar en, o de «una» experiencia de análisis. Veamos de qué se trata.

Lacan enfatiza la importancia de la operación de la separación, su diseño fundamental se vuelve a encontrar en la técnica analítica, *«pues a la escansión del discurso del paciente, en cuánto que el analista interviene en él es a la que se verá acomodarse la pulsación del borde por donde debe surgir el ser que reside más acá»*.<sup>33</sup>

Vemos así surgimiento, ahora del ser, que reside más acá, pero de qué? Cómo afirmábamos antes, quizá se podría responder : del sujeto de la alienación. Pero por otro lado, en el «debe surgir», se deja escuchar un imperativo ético.

La espera del ser, se sitúa en sí misma a nivel de lo que Lacan llamó la operación de separación. La separación en juego no es respecto del Otro amo de la verdad sino del Otro como Otro del deseo.

En la separación el sujeto debe resolver algo concerniente al problema de su ser, algo que Lacan llama la opacidad del ser.

Ubiquemos dos citas de Posición del Inconciente para sustentar el recorrido que estamos intentando hacer.

*«Sin duda el «pudiera perderme» es su recurso contra la opacidad de lo que encuentra en el lugar del Otro como deseo, pero es para remitir al sujeto a la opacidad del ser que le ha vuelto de su advenimiento de sujeto, tal como primeramente se ha producido por la intimación del otro».*

*«La espera del advenimiento de ese ser en su relación con el deseo del analista, en*

---

<sup>33</sup> J.Lacan, Escritos II, Ed. Siglo. XXI, 1975. Posición del inconciente, Pág.380

*lo que tiene de inadvertido, por lo menos hasta la fecha, por su propia posición, tal es el resorte verdadero y último de lo que constituye la transferencia.*

*Por eso la transferencia es una relación esencialmente ligada al tiempo y su manejo»* <sup>34</sup>

Qué vemos aparecer aquí, entonces, en relación al advenimiento del ser?: el «deseo del analista», es decir que la separación en cuestión, no es cualquier separación, es aquella que solo es esperable como producto de un recorrido de análisis y por lo tanto en relación a «una» transferencia.

Vemos así que si la transferencia es una relación ligada al tiempo y su maniobra, puede inferirse que el manejo del tiempo es por lo menos una condición fundamental.

Hay un tiempo que se abre como tiempo de espera, y por ello mismo, como decíamos al comienzo, está totalmente determinado por su término final. En toda espera, el término final es lo que estructura el tiempo.

El tiempo de espera se halla estructurado como el deseo: el deseo mismo implica una falta: falta de lo que se espera.

Respecto de un análisis, no es lo mismo pensar que el análisis en algún momento se termina, que pensar que la espera de transferencia tiene un punto de finitud, como dice Lacan en su proposición.

Volvamos al tema que al que nos referíamos recién, de que lo que se puede esperar es el advenimiento del ser, y no ya solo el advenimiento del sujeto.

Hay un problema del ser, por ser hablante que es doble. Por un lado, en la medida que el viviente se vuelve sujeto, hay una pérdida de ser, es el efecto de negativización del lenguaje, todos experimentamos por el hecho mismo de hablar esa falta, falta de ser, pero en posición del Inconciente Lacan utiliza la expresión que ubicábamos recién «opacidad del ser». La parte de ser que es suya es opaca, desconocida, fuera de saber, pregunta: esto en la clínica cómo se traduciría?

Detengámonos un poco sobre esta cuestión de la opacidad.

Conduce a varias líneas que en sí mismas podrían ser vías de trabajo.

Lo opaco podría pensarse en cierta oposición con lo especular. Por lo tanto

---

<sup>34</sup> Idid, pág 380

esta opacidad remitiría a cierto resto no asimilable a la imagen especular. Vayamos desbrozando a que podría referirse esta respuesta del ser en su opacidad: no es el je y tampoco es el moi, primer desbrozamiento.

En una línea más freudiana podríamos conectarlo con aquello del complejo del semejante, que Lacan recuerda en el seminario 7, aquello del semejante que no admite ninguna predicación, la descomposición del complejo del semejante como la primera orientación del ser viviente en el mundo, se hace en el interior de esa experiencia con el Otro prehistórico inolvidable. Das Ding, núcleo de lo no reconocido en el interior mismo del ser, resto de la identificación.

Resto también, pensándolo ya en otra perspectiva, la que se sella en la última clínica freudiana: en El problema económico del masoquismo, no toda la pulsión de muerte se traspone al exterior, se expulsa, *«una vez que la parte principal de la pulsión de muerte fue trasladada hacia afuera, hacia los objetos, en el interior permanece como su residuo, el genuino masoquismo erógeno»*<sup>35</sup>

Si el sadismo primario permitía pensar en la constitución del cuerpo y del yo, Freud en la torsión que supone el masoquismo primario, señala un elemento que escapa a esa constitución que permanece fuera del cuerpo. El masoquismo primario señala entonces una escisión que tiene otras líneas de clivaje, en este caso podríamos pensar en una escisión del cuerpo. Lo que permanece en el interior, constituyendo un «fuera del cuerpo» en el que se refugia la satisfacción pulsional. Es en esta exterioridad al cuerpo especular, en esta parte separada del cuerpo, que en Freud podemos ubicar la disyunción cuerpo goce.

No perdamos de vista el hilo conductor, estamos tratando de dar algunas vueltas a lo que Lacan formula como pregunta en Posición del Inconciente, cuál es ese ser que responde? Y cómo?

Esto nos interesa particularmente en el punto de que se trata de algo que, como indicábamos al comienzo, concierne a un acontecimiento o a una emergencia, en la transferencia.

La respuesta a esta pregunta, siguiendo la lógica del texto que estamos proponiendo a la lectura para el tema que nos interesa, lo lleva a Lacan a recurrir al concepto de libido, pero la libido cómo órgano «la laminilla», esta representa esa parte del viviente que se pierde al producirse este por las vías

---

<sup>35</sup> S. Freud, OC. Ed. Amorrortu, El problema económico del masoquismo, XIX, Pág. 170

del sexo, vía en la que como dice Freud, en la metáfora homóloga del soma y el germen, este último, en sí mismo inmortal, y respecto del cual el soma, por una prima de placer, y obedeciendo únicamente a esa ganancia, es intimado a ser su huésped, haciéndose así testafarro de ese factor letal que conecta al ser sexuado con la muerte.

Entonces la respuesta del ser es la de un ser que goza, y remite a lo que Freud llamó el silencio de las pulsiones. Es una respuesta en acto, que remite a la transferencia como puesta en acto de la realidad sexual del inconciente en acto y silenciosa al mismo tiempo.

En acto indica una temporalidad que la transferencia enmarca, da lugar, como advenimiento de un tiempo que no cesa, siempre actual, Lacan utiliza la expresión temporalidad del instante, instante del fantasma para dar cuenta de este acontecimiento, el fantasma entonces sería una respuesta, este es uno de los refugios del goce pulsional.

Insistamos con el hecho de que la respuesta se hace presente si se ha hecho algo para eso en el análisis, es menester que el analista haya operado con la abstinencia, uno de los nombres freudianos del deseo del analista, operar con la abstinencia en el sentido de haberse abstenido de responder en tanto Otro que predica al sujeto, permitiendo de este modo, que la respuesta del ser, se haga presente. El ser solo responde, emerge, si desde el lugar del analista, se preserva la  $x$  del deseo, es el ser contesta si del lado del Otro aparece la  $x$ , enigma abierto del deseo del Otro.

El análisis hace responder el ser mismo del sujeto a condición de que el deseo del Otro permanezca como vacío, esto permite una distancia con el psicoanálisis como mera práctica sugestiva, que sabemos es parte de lo que está hecho el amor en tanto creencia en el Otro.

En la transferencia hay algo que se temporaliza por la repetición, pero no al modo de las sombras, sino que la transferencia actualiza encuentros en los que se manifiesta la presencia del deseo, no como reproducción del pasado, sino como recomposiciones de los encuentros que interpretan lo real.

El fantasma es un modo de respuesta al deseo del Otro, es decir a la castración, velando el vacío del Otro en posición de «ser» ese objeto que lo colma.

La transferencia, ya lo dijimos, adquiere valor de separación, separación del objeto que el sujeto es en el punto del desamparo. Como analistas estamos llamados a encarnar el lugar de ese objeto del cuál el analizante se separa.

Esa es quizá una de las vertientes por las que nuestra práctica no es inofensiva,

o al decir de Freud, «convoca fragmentos de vida real»

La separación se produce respecto no de Otro como lenguaje, sino del Otro en tanto que Otro del deseo, la separación se produce entre el Otro del deseo y el sujeto del inconciente determinado por el lenguaje.

Esta separación es de una posición goce, responde entonces, no el sujeto que habla sino, podríamos decirlo así, el ser que goza.

Es una respuesta en acto, a la que como decíamos recién, Lacan la llama el instante del fantasma.

Acá podemos entonces reencontrar la conocida afirmación de la transferencia como la puesta en acto de la realidad sexual del inconciente.

**...»Sucedee con particular frecuencia que se «recuerde» algo que no nunca pudo ser «olvidado» ...<sup>36</sup>**

En Más allá del principio del placer, Freud anuncia lo que habrá de culminar con la conceptualización de la repetición como tope a la rememoración, y como manifestación, a la vez, de la pulsión de muerte, que como certeza indeterminada del sujeto anida en nuestro ser como deseo.

En la transferencia el sujeto repite porque no puede recordar, y recíprocamente la repetición es la única manera de recordar. He aquí la pendiente por donde podría deslizarse la homologación de transferencia y repetición, homologación de la que Lacan nos advierte, que es el encubrimiento de aquello que en la repetición, como automaton, hay que distinguir de lo que es su causa, Tyche, como encuentro, encuentro en tanto que siempre fallido. En este sentido, podemos decir que Tyche y Automátón, son formas de la temporalidad en la transferencia.

La repeticiones en el análisis, van trazando surcos, o al decir freudiano vías facilitadas de una vez y para siempre, trazado de surcos, que van recortando dos dimensiones esenciales, en el más allá de la transferencia como repetición: la realidad sexual del inconciente.

Lo que se «muestra» al cabo de una experiencia de análisis, no podría ser de otro orden que lo que en el Inconciente tiene la forma de una Hiancia, en la

---

<sup>36</sup>S. Freud, Ed. Amorrortu, Recordar, repetir y reelaborar, XII Pág. 150

que el analista como presencia no es más que su manifestación, en términos de esos encuentros que en la transferencia son de rechazo del inconciente, y que no hacen más que revelar ese movimiento del sujeto que no se abre más que para cerrarse de nuevo en una cierta pulsación temporal.

*«Encontramos aquí de nuevo la estructura acompasada de esa pulsación de la hendidura. Onticamente pues el inconciente es lo evasivo, pero conseguimos circunscribirlo en una estructura temporal de la que podemos decir que hasta aquí nunca ha sido articulada como tal.»<sup>37</sup>*

Esta ambigüedad de la realidad que está en juego en la transferencia, ya que ella no puede aprehenderse ni en ausencia ni en efigie, sólo se la puede discernir, con Lacan a partir de la función de lo real en la repetición.

Se trata entonces, de un encuentro, como «acontecimiento» que escenificado en el marco de la transferencia, ya que ella no es ni en ausencia ni en efigie, requiere de la presencia del analista de su deseo como operador

Operación analítica por la que habiéndose consumidos todas las certidumbres del sujeto, hasta sus últimos espejismos, como función de la alienación, rompe el espejo en algo que tiene la temporalidad del instante «que lo hace caer de su fantasma y lo destituye como sujeto»

Conjugación del acto del analista y de la tarea, o mejor, del trabajo del analizante. *«Al final es él, el analista, el que da cuerpo a lo que sujeto deviene bajo la forma del objeto «a»».*<sup>38</sup>

En términos freudianos este momento sería equivalente al advenimiento en el marco de la transferencia de ciertos fragmentos que no perteneciendo a lo reprimido olvidado, emergen con fidelidad no deseada, como representación de aquello que no se puede recordar porque tampoco nunca fue olvidado como un cuerpo extraño y ajeno al contenido restante de la neurosis; «que no habiendo tenido nunca existencia real», siempre es una construcción del análisis, del orden de lo necesario.

Trabajo del analizante, en el que por el advenimiento de la certeza de goce, que habita el fantasma, como satisfacción paradójica del campo pulsional

<sup>37</sup> J. Lacan , Seminario 11, Ed. Paidós, Cáp III, pág 40

<sup>38</sup> J.Lacan ,Seminario XV, inédito, clase 6, 17/1/68

articulado a él, le permitirá saber, si quiere, de qué se satisface.

Si al cabo del recorrido de nuestro trabajo, podemos convenir que al final de una transferencia, el sujeto se confronta con el objeto perdido como causa de su división, entonces podemos concluir afirmando que el objeto «a», es uno de los nombres del tiempo en el análisis.

El tiempo al igual que el objeto por estructura «se pierde».

...»*Nadie pierde (repites vanamente) si no lo que no tiene y no ha tenido Nunca, pero no basta ser valiente para aprender el Arte del Olvido.*... J.L.Borges

**Silvia Migdalek**

*(en representación del Foro Analítico del Río de la Plata)*

## BIBLIOGRAFÍA

Sigmund Freud, La Interpretación de los Sueños, Editorial Biblioteca Nueva, España, 1996

Sigmund Freud, Un caso de Neurosis Infantil: El Hombre de los Lobos, Editorial Biblioteca Nueva, España, 1996

Jacques Lacan, Position de l'Inconscient, Ecrits, Éditions du Seuil, Paris, 1966.



# **EL PSICOANÁLISIS EN SU TIEMPO**



## EL PSICOANÁLISIS EN SU TIEMPO

EPFCL-Brasil

Creo que el tiempo del psicoanálisis es un tema de gran actualidad y, por tanto, es preciso justificar esa disciplina que, como se sabe, es ya centenaria, y tiene porvenir.

Pensé que para hacer una mínima demostración de como es decisivo el tema – el psicoanálisis en su tiempo – podría repartirlo en dos vertientes: el de la evidencia terapéutica y el de la evidencia institucional del psicoanálisis.

Me gustaría anticipar que debo reservar dos tercios de lo que tengo que decir, al problema de la evidencia terapéutica del psicoanálisis. Adelanto que esta evidencia es realmente dudosa, pero quizás, menos dudosa que la de otras terapéuticas que concurren con ella. El tercio final del trabajo lo reservo al problema de la institución psicoanalítica, porque me pareció que el asunto – el psicoanálisis en su tiempo – tiene también que ver con eso.

### La promesa de felicidad

El mundo contemporáneo, ¿implica una terapéutica? ¿implica una quimioterapia? ¿implica una psicoterapia?

Me gustaría considerar un poco la idea de que el mundo contemporáneo implica una terapéutica por dos razones: la primera es el hecho de que el hombre contemporáneo continúa a experimentar la angustia, y, por otro lado, continúa a experimentar la alucinación.

¿Será que estos fenómenos que el hombre contemporáneo experimenta justifican una terapéutica? Y entre ellas, (la terapéutica farmacológica de la psiquiatría y la terapéutica cognitiva de la psicología), ¿se justifica también la terapéutica del psicoanálisis?

Elegí tales fenómenos porque para ellos se promete una solución muy difundida en los medios de comunicación, desde el punto de vista de la farmacología. Hay sobre eso, cosas curiosas que quizás sea interesante comentar.

La neurociencia propone que esos fenómenos pueden ser reducidos a una cuestión de regulación y transmisión del sistema nervioso, una cuestión de neuroregulación y neurotransmisión. Varios biólogos moleculares han hecho esa

promesa. Ellos toman por modelo la diabetes, el síntoma de la disfunción del páncreas, glándula que secreta una hormona  $\frac{3}{4}$  la insulina que tiene la función de regular los niveles de glucosa de las células.

La hipótesis neuroquímica prevé que más o menos ocurre lo mismo a nivel del sistema nervioso central; la comunicación entre las células nerviosas es proporcionada por algunos neurotransmisores - serotonina, dopamina, noradrenalina - y, con base en su neuroregulación pueden controlarse bioquímicamente los síntomas mentales.

Esa hipótesis supone poder decretar el fin del psicoanálisis, el fin de las terapias que, conforme a los medios especializados en la divulgación de esa promesa biológica y cognitiva intenta vehicular, no pasa de un gran equívoco del siglo XX.

Eso merece una reflexión, puesto que hace ya varias décadas, los medios promueven los medicamentos que prometen resolver la angustia y la alucinación, en tanto promesa de una felicidad química.

Conocimos la década de las benzodiazepínicas y en seguida la de los antidepresivos, concepción dominante en la psiquiatría biológica y que orientó la propia clasificación de los trastornos mentales.

Del lado de la psicosis, surgieron los neurolépticos atípicos con la promesa de solucionar el problema de la alucinación por los medios bioquímicos. La promesa neuroquímica se basa en que es posible disolver la experiencia alucinatoria mediante la regulación de los neurotransmisores,

La teoría, así llamada neurocientífica, reduce el síntoma mental a una cuestión de neurotransmisión y neuroregulación. Intentaré demostrar que esta es una hipótesis poco sustentable, o mas bien insustentable, por lo menos para el psicoanalista, que puede acompañar de cerca la experiencia subjetiva de la angustia y de la alucinación y verificar que no puede reducirceles a la evidencia del tratamiento neuroquímico.

Diré más: que la psiquiatría biológica no tiene evidencia, y que en cada década se verifica que los medios neuroquímicos son ineficaces para dar cuenta del problema de la subjetividad.

### **¿Tiene evidencia el psicoanálisis?**

Es en el corazón de este problema crucial que me gustaría presentar la cuestión de la evidencia del psicoanálisis. ¿Tiene evidencia el psicoanálisis?

De entrada, creo que no se puede responder afirmativamente a esa pregunta. En el momento en que se encuentran la teoría y la práctica psicoanalítica, no se puede decir que el psicoanálisis tiene evidencia. Es posible apostar en el futuro del psicoanálisis, pero eso va depender del avance en los planos teórico y práctico.

El primer obstáculo relativo a la evidencia del psicoanálisis es que se encuentra en el mismo embarazo del modelo de cientificidad de la psiquiatría biológica. El psicoanálisis también quiere encontrar una causa eficiente para el problema de la angustia y de la alucinación. Por eso realiza una operación de reducción. Así como la psiquiatría reduce el síntoma mental a una cuestión de neurotransmisión cerebral, el psicoanálisis lo reduce a una cuestión de parentesco.

Esa teoría de la causalidad psicoanalítica se desarrolló y se sofisticó de tal manera que, en relación a la angustia, se puede decir, por ejemplo, que la fobia puede ser concebida de dos maneras opuestas: la fobia es al mismo tiempo temor y ayuda al padre. Dado que el niño está supuestamente sometido al riesgo de una relación incestuosa, es necesario un agente de interdicción, de castración, tal como el padre, y la fobia puede substituirlo cada vez que éste fracasa en su función. La fobia, entonces, puede ser presentada como miedo del padre y como ayuda al padre.

Para esta concepción del psicoanálisis, la causalidad de la angustia no es la serotonina sino la paternidad. Yo vínculo la poca evidencia del psicoanálisis con ese tipo de reducción.

Todo eso comenzó con un sueño de Freud. Él supuso haber encontrado el complejo nuclear de la neurosis, el complejo de Edipo. Hay en esa mitología una enseñanza muy interesante, ya destacada por varios autores, que subraya el hecho de que todo lo que Edipo hizo, todos sus actos, de eso él no sabía nada. Edipo comienza en realidad con un infanticidio. El oráculo vaticina: un padre será asesinado y a partir de allí se ordena el infanticidio. Se siguen el parricidio y el incesto.

Creo que la ciencia tiene todo el derecho de dudar de una teoría científica que pretende reducir la explicación de los síntomas mentales al complejo de Edipo. Estoy suponiendo que todos saben que la generación de Freud y la de los posfreudianos hasta nuestros días consideran como fundamento del psicoanálisis, como explicación causal del síntoma analítico, el complejo de Edipo.

Sostenido en ese fundamento, el psicoanálisis no tiene evidencia. Sostenido en el complejo de Edipo, el psicoanálisis no tiene futuro. Es por eso que me propongo traer otros argumentos en esta dirección.

Creo que el dato más importante de la mitología de Edipo, de que él no

sabía nada y que Freud lo llamo de inconsciente, es lo que se puede salvar. El inconsciente es la suposición de que se puede hacer lo que sea sin saber. No se puede justificar ni explicar el problema de la angustia y de la alucinación o de cualquier otro discurso mental con base en ese fundamento, a no ser apoyando-se en el detalle de que lo que está en juego en el Edipo es el hecho de que el sujeto no sabía nada.

### **El hombre shakesperiano**

Considero muy inspirada la investigación del profesor y crítico de la literatura americana - Harold Bloom - quien trabaja desde hace muchos años enseñando Shakespeare. Evidentemente, él estudió las observaciones de Freud sobre el Hamlet de Shakespeare y estuvo en desacuerdo con ellas.

Desde su primer libro sobre el asunto, *O cânone ocidental*<sup>1</sup>, y en un libro más reciente; *Shakespeare, a invenção do humano*,<sup>2</sup> él propone una hipótesis muy ardua, pero que sustenta con mucha desenvoltura: Shakespeare habría inventado eso que conocemos hoy como personalidad humana, en el sentido en que la psicología la emplea.

Bloom sugiere que, en lugar del complejo de Edipo, podríamos explicar los actos humanos tomando como fundamento el complejo de Hamlet. Hay una ventaja en la hipótesis de Bloom: ella dispensa la referencia al parricidio y al incesto. En Hamlet no hay parricidio, sino fratricidio. Tampoco hay incesto. Esto quiere decir que no es necesario fundamentar la angustia humana en el parricidio y en el incesto.

Se siguiéramos la hipótesis del Hamlet de Shakespeare, veremos aparecer otra vertiente del problema del hombre. Es necesario dejar de asignar al niño un deseo incestuoso por su madre y un deseo asesino hacia su padre, renunciando a la explicación del contexto ambiental del hombre a partir de ese modelo.

Una lectura atenta de la tragedia Edipo Rey de Sófocles puede mostrar que lo que está en cuestión, más allá de una problemática histórica del parentesco, es una problemática estructural del parentesco. Shakespeare nos muestra ese cambio,

<sup>1</sup> ROUDINESCO, E. *Por que a psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar Editor. 2000, p. 128-142.

<sup>2</sup> LACAN, J. *Hamlet por Lacan*. Sao Paulo: Escuta/Liubliú. 1986.

alterando dicha concepción. Por su parte, Shakespeare también inaugura la modernidad, aunque sea, contrario a Descartes, un autor inculto.

No podemos entrar en el segundo siglo del psicoanálisis fundamentando el problema del síntoma analítico en la mitología o en la literatura trágica. A ese respecto, consideramos agotado el argumento de Roudinesco que, en un de los capítulos de su libro *Por que el psicoanálisis*<sup>3</sup> llega a rescatar el hombre trágico fundamentado en el Edipo.

Shakespeare construyó un hombre nuevo. Se puede decir, inclusive - esta es la tesis de Bloom - que Shakespeare inventa el hombre. El sentimiento de amor, de celos, la pasión y la intriga son invenciones de Shakespeare. Otelo, Hamlet, Fallstaff son personajes humanos inventados por Shakespeare.

Por su parte, Freud destaca en Hamlet la procrastinación, el hecho de que él no puede decidir realizar el acto de vengar al padre, o el acto de asesinar al tío. Esa acción se desdobra en cinco actos y solamente en el último, involuntariamente, eso se consume. Hamlet tiene varias oportunidades para realizar su acto, pero no consigue hacerlo. Freud concluye que Hamlet está inconscientemente identificado a su tío Claudio.

### **La dimensión estructural del parentesco: el significante**

Cuando Lacan examina el acto de Hamlet en su seminario «El deseo y su interpretación»,<sup>4</sup> dice que allí se disloca el problema de la relación incestuosa, de la relación del niño con su madre, hacia el problema de la relación sexual, de la relación del hombre con su mujer. Lo que importa, en el drama de Hamlet, es el descubrimiento de que la madre es una mujer, que la madre también desea, que ella goza.

Si Edipo introduce la cuestión del deseo de la madre, Hamlet introduce la cuestión del goce de la mujer, el hecho de que una madre goza. Este es un gran paso, porque nos hace salir del contexto familiar, nos hace caminar hacia el contexto ambiental. En otras palabras, somos lanzados de la endogamia hacia la exogamia, lo que nos permite movernos de la dimensión histórica del parentesco, hacia la dimensión estructural del parentesco.

<sup>3</sup> LACAN, J. *Seminário 25 - o momento de concluir*. 11 de abril de 1978. Inédito.

<sup>4</sup> FREUD, S. Inibição, sintoma e angústia (1926). *Edição Standard Brasileira*. Rio de Janeiro: Imago, 1976. v. XX.

Shakespeare nos conduce más allá de la dimensión trágica hacia la dimensión cómica de la realidad humana. La disputa de algún modo ridícula entre Hamlet y Laertes por el amor de Ofelia, en la escena del entierro, tiene dimensión cómica.

Lacan señala que, del punto de vista teórico, Shakespeare nos enseña en esa escena que el objeto de amor solo agrega valor cuando está perdido, que la amenaza de pérdida de amor es lo que torna el objeto de amor valorizado.

El impase mayor en cuanto a la evidencia del psicoanálisis es que el psicoanálisis reduce todo al sexo. Pero el psicoanálisis no tiene nada que ver con el sexo. El psicoanálisis no tendrá evidencia mientras suponga que el sentido del síntoma tiene que ver con el sexo. Esa afirmación está sostenida por la tesis de que no hay relación sexual. Por esa razón el síntoma mental no puede ser reducido al complejo de Edipo.

Ya que una afirmación de este talante - el psicoanálisis no tiene nada que ver con el sexo - exige una elaboración, voy a comentar un fragmento de un seminario de Lacan.<sup>5</sup> Desde que leyó *La interpretación de los sueños*, de Freud, él resolvió introducir la lingüística en el análisis. Freud quedó atado a la categoría del pensamiento porque no tenía a su disposición las coordenadas culturales que encontró Lacan. Fue eso lo que lo llevó a cometer la imprudencia de colocar el complejo de Edipo como fundamento del análisis.

¿Por que Freud fue llevado a valorizar esa referencia literaria como fundamento del psicoanálisis? Nuestra hipótesis es que no debemos reducir el fundamento del psicoanálisis ni a Edipo ni a Hamlet. El fundamento del psicoanálisis está en el pasaje del significante al significado. Es en el pasaje del significante al significado, en el ultrapasaje de esa barra, que no es la barra de una fracción, sino de lo real, donde ocurre la pérdida de goce.

Es necesario señalar en esta elaboración, que es el significante, su efecto de mal-entendido, que vuelve por ejemplo problemática, mi comunicación con ustedes. Es que a pesar del hecho de que hablo en portugués se bien que no nos entendemos, no completamente, pues cada cual aprehenderá lo que le conviene de aquello que yo digo. Cada uno habla su propia lengua, desde el comienzo de la vida, lo que suscita muchos mal-entendidos.

---

<sup>5</sup> LACAN, J. *O seminário, livro 17: o avesso da psicanálise*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar, 1992.



Para que el psicoanálisis tenga evidencia, en lugar de buscar su fundamento en el erotismo que puede existir entre un niño y su madre, debemos buscarlo en el mal-entendido que puede existir entre un niño y su madre, debido al hecho de que, cada uno, madre y hijo, habla su propia lengua.

El hilo del pensamiento, que es el significante, es lo que cuenta en la imposibilidad de la relación sexual, de la relación biunívoca, es decir, el hecho de que no podemos disponer de todos los significantes.

El lenguaje es un instrumento realmente poderoso, que nos puede permitir toda comunicación, pero puede promover, al mismo tiempo, todo mal-entendido, porque es un aparato incompleto. No puede decir, por ejemplo, lo que es la relación de un sexo con el otro sexo, no puede nombrar esa relación, porque no puede nombrar el otro sexo, la femineidad; solo puede nombrar un sexo, la masculinidad.

Diría que el problema de la evidencia del psicoanálisis se verifica desde el momento en que pedimos al analizando decir cualquier cosa y verificamos que él no lo consigue, y que solo logra decir alguna cosa que funciona como racionalización, es decir, como mentira. Hay siempre un no sabido, hay siempre un vacío delante de lo cual, por no saber que decir, el sujeto responde con una mentira, con una fantasía, con una hipótesis.

Creo que la evidencia terapéutica del psicoanálisis se percibe al tratarse el problema de la mentalidad con argumentos lógicos, con el concepto de significante, con el concepto de sexo en el sentido de asexualidad, de la imposibilidad del significante de decir algo del otro sexo. El problema de la unión sexual, de la cópula, cuyo sentido lógico es la relación entre predicado y sujeto, debe ser entendido como el problema de la imposibilidad, de la precariedad del lenguaje para decir la pulsión sexual, más que como un problema sexual, propiamente dicho.

### **El fundamento del psicoanálisis: la pérdida del goce**

Ahí es que se coloca el problema de la consciencia: saber si tenemos un dominio permanente del sentido, si aceptamos tranquilamente la hipótesis según la cual el problema de la mentalidad es el de la noción de realidad, hipótesis igualmente desarrollada por Freud en los años veinte, en donde la pérdida de la realidad es remplazada por la fantasía o por el delirio.

¿No es acaso la pérdida de la realidad, la pérdida del sentido, de la significación, de la capacidad de mentir o, si se quiere, de la capacidad de dar cuenta, de

usar racionalizaciones, de colocar en el lugar de aquello que no se sabe una explicación verosímil?

Cuando eso falla, tenemos un trastorno, un síntoma. La angustia puede ser efecto de la pérdida de la realidad, de la pérdida del sentido, de una conmoción semántica, de la incongruencia de la relación del significante con el significado. Es por eso que valorizo esa frase y quiero sacar de ella todo el provecho: en el pasaje del significante al significado se pierde goce. Ese es el fundamento del psicoanálisis.

Creo que el psicoanálisis solo tendrá evidencia si admite ese fundamento, porque lo que se espera, justamente, del psicoanálisis, es que venga a deshacer por el habla lo que fue hecho por el habla. Un tratamiento que es fundado sobre el método del habla solo tendrá evidencia si se sostiene en la teoría del habla, en la teoría del significante, en la teoría de lo que Freud descubrió bajo el término del inconsciente.

El inconsciente no es un término bien elegido porque se confunde con la inconsciencia; lo que importa en el concepto es menos la cuestión de la inconsciencia, de la oposición a la consciencia, que la cuestión del mal-entendido, del equívoco, del hecho de que tropezamos con las palabras.

El inconsciente es el hecho de que tropezamos con las palabras. La oportunidad que tenemos de tropezar con las palabras, de equivocarnos, de crearnos mal-entendidos es sorprendente. Los casos de Freud son ricos en ejemplos.

Desde el comienzo de la vida la oportunidad de tener mal-entendidos es impresionante. Esos mal-entendidos se van depositando como aluviones y el resultado de eso es el síntoma. La evidencia del psicoanálisis depende de esta racionalidad, de tratar el problema del método analítico con esta racionalidad.

La literatura es una de las mayores creaciones del hombre. Todos estamos de acuerdo con el hecho de que no se debe leer una obra literaria procurando compréndela a partir de la psicobiografía del autor. Sin embargo, cuando vamos a hacer el análisis de un caso clínico, tratamos de explicar la obra del autor, la novela familiar del neurótico, recorriendo las comedias familiares.

Lacan insistió siempre sobre el hecho de que el neurótico acaba centrandose sobre las relaciones del parentesco, en vez de centrarse sobre el contexto ambiental. Nuestras observaciones clínicas nos autorizan a diferenciar la neurosis de las psicosis en base a esa especificidad. El psicótico no atribuye sus alucinaciones a las relaciones del parentesco, al contrario, dice que soporta ser insultado por la voz alucinatoria, por la voz del Otro, porque obedece a un propósito social.

Freud denomina esa experiencia de «reconstrucción del lazo social». Dice que el sujeto necesita hacer un arreglo para poder soportar la alucinación. Así se constituye la interpretación delirante de la realidad. No hay mejor ejemplo de racionalización que el delirio. Habitualmente yo digo que el delirio de Schreber es un argumento nacional-socialista, que su tema no es el parentesco; él está preocupado con una nueva raza, la raza aria. Esa es, desde mi punto de vista, la principal diferencia entre el argumento del neurótico y el argumento del psicótico: la familia, de un lado, y, del otro, la nación.

### **Racionalidad en psicoanálisis: el mal-entendido del significante**

Estoy intentando desbancar el fundamento edípico del psicoanálisis propuesto por Freud y también el fundamento «hamletiano» sugerido por Bloom, insinuando que adoptemos la hipótesis lacaniana que llamé de racionalidad científica, es decir, la hipótesis de que el fundamento del psicoanálisis es la pérdida del goce que se verifica en el pasaje del significante al significado.

No hay mejor forma para decir eso que hablar de pérdida del sentido o pérdida de la realidad, sin olvidar que se trata de la realidad del significante. Rechazo la idea de la disfunción de los neurotransmisores, serotonina, dopamina o noradrenalina, como causa eficiente de la angustia y de la alucinación, como agente del fenómeno considerado. Prefiero explicar que es la desarmonía entre el significante y el significado que induce la disfunción de la neuroregulación y de la neurotransmisión.

En la modernidad, la búsqueda de la causa eficiente cedió su lugar a la busca de leyes generales, es decir, la idea de una relación de causalidad entre fenómenos fue reemplazada por la de sistema de relaciones científicamente describibles.

Podemos considerar los ejemplos más sencillos, como el caso de la oscilación permanente del humor, de la distimia, como ejemplo de la incidencia del significante en la regulación bioelectroquímica del organismo.

Hoy no se sabe más si los sujetos extremadamente angustiados exigen del psicoanalista un acto psiquiátrico, con la introducción paralela de un ansiolítico, porque la angustia contemporánea es más grave, o si su gravedad es producto de la información. A estas alturas, no se sabe aún si la angustia pertenece a la categoría de lo insoportable o a la categoría de lo imposible.

Creo que aún no se ha explorado debidamente esa vertiente del mal-entendido en la enseñanza de Lacan, cuando se refuta la hipótesis de Otto Rank de que

la primera experiencia de angustia es el trauma del nacimiento. Esa hipótesis contrariaba la hipótesis de la castración y por eso Freud también la refutó en *Inhibición, síntoma y angustia*.<sup>6</sup>

Otto Rank solo tiene razón en hablar de trauma del nacimiento porque de hecho el hombre nace mal-entendido en medio de dos otros seres mal-entendidos. No importa si el hombre es deseado. Lo que aún es vigente en el psicoanálisis es que un hijo necesita ser deseado, que un hijo no deseado es de entrada un traumatizado. Lacan dice claramente: deseado o no, no importa, en la medida en que se es deseado por alguien que no sabe lo que desea ni a quien desea.

El psicoanálisis tendrá evidencia si decide adoptar esa posición de racionalidad, si se aleja de la literalidad de Edipo, de Hamlet y adopta la teoría del mal-entendido del lenguaje. Su evidencia depende de la vertiente que Lacan abrió y precisa ser explorada con más consistencia. Yo diría que su evidencia pasará por un debate interno entre los psicoanalistas que rescatan diariamente las proposiciones sobrepasadas.

Está en boca nuevamente Winnicott, que centra el problema del síntoma en la relación del niño con la madre, en la teoría del traumatismo basada en la «madre suficientemente buena».

Convengamos, ese psicoanálisis no tiene evidencia. Del punto de vista de la física, esta teoría psicoanalítica está muy distante de las consecuencias teóricas de las descubiertas por la mecánica cuántica, del punto de vista de la química; muy lejano de las consecuencias teóricas de los descubrimientos de la infinita combinación de los aminoácidos y, del punto de vista de la biología, está muy apartada de las consecuencias teóricas de la descubierta del DNA.

No se puede decir que tiene evidencia una disciplina que quiere explicar el síntoma, la angustia y la alucinación en base a la maternidad o a la paternidad.

Creo que el psicoanálisis tiene evidencia en la vertiente de Lacan, en esa racionalidad que consiste en explorar el mal-entendido del significante. Hay toda una teoría económica del psicoanálisis que debería ser explorada; una termodinámica de lo que acontece cuando se pasa del nivel significativo al nivel semántico, lo que no acontece sin ser regulado por el principio de entropía.

---

<sup>6</sup> LACAN, J. *Escritos*. Rio de Janeiro: Jorge Zahar.1998. p. 476-8.

## El padre: del mito a la función - el síntoma

La evidencia del psicoanálisis está en la clínica del discurso, aunque la clínica del discurso espera aún por ser desarrollada. Tenemos el esquema de los cuatro discursos. Es ahí donde Lacan introduce el más allá del Edipo, la exigencia de tratar al analista como una función. Es necesario desarrollar la clínica del discurso porque, al fin de cuentas, lo mental es el discurso.

En *El Reverso del Psicoanálisis*<sup>7</sup> la clínica del discurso apenas está esbozada. En el capítulo cinco de ese seminario aparece por la primera vez la hipótesis de la entropía, del cambio energético que ocurre cuando se pasa del campo del significante al campo del sentido, lo que no es muy fácil de comprender, pero que lidia con la idea de valor, con una hipótesis cuantitativa.

Lacan propone que consideremos la idea de valor antes que la economía de la física. No sé si él tiene razón. Es una referencia muy importante para la ciencia la referencia a la mecánica cuántica. De todos modos, necesitamos una teoría del valor, construida a nivel del discurso. Con esto no quiero decir que el psicoanálisis deba volverse, necesariamente, una ciencia experimental.

La teoría del Nombre-del-Padre debe permanecer, pero renovada, es decir, yendo más allá del padre. El concepto de padre, tal como está formulado en Freud, como un agente de la interdicción, debe ser actualizado por el concepto de función paterna, y enseguida, por el concepto de función de anudamiento, de lazo del nudo de lo real, lo simbólico y lo imaginario. La permanencia del Nombre-del-Padre se instituye en la medida en que aparece como el cuarto nudo para deshacer la propiedad borromeana, según la cual no hay solidaridad en el sistema RSI.

Ese término, padre, debe finalmente ser actualizado por el término síntoma, lo que permite rescatar la dimensión positiva del síntoma, cuestionando la normalización supuesta al psicoanálisis, ejercicio constante de Freud. El análisis de los sueños, de los actos fallidos y de los chistes apunta también a cuestionar la normalización del psicoanálisis; por su parte, en Lacan, el concepto de síntoma, que reemplaza el concepto de padre, tiene también el propósito de no-estandarización.

Es verdad que permanece el padre, pero no la mitología del padre. El padre tiene la función de nudo del sistema. En la enseñanza de Lacan, esa función de

---

<sup>7</sup> SANTOS, M. *Por uma outra globalização*. Rio de Janeiro: Record. 2000.

anudamiento atravesó los conceptos de padre, de feminidad y, por fin, el concepto de síntoma.

Hace poco decía que la fobia es un padre y por ahí se puede ver un síntoma cumpliendo una función paterna, la función de interdicción. Podría decir eso de otra manera: el lenguaje no permite decir todo, de lo que, en el léxico de Freud, se denomina castración, y en Lacan, Nombre-del-Padre, función de interdicción.

El lenguaje es el propio agente de la interdicción. El hecho de que el lenguaje no puede decir toda la verdad significa interdicción, significa que debo dejar muchos dichos interdictos, en las entrelíneas, lo que Freud denominó recalque. Logo, el recalque es una función del significante.

Contrario a toda evidencia y en rigor, el hombre no puede escucharse, pues en el momento que escucho lo que estoy diciendo no puedo escucharme sin dividirme. La experiencia de la alucinación enseña eso. Normalmente, el sujeto debería poder hablar automáticamente, como en el caso de la alucinación, del automatismo mental. Pero ese mecanismo que Freud llamó de recalque consiste en permitir al sujeto dividirse y decir «yo pienso», lo que quiere decir «yo me hablo», puesto que pienso con ayuda de las palabras, y así hago parecer que el habla no es automática.

Prefiero definir la alucinación como el hecho de que el hombre no puede oírse hablar. Normalmente, el hombre no se da cuenta que no puede oírse hablar, suponiendo que puede apenas oír la voz del otro hombre, su semejante, aún cuando se trata de su propia voz. Por eso, cuando observa que escucha su propia voz, sus propias proposiciones, tiende a defender-se atribuyendo ese enunciado a un otro que le habla.

La experiencia alucinatoria consiste en atribuir a un otro eso que «yo pienso» y afirmar que «el otro me dice». Esa función es exclusiva del significante, es decir, de la acepción lacaniana del significante. De todo modo, lo que la experiencia alucinatoria muestra es que hablar no es una simple función del aparato de fonación, sino un automatismo del cuerpo humano. Hablo sin saber. Tengo el impulso de hablar. Sería realmente catastrófico prohibirle al cuerpo humano hablar.

La hipótesis de Freud es que el cuerpo humano tiene ese automatismo pulsional de hablar, así como hay otros impulsos: oral, anal, fálico, escópico. Es por eso que hablamos de un goce de hablar, de una satisfacción de hablar.

La hipótesis del inconsciente - hablo sin saber - cuestiona el problema de la consciencia. La instancia del inconsciente o la razón de Freud consiste en afirmar

que hay un cuerpo animal que, más allá de otras propiedades, tiene la propiedad instintual que él decidió llamar pulsión y que se separa en diversos niveles: oral, anal, fálico, escópico, etc. Él decidió tratar el habla como un impulso pulsional, como una pulsión, la pulsión de hablar.

### **¿En que lugar el psicoanálisis es transmisible?**

Abordo ahora la cuestión sobre el psicoanálisis en su tiempo desde el punto de vista de la evidencia de la institución psicoanalítica. Reencontramos el problema del tiempo del psicoanálisis en todas las instituciones que transmiten el psicoanálisis y forman los analistas. Cada una de ellas se orienta siempre con base en un modelo totalitario, en lo cual un grupo centraliza todos los poderes políticos y administrativos, no permitiendo la existencia de la diversidad, de la pluralidad, lo que va en contra de los principios del propio psicoanálisis que busca la diferencia, la singularidad, la diversidad y la idiosincracia.

Para que el psicoanálisis pueda dialogar científicamente con otras disciplinas, es necesario no aislarse en pequeños o grandes gremios, nacionales o internacionales, sin estar abiertos al intercambio. Fue eso lo que Freud más acentuó sobre la constitución de los grupos. Para que un grupo se constituya es necesario identificar lo «no idéntico a sí mismo», la pequeña diferencia narcisista fuera del grupo y al mismo tiempo en que eso constituye el otro como diferente del grupo, constituye el grupo como barrio. Las minorías de negros, mujeres, homosexuales, freudianos, lacanianos, son constituidos de esa manera.

Lacan observó que esa preocupación guió a Freud en la organización de la IPA, especialmente a partir de 1912, cuando apadrinó, la forma de autoridad que prevalecía ahí y que consistía en explorar en los mínimos detalles el modo de ejercicio y transmisión de los poderes. Esa preocupación se debió a la ruptura de Jung. Freud aceptó entonces la idea de una joven guardia que aspiraba a la veteranía o continuidad, para velar por el sostén de su pensamiento, mediante una solidaridad secreta.

Lacan da el argumento lógico de esa organización, diciendo que Freud dispuso la dirección de la IPA diez años antes de escribir *«Psicología de las masas y análisis del yo»*, antes de interesarse por grupos como la iglesia y el ejército, por los mecanismos mediante los cuales en un grupo orgánico acontece una identificación del yo de cada individuo con una misma imagen ideal, cuyo espejismo es sostenido por la imagen del líder. No deja de observar, cada vez que puede, que esa es la

lógica de las organizaciones fascistas, porque ella deja margen al predominio de la función del *boss*, del *caïd*, del jefe.

En beneficio del futuro del psicoanálisis pienso que podríamos ampliar el alcance de los adjetivos restrictivos - freudiano, lacaniano - y transformar-los en referencias teóricas del análisis e intercambio con otros discursos psicoanalíticos - kleinianos, bionianos, winnicotianos, - además de promover el intercambio con otros discursos no psicoanalíticos - científicos, filosóficos, artísticos, religiosos. Pienso también que debemos analizar la diversidad de las organizaciones psicoanalíticas existentes - sociedades, asociaciones, escuelas - y preguntarnos si es verdad que el psicoanálisis se transmite mejor en unas más que en otras, en fin, preguntarse: ¿en que lugar el psicoanálisis es transmisible?

Hace una década que abrimos ese debate, primero suponiendo que podríamos hablar del «retorno a Lacan», en el sentido en que él habló del «retorno a Freud». Es decir que teníamos cierta intuición de que había cierta degradación del propio discurso analítico, tal como se estaba practicando en nuestro medio. Algunos colegas dijeron que no se podía decir eso en relación a los conceptos fundamentales, por ejemplo, al concepto de final de análisis, que no se podía decir que se estaba practicando cierto desvío conceptual que justificase un «retorno a Lacan». Sin embargo, en relación al concepto de Escuela, hemos podido elaborar el resultado de una década de estudios y hemos podido constatar que habían ciertos desvíos que justificaban el sintagma de Foucault de «retorno a », que es, según él, un hecho estructural, tal como Freud también analiza en su texto «Moisés y el monoteísmo», diciendo que cada cierto tiempo cierta verdad radical de un discurso debería ser olvidada por los practicantes de éste, y en caso necesario retornar a la radicalidad de ese discurso.

Hay una particularidad en la formación del analista que la hace diferente de la formación del médico, puesto que esta formación depende de dos condiciones que son especiales, la condición necesaria, el análisis y la condición que Lacan denominó de condición suficiente, que es el pase, que es un dispositivo que nos invita a averiguar bajo que condiciones hubo ese giro de analizando al analista.

El dispositivo analítico es la contribución de Freud al método psicoanalítico. Se define, desde el punto de vista imaginario, como la situación romanesca que se establece entre un analizando y un analista. Del punto de vista simbólico, se trata de una relación basada en la suposición de un saber al sujeto del inconsciente y su atribución al analista. Esta suposición debe ser entendida en el sentido de *Occam*. Lacan dice que el sujeto no supone, que la suposición es de un significante,



que representa al sujeto para un otro significante. Entonces, no se trata de que alguien suponga, así como, no se puede decir que el saber se atribuya a alguien. A esa suposición, Freud la llamó transferencia positiva, y su dispositivo da cuenta de toda la experiencia, inclusive del final del análisis, es decir, de como se liquidará la suposición que fue necesaria para promover la solución del síntoma. Es un dispositivo que funciona hace más de un siglo, y sobre el cual todos los analistas, de las orientaciones las más diversas, están de acuerdo en relación a su necesidad y a su eficacia. Por eso Lacan lo elevó a la condición necesaria de la formación del psicoanalista.

El dispositivo del pase es la contribución de Lacan al método psicoanalítico. Él lo define como la condición suficiente de la formación del psicoanalista. Lo que ese dispositivo quiere verificar es si realmente aconteció durante una análisis el deseo del analista. El quiere identificar lo que se llama el pasaje de la posición de analizando a la posición de analista. Es una especificidad del psicoanálisis, puesto que la enseñanza del psicoanálisis no corresponde al modelo universitario. El modelo universitario está basado en un currículo. El alumno es acreditado en cada una de las disciplinas y concluye con una graduación. La enseñanza de las disciplinas es lo que tiene menos importancia en la formación del analista. Lacan propuso, en lugar de un sistema como ese, un sistema casi jurídico, para verificar si un análisis realmente tiene efectos didácticos, tiene efectos de formación: un analizando, denominado pasante, relata a un otro analizando, denominado pasador, lo que surgió en su mente para constituirse como alguien que quiere recibir personas que vengán a solicitarle un análisis. El pasador relata a un jurado, denominado cartel del pase, el testimonio de ese pasaje. El cartel del pase elabora un argumento sobre ese pasaje.

En efecto, es posible discutir si el pasante debe dar testimonio de ese pasaje durante su análisis o solamente después de terminarlo. La segunda opción sería, desde el punto de vista teórico, la más deseable, pero, en la práctica, todo analista se autoriza practicante un poco antes de terminar su análisis. Se puede preguntar finalmente: ¿alguien que aún no ha terminado su análisis puede presentarse al pase, juzgando ser capaz de dar cuenta de y atestiguar de su decisión de autorizarse a recibir pacientes?

Alguien empieza a practicar y a partir de ahí dice: voy a ver se estoy a la altura de esa función. Eso debería discutirse, porque, hay siempre el riesgo de estar practicando una psicoterapia suponiendo estar practicando el psicoanálisis. Y

*después no parece ser necesario ni sondear ni garantizar por que se practica la psicoterapia.* En la IPA funciona así: el analista sabe que su analizando empezó a recibir pacientes, porque él es médico o psicólogo, considera que él está haciendo psicoterapia, y no sondea ni garantiza lo que está siendo practicado, hasta autorizarlo como analista. Entretanto, el pase de Lacan, el pase al deseo del analista, tiene esa especificidad: él no busca evaluar el fin del análisis, sino el giro del deseo del analizando al deseo del analista. Eso exige distinguir, -Soler hizo esa observación-, lo que es el giro del analizando al analista en el curso de una análisis, de lo que es el final de una análisis. El pase, propiamente dicho, identifica aquellos que están más allá del giro. La contribución fundamental de Lacan sobre esa distinción indica que la transferencia hacia el analista se liquida. Se trata de la liquidación del sujeto supuesto saber. Sería aún más adecuado decir que lo que se liquida es la suposición. El saber no se liquida, queda como resto, como una falta real, que va a funcionar como causa del deseo.

Lo esencial es que pretendemos desplegar la demostración de que hubo por lo menos ese desvío estructural, y hacer un esfuerzo de señalar ese desvío y proclamar el retorno a la verdad radical de Freud, que es retomada por Lacan y que parece que se perdió en nuestra práctica institucional.

El mismo nombramiento del Analista de la Escuela, del AE, es un hecho cuestionable, evidentemente, mucho menos para los franceses, porque es más difícil para ellos separarse de los gradus que Lacan estableció; pero para nosotros, que podemos tomar una cierta distancia, que no fuimos analizados ni discípulos directos de Lacan, es posible cuestionar ese mismo título, porque nos parece que fue ese título el que favoreció el desvío del concepto de Escuela.

Lo mismo ocurrió en la EFP, en la Escuela dirigida por Lacan durante diez y seis años, en donde no fue posible verificar ese gradus y por mucho tiempo no fue posible saber lo que es el analista. Hay una interferencia política tan extrema en ese nombramiento, que su dimensión clínica prácticamente desaparece. Esa es la discusión que me gustaría retomar para llegar verdaderamente a poder decir lo que es el pase, el pasaje de psicoanalizando a psicoanalista, o para llegar a poder decir que no es posible hacer tal aserción.

Desde la primera entrevista con el secretario del pase, es difícil, desde el punto de vista clínico, incluso antes de que se tenga configurada la situación de crisis, -de acuerdo con el uso de ese término en medicina clásica-, recoger los indicadores de la demanda de pase. No sabemos rigurosamente cuales son las señales que indican el deseo del analista, ni los indicadores del momento del pase.

Por esa razón, la orientación que la IPA adopta es la de decir que es mejor que el propio analista didáctico decida la autorización del analista candidato. Lacan pretendió crear un sistema donde un analizando que se encontrase en el momento de pase pudiese identificar otro analizando en la misma posición.

Estoy convencido del argumento del Profesor Milton Santos, de que si las instituciones quieren tener futuro, tienen el deber de luchar contra ese fenómeno moderno, y estar atentas a todos los fenómenos de su tiempo, y uno de los fenómenos de su tiempo contra los cuales ellas tienen de luchar es lo que se refiere a su institucionalización y a la globalización.

Milton Santos ha examinado eso de una manera que me pareció muy precisa y que es la bipolaridad de la globalización. La globalización tiene hoy dos polos: la información y el dinero. No se ha globalizado ningún otro bien. Curiosamente esos dos bienes de la globalización son en si mismo elitistas, están en las manos de pocos, de modo que esto crea la propia resistencia a la globalización. La resistencia a la globalización está en la exclusión de esa globalización de una gran mayoría que no tiene acceso ni a la información ni al dinero. Esta me parece una idea sencilla, una aspiración. Espero que él tenga razón.

De modo que concluyo diciendo que más allá de la cuestionable evidencia terapéutica del psicoanálisis, la institución del psicoanálisis responde también en una medida considerable como amenaza al futuro del psicoanálisis. Quién mejor podría establecer los modelos del agrupamiento humano parece fracasar en el agrupamiento de los propios psicoanalistas.

Presento, por tanto, para su consideración, los dos problemas del psicoanálisis en su tiempo: la precaria evidencia de la teoría de la práctica psicoanalítica y la precaria evidencia de las instituciones psicoanalíticas.

**Jairo Gerbase**



## A 150 AÑOS DEL NATALICIO DE SIGMUND FREUD ¿hay tiempo aún para el psicoanálisis?<sup>1</sup>

EPFCL-ALN-Foro de Puerto Rico

«Por eso la cultura debe ser protegida contra los individuos, y sus normas, instituciones y mandamientos cumplen esta tarea. No solo persiguen el fin de establecer cierta distribución de los bienes sino el de conservarlos y en verdad deben preservar de las mociones hostiles de los hombres todo cuanto sirve al dominio sobre la naturaleza y a la producción de los bienes. Las creaciones de los hombres son frágiles y la ciencia y la técnica que han edificado pueden emplearse también en su aniquilamiento.»<sup>2</sup>

El sesquicentenario del nacimiento de Sigmund Freud ha dado cabida a múltiples escritos y actividades que ponen en perspectiva la vigencia y pertinencia de su legado. A pesar de los insistentes esfuerzos para diluir, banalizar, destituir y destruir su propuesta, la contundencia y radicalidad de sus descubrimientos ha prevalecido. El campo para el quehacer clínico por él abierto no ha podido ser cerrado. El legado que Sigmund Freud nos ha dejado es ante todo un acto de transmisión. Ese acto que vincula su quehacer intelectual y su trabajo clínico a una ética muy particular, Freud lo supo sostener hasta el final de su vida.

Las elaboraciones que se perfilan a lo largo de su obra han trastocado radicalmente la forma como se piensa el ser humano y sus acciones, la forma como se concibe la realidad y como se escucha el sufrimiento, permitiendo destacar los efectos que los excesos de la civilización pueden tener en el surgimiento de los malestares humanos. Sus cuestionamientos permitieron abrir una nueva vía de escucha y de acercamiento a la complejidad de la condición humana, con el descubrimiento del inconsciente y sus formaciones: el sueño, el lapsus, el olvido, el síntoma. Freud vinculó los avatares del sujeto con las cuestiones más esenciales de

<sup>1</sup> Silvia Arosemena, Dyhalma Ávila, Rebeca Campo, Sarah Cervantes, Rebeca Díaz, María de los Ángeles Gómez, Hildamar Vilá, Foro del Campo Lacaniano de Puerto Rico.

<sup>2</sup>Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. Tomo XXI, p. 6. Obras Completas, Ed. Amorrortu.

la existencia, articulando el sufrimiento y las dificultades del sujeto con las vicisitudes del deseo y la sexualidad, con el peso de los ideales y con la problemática cuestión de los límites y la muerte.

Este poder subversivo de los descubrimientos de Freud es uno que se ha intentado diluir a través de la mirada que circunscribe las propuestas freudianas al tiempo y al lugar en que se formularon, para volverlos obsoletos y anacrónicos para los tiempos en que vivimos.

En este escrito se pretende perfilar las posibilidades de espacio que el legado freudiano puede encontrar como terapéutica, aún en las sociedades capitalistas de nuestros tiempos. Decimos aún, porque aquellos referentes socio-culturales de la Viena victoriana de principios del siglo XX no son compatibles con los referentes socio-culturales de estos tiempos de principios de siglo XXI. Sin embargo, independientemente de la época en que viva, el sujeto no deja de encontrarse con los malestares provenientes de su cuerpo, el encuentro con los otros, la naturaleza<sup>3</sup> y las paradojas de su deseo. Tal vez el peso de salvaguardar la moral a toda costa, y la inmensa represión sobre aquello que tuviera que ver con la sexualidad, crearon las condiciones para que Freud se diera cuenta de que algo de lo que aquejaba al sujeto tenía que ver, precisamente, con aquello que se intentaba acallar, tapar y reprimir. Lo descubierto por Freud rebasa los límites de su época, pues, si bien ciertas manifestaciones de lo psíquico responden a lo particular de una época, la revelación de la lógica del psiquismo trasciende la singularidad del momento histórico en que se formula. He aquí la grandeza de la obra freudiana, y por lo cual constituye un legado.

A pesar del inmenso caudal teórico que la obra freudiana ha legado, y de la gran riqueza conceptual que da cuenta no sólo de las manifestaciones de lo humano sino de aquello que desde lo profundo las determina, el psicoanálisis siempre ha batallado con su destino. Concebido más allá de los parámetros positivistas, a la sombra de los cuales se inscribió todo aquello que se ha entendido como progreso, y situándose en una lógica distinta a la de los discursos dominantes, el psicoanálisis ha requerido un cuestionamiento particular sobre la formación y el quehacer que le son propios. Por ello, nunca ha sido considerado un discurso hegemónico y ha tenido que vérselas con la amenaza constante de su disolución.

---

<sup>3</sup> Freud, S. (1927). *El malestar en la cultura*. En: Obras Completas, vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Marcado por la devastación que dos guerras mundiales dejaron a su paso, rearticulando el mapa político del mundo, ese siglo transcurrido desde el descubrimiento freudiano ha pasado, además, por dos revoluciones que trastocaron las coordenadas en que los sujetos se ubican: la Revolución Industrial y la Revolución Informática, esta última aún en proceso de conformación. La consideración de este trastoque exige formular la pregunta por el lugar del psicoanálisis en nuestros tiempos.

A inicios de siglo XXI, la cultura produce, más que nunca, malestares diversos, incesantes, intensos y dolorosos, pero también, más que nunca, produce discursos que ofrecen objetos cuya función es configurar y sostener ciertas falacias de bien-estar. Esas pretensiones de bienestar, exacerbadas por los adelantos de la ciencia, han llegado a un punto de particular algidez, por los efectos de malestar que ellas mismas producen al intentar aplacarlo y ocultarlo. Vivimos en una época donde la exigencia y la pretensión de dominio permean los diferentes campos del saber, y donde el discurso de la ciencia, al atarse al discurso capitalista, pretende que todo puede explicarse y que todo se puede saber y controlar. Pero, por más esfuerzos y avances tecnológicos y científicos, por más logros individuales y colectivos que se obtengan, los malestares no dejan de incidir, dejarse sentir y hacerse presentes, poniendo en evidencia la impotencia del humano para colmar su falta, sobreponerse al desamparo, tolerar los límites y el enigma que la sexualidad y la muerte le imponen a sus posibilidades de satisfacción y de saber.

Hay una tendencia a la banalización, la objetivación y la simplificación de los problemas que desconoce la complejidad y los avatares de la condición humana. Esta tendencia va de la mano con la intolerancia y la exclusión sistemática de aquello que no se somete a los parámetros de la explicación atemperada por lo que se considera social, política, económica, moral y emocionalmente correcto. Como sugiere E. Roudinesco, «la sociedad democrática moderna intenta desaparecer de su horizonte la realidad del malestar, de la muerte y de la violencia, al mismo tiempo que intenta integrar en un sistema único, las diferencias y las resistencias».<sup>4</sup>

Nuestra actualidad reposa sobre una economía en donde los significantes de auto-ayuda, auto-estima, auto-imagen, auto-conservación, auto-control, auto-sufi-

---

<sup>4</sup> Roudinesco, E. (1999). *¿Pourquoi la psychanalyse?* Paris: Fayard.

ciencia, auto-realización y auto-satisfacción están particularmente presentes, y donde el reclamo constante es el de la costo-efectividad, que las cosas cuesten menos, y preferiblemente que sea el otro quien asuma el costo. Pero esos distintos «autos», que se alimentan de la compleja ilusión narcisista y se sitúan en la autopista del discurso capitalista, se estrellan continuamente con las murallas de la depresión, las adicciones, los déficits, los excesos, las violencias y otros nuevos síntomas de nuestra cultura que surgen constantemente. Es una economía que se sostiene de la lógica de la demanda y en donde el deseo parece estar diluido en el reclamo constante de un bien-estar de efímera aparición, que alimenta un circuito dominado por la frustración y por nuevas formas de malestar.

Los tiempos que vivimos ponen continuamente a prueba la fuerza y lucidez de cada cual, puesto que, como dice Lacan, son tiempos de acceso a un «plus de jouir de consumo más corto».<sup>5</sup> Se quiere todo más rápido pero la urgencia se encuentra con el escollo de una satisfacción que no llega. La condición del humano lo enfrenta entonces con una insistente paradoja: mientras más opciones de felicidad se le ofrecen, más triste y desazonado, más angustiado y desorientado se le presenta su cotidiano, y la opción de un por-venir.

La tendencia actual empuja a la homogeneización y a la disolución de las diferencias cruciales que la condición del humano postula, y pretende vendernos una “mejor” opción, vehiculada por un trueque imaginario: una falacia de bienestar cuyo costo va más allá de las renunciaciones históricas que vivir en comunidad exige. Por su estructura de ficción, esta falacia de bienestar precipita al sujeto hacia una vorágine que no tiene otra salida que el implacable surgimiento de nuevos malestares, cuyo corolario es la subyugación de la libertad que el deseo permite, a otro orden de una mal llamada libertad. Este orden prescribe unas autopistas hacia la felicidad, que nos pillan en interminables embotellamientos cotidianos donde el pensamiento y el deseo se sofocan, anestesiados por las desbordantes emanaciones de propuestas tóxicas de fácil consumo y de relevo de responsabilidad subjetiva y cultural. Para el sujeto, el cuestionamiento de dicho orden puede implicar su relegación al catálogo de los desordenados, que deben entonces ser normalizados y sometidos para ser devueltos al supuesto orden social, o silenciados bajo el yugo de camisolas farmacológicas. Esas modalidades han tejido las bases de un

---

<sup>5</sup> Lacan, J. (1970). *Radiophonie*, Scilicet 2-3, Paris: Seuil.



nuevo imperio en donde la anestesia del deseo va de la mano con la primacía de una política de higienización y de control del dolor, la sexualidad, el pensamiento y la palabra.

¿Qué pensar de los principios de nuestra sociedad del nuevo siglo, que subrayan que las personas deben poder vivir según sus anhelos, hacer valer sus derechos antes que sus deberes, y hacer prevalecer el interés propio sobre el de los otros? ¿Qué pensar de la oferta inagotable de objetos gadgets que pretenden colmar nuestra insaciable lógica del algo más? ¿Dónde queda el deseo en un escenario en donde el goce prevalece, bajo la modalidad dominante de la plusvalía, es decir, del plus de goce? ¿Qué pensar del trastoque de la sexualidad, de un deseo y una palabra sofocados con medicamentos o por el sometimiento al imperio de la demanda y el consumismo? ¿Qué hacer frente a esos ideales que buscan reducir al sujeto a un inter-juego de genes, neuronas, químicos o comportamientos, susceptibles de ser regulados, controlados y normalizados, mediante una seductora e implacable panoplia de recursos farmacéuticos? A la luz de todo lo planteado, cabría preguntarse en qué medida las instituciones infantilizan a los sujetos con los que intervienen, y cuáles son las repercusiones de ello para el trabajo clínico y para el psicoanálisis?

Si la renuncia pulsional es el elemento fundador de las instituciones, siendo éstas tan indispensables para la convivencia humana como lo son las pulsiones para el sujeto, el marco institucional está condenado a producir serios impasses. Estos impasses conciernen no sólo al irremediable malestar, que Freud atribuye a la inserción del hombre en la cultura, sino al hecho de que, como ilustra Lacan, toda institución opera bajo el discurso del amo, discurso del dominio y la prohibición, que se opone a la verdad del sujeto.

Recordemos que el sostén de las instituciones ha estado siempre vinculado, entre otras cosas, al poderoso y cautivante juego de las identificaciones y los ideales, que Freud define muy bien desde su texto de 1914, *Introducción al narcisismo*. Las identificaciones son ofertas de sentido y de lugar, de referencia y de pertenencia, pero pueden también ser fuente de confusión y de agresividad, fuente de alienación y de normalización. Al buscar proteger el bienestar del grupo sobre los intereses de cada cual, la institución se atribuye los recursos para coaccionar las expresiones de todo aquello que atente contra su ideal de bienestar.

En el mundo occidental de comienzos de siglo, el manejo de la salud se ha institucionalizado de forma tal que queda sometido, prácticamente en su totalidad, a los designios del capital. Dentro de la lógica de la «administración de la salud», el

lugar del sujeto, llamado cliente, se ha reducido al de un objeto-consumidor, a quien se procura vender unos servicios de la manera más «costo-efectiva». Esta realidad ha convertido a las instituciones dirigidas al «cuidado de la salud» en sostén de la infantilización del sujeto de la que depende el discurso capitalista para subsistir. Entre las promesas terapéuticas ofertadas en las instituciones que se ocupan de la «salud mental», se destaca particularmente la de los psicotrópicos. El entregarse ciegamente al consumo de estos medicamentos provee al sujeto una coartada, avalada por la minuciosidad característica de la ciencia, que le condena a pagar el más alto precio: el de su subjetividad. Este será el costo en tanto opte por permanecer atado a la lógica capitalista, sin advertir las implicaciones de haberse convertido en un objeto más que circula entre los bienes de consumo. Se trata, en palabras de Roudinesco, de un imperialismo médico, al interior del cual «cada paciente es tratado como un ser anónimo perteneciente a una totalidad orgánica. Inmerso en una masa donde cada uno es la imagen de un clon».<sup>6</sup>

En 1966, Lacan advierte sobre las serias implicaciones de los cambios registrados en el manejo de la salud, al indicar que, en la época científica, el médico se integra, quiera o no, al movimiento de la organización de una salud que se torna pública, por lo que le serán planteadas nuevas interrogantes. Tras concluir que, convertida la salud en el objeto de una organización mundial, se querrá saber la medida en que es productiva, Lacan formula una pregunta que sigue vigente, cuatro décadas después: «¿Qué podrá oponer el médico a los imperativos que lo convertirán en el empleado de esa empresa universal de la productividad?»<sup>7</sup> Se trata de una pregunta que incumbe a todo el que labore en el campo de la salud, y a la cual, desde la perspectiva psicoanalítica, sólo puede responderse en términos de una posición ética.

La preocupación de Lacan tiene su eco en las denuncias de Maud Mannoni sobre lo que ésta considera un problema político vinculado al desarrollo del mundo industrializado: al aumentar los bienes de consumo, se tiende a institucionalizar los servicios sociales y la medicina.<sup>8</sup> Como resultado, el médico y el psi son prisioneros de los imperativos administrativos, lo cual les impide poner la institución al

---

<sup>6</sup> Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós, p.16.

<sup>7</sup> Lacan, J. (1985). Psicoanálisis y medicina. *Intervenciones y textos* (86-99). Buenos Aires: Manantial.

<sup>8</sup> Mannoni, M. (1992). *Un saber que no se sabe: La experiencia analítica*. Barcelona: Gedisa

servicio del paciente. En el dispositivo institucional, con sus miras a una máxima eficacia y una mejor administración, los profesionales quedan entrampados, pues son contratados para la cura, pero se les adjudica un «sostener lo insostenible» que suele llevar a la deformación de su práctica. Y ¿quién paga por esta deformación, sino el sujeto supuesto a ser «curado»?

En dicho contexto, que da origen al movimiento actual de la tecnocracia de la medicina, el aporte revolucionario de Freud ha sido, o bien desechado, o “recuperado” por una política de «cuidados psiquiátricos» que es producto de una inquietud moral, social o económica, disimulada bajo una oferta de ayuda médica. Este movimiento de burocratización de los cuidados implica la ilusión de un saber que, en su aplicación, queda reducido a meras técnicas: evaluaciones, diagnósticos y planes de tratamiento. Dentro de la perspectiva de uniformidad de los cuidados, la dimensión del sujeto queda suprimida, pues el respeto a la diversidad de los trayectos particulares no es compatible con lo que pretende ser la vida administrada. El efecto que esto tiene para el sujeto es el atropello de las posibilidades de producir sus propias significaciones ante aquello de su cuerpo y su sufrimiento que escapa a todo intento de administración y control.

Una de las derivas de este funcionamiento institucional es la exacerbación de las estrategias perversas y de infantilización que son inherentes a toda institución, dado que lo institucional remite –siguiendo a Foucault– a la ambigüedad cura-castigo y a la lógica del biopoder. La articulación de la lógica institucional responde a la segregación de los sujetos, lo cual no puede desvincularse de la sentencia que se les impone cumplir; esta última, desde sus múltiples y variadas formas, no busca sino acallar aquello que los constituye y que provoca malestar. *Esa lógica permite proponer leyes nuevas cuyo impacto mantiene y exagera la desigualdad y el dominio del que tiene el poder, el derecho de identificarse con la ley, el derecho a someter, a domesticar, a controlar, a reprimir, a segregar, a olvidar, todo ello bajo el disfraz de un aparente paternalismo tan mortífero como voraz.* Allí se sella para el sujeto su posición de infans, amputado de su palabra, excelente coartada para aquel que exigiendo una satisfacción, no quiere saber nada de su deseo ni de la responsabilidad que le incumbe.

*Las instituciones constituyen escenarios privilegiados para la puesta en juego de los mecanismos de perversión, pues al estar al servicio de una cierta voluntad de goce, logran la legitimación de aquellos excesos, que responden al llamado narcisismo, fruto*

*del discurso capitalista del cual habla Colette Soler<sup>9</sup>. La legitimación de los excesos atraviesa y conmociona los fundamentos mismos de las instituciones cuyos estertores anuncian justamente una nueva forma de orfandad que hace colapsar en un mismo espacio el Umheimlich y la insoportable Hilflosigkeit, angustia más primaria del sujeto expuesto a los excesos y en el más profundo desamparo cuando el Otro desfallece y no ofrece respuesta que permita asegurar las condiciones de vida para el humano.*

Robert Lefort aborda la relación entre el discurso perverso y la institución, advirtiendo que el sujeto está al servicio de toda institución a la que pertenece, especialmente en las de cuidados.<sup>10</sup> Desde esta perspectiva, el dispositivo institucional que busca dar sentido y ofrecer lo que no puede dar, así como los actos de aquellos terapeutas instituidos en agentes y portadores de la mística institucional, mantienen al sujeto enajenado de su historia y de su sufrimiento. La distinción crucial entre la relación analítica y el triángulo institución-cuidador-cuidado reside en que en la primera, si todo se desarrolla al nivel del sujeto que supuestamente sabe, es porque, en realidad, no sabe nada de la verdad del que habla; sólo por un efecto de transferencia ocupa esa posición, la cual constituye la única oportunidad, para el sujeto, de aprender algo sobre sí. En la segunda, la situación es totalmente diferente, pues la institución ocupa el lugar de la ley, y el cuidador está seguro de su saber, reconociéndole como sabedor aquéllos que son cuidados, cuya palabra es, así, suprimida. *Aquí, los excesos del sujeto se entrelazan con los excesos de las instituciones.*

Dentro de este cuadro, ¿dónde queda la posibilidad del sujeto de escapar a la aplastante condición de infantilizado ofertada por la institución? ¿No es, acaso, asumir su responsabilidad como sujeto la única vía por la cual puede llegar a «eruirse», *inscribiéndose en el horizonte temporal y lógico* que el enigma de la esfinge

<sup>9</sup> Soler, C. (2003). El discurso capitalista. En: *El Padre, el síntoma*. Foro del Campo Lacaniano de Medellín, Colombia, p.153.

<sup>10</sup>Lefort, R. (1990). Discurso de la institución y sujeto del discurso. En: M. Mannoni, *La educación imposible* (pp.169-183). México: Siglo XXI.

plantea a Edipo? Habría que interrogar la función y el lugar que el psicoanálisis ofrece en nuestros tiempos para plantearse y atender estas preguntas. Siguiendo a Lacan cabría preguntarse también sobre las derivas de las instituciones psicoanalíticas y *su posibilidad y disposición para asumir las consecuencias y estar a la altura del acto freudiano*. Es una cuestión ética que revierte al corazón mismo de la formación analítica y del legado freudiano.

Reconocer ese legado es considerar una dimensión del humano en donde la cuestión del control, la transparencia, la felicidad y el bienestar se estrellan con las paradojas que el inconsciente pone a jugar. El planteamiento freudiano «el yo no es el amo en su propia casa» subraya la intervención de otras fuerzas en el psiquismo. Dar cuenta de la dinámica y de la economía de estas fuerzas inconscientes permite aprehender el sentido de los síntomas y de los actos repetitivos que se dan en la vida de cada cual. Descubrir aquello que opera a nivel del inconsciente abre para el sujeto la posibilidad de encontrar en su deseo las razones de su sufrimiento y de sus actos, y con ello tener un cierto margen de libertad para asumir su historia, tomar nuevas decisiones de vida y construir su por-venir.

Sin embargo, como indica Carmen Gallano, los síntomas neuróticos no son a-históricos, ellos toman las formas propias de la historia subjetiva particular de un sujeto y de la época social que los condiciona.<sup>11</sup> Es por esto que el psicoanálisis no puede desligarse de la trama socio-histórica de la cual entra a formar parte, tanto en la clínica como en la formación de los analistas. Ni la clínica ni la formación son inmutables, están articuladas al malestar de la cultura y sólo «puede[n] ser de su tiempo y de su lugar».<sup>12</sup>

Como ya indicado, el panorama actual está enmarcado dentro de la lógica del capitalismo, cuyas propuestas reducen el tiempo a la inmediatez, planteándolo como un continuo sin interrupciones: tiempo de consumo, tiempo de mercado, tiempos donde la posibilidad de historizar desaparece, y donde se intenta, a toda costa, diluir el sufrimiento. Ante esto, hay que preguntarse: ¿qué tiempos son estos para el psicoanálisis? ¿hay tiempo aún para el psicoanálisis?

<sup>11</sup> Gallano, C. (2006, 30 de agosto). Avatares subjetivos en la sociedad global capitalista: ¿trastornos individuales o males colectivos? Conferencia dictada en la Universidad de Puerto Rico.

<sup>12</sup> Demoulin, C. (2003). *¿El psicoanálisis terapéutico?* Medellín: Editorial No Todo, pp. 53.

Las propuestas contemporáneas buscan liberar al hombre del conflicto que le es inherente a su condición de deseante. Esta apuesta «liberadora» deja fuera y acalla los afectos y todo aquello que apunta al malestar. Como señala Roudinesco, «en lugar de las pasiones, la calma; en lugar del deseo, la ausencia de deseo; en lugar del sujeto, la nada; en lugar de la historia, el fin de la historia».<sup>13</sup>

Para Lacan, la maniobra discursiva del capitalismo plantea la disolución del vínculo social, la ruptura de los vínculos que la cultura propone.<sup>14</sup> Esto tiene repercusiones en la clínica, ya que, como sostiene Gallano, es en ella donde se constatan «síntomas inéditos», articulados a esta disolución de los lazos sociales. Estos síntomas no son «ya los que muestra al sujeto de un inconsciente, localizado en Otra escena, estructurada como lenguaje...».<sup>15</sup> En esta época, la forma en que se presenta el padecimiento humano se ha transformado. La economía del psiquismo fluye en un circuito en donde los intentos del sujeto por encontrar un remedio o mejor aún, un antídoto al pathos que surge de su condición de deseante, no sólo son infructuosos sino que lo enfrentan con una creciente e implacable insatisfacción. Colette Soler postula muy bien esa terrible paradoja: «El sentimiento creciente del sin-sentido es realmente un índice de que el ‘más de gozar’ producido por la civilización, todos sus aparatejos, no alcanzan a apagar la aspiración humana, y no hacen más que acrecentar el sentimiento de falta-para-gozar que puede ser devastador».<sup>16</sup>

La confusión que se juega en los escenarios clínicos responde al funcionamiento propuesto por el discurso capitalista. Esto se ilustra en las múltiples formas de abuso que se establecen las más invisibles intimidaciones o en las modalidades de trabajo que las instituciones instauran y fomentan. Coincidimos con la idea de que «los mecanismos de trivialización del Capital, en nombre de la democratización del saber y de la cultura, han avasallado las expresiones más nobles del espíritu humano».<sup>17</sup>

<sup>13</sup> Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós.

<sup>14</sup> Gómez, M. (2004). Del padre a lo peor: lógicas de la disolución. En: *Tiempos de Disolución*, Actas del Coloquio. San Juan: Taller del Discurso Analítico.

<sup>15</sup> Gallano C. Fuera de lugar el sujeto en la sociedad global, p. 6.

<sup>16</sup> Soler, C. (2003). El discurso capitalista. En: *El Padre, el síntoma*. Colombia: Foro del Campo Lacaniano de Medellín, p. 147.

<sup>17</sup> Ramos, F. J. (2004). *Estética del pensamiento II: La danza en el laberinto*. Madrid: Fundamentos y San Juan: Tal Cual, p. 29.

Los sujetos llegan a la clínica con vertientes de demanda fundamentalmente entramadas con este discurso hegemónico. Llegan demandando una solución que no comprometa su comodidad y sus modalidades de satisfacción, es decir, una demanda de una solución cada vez mas impermeable a la castración. La clínica muestra de manera contundente como la demanda ya no es una demanda de saber, la que permitiría la entrada en análisis con la posible rectificación subjetiva, la pregunta sobre el sufrimiento particular de cada cual y la responsabilidad sobre el mismo. Cada vez más los sujetos, buscan intensamente algo que obstruya en vez de que posibilite el cuestionamiento que se cifra en el síntoma. Así, la demanda que se plantea en la clínica de hoy hace escollo a las interrogantes que puedan emerger del enigma que opera a nivel del inconsciente.

Es un contexto que pareciera avalar el inter-juego de la demanda y el derecho –a gozar-, perdiendo de perspectiva el orden del deber, no sólo en cuanto a lo que le toca hacer a cada cual, sino sobre todo, el deber al goce que contraría dicho inter-juego. *Hay aquí un doble desconocimiento: del deber como aquello que reenvía a los imperativos superyoicos que avasallan al yo y sostienen la coartada neurótica de satisfacerse en la insatisfacción y por otro lado, el desconocimiento del deseo y sus paradojas. Las consecuencias de dicho desconocimiento pueden ser devastadoras para el sujeto. Pero este escenario puede ser peor aún si lo que prevalece es el desconocimiento de dicho desconocimiento. Aquí se situaría el terreno de la infatuación y la impostura que pueden incumbir tanto a aquel que establece su demanda como a aquel que la recibe y o hace una oferta que oblitera la subjetivización e intenta cubrir la falta del sujeto*<sup>18</sup>

¿Cómo llamar entonces a la clínica de nuestro tiempo? ¿Qué efectos se pueden constatar en un escenario donde colapsa el prestigio del padre, aunado a la crisis de los semblantes, a la exacerbación de las exigencias de normalización y del empuje a la auto-suficiencia?

Es una clínica de la orfandad, una clínica de huérfanos. Ciertamente que siempre hemos sido, somos y seremos en parte huérfanos, pero esta nueva orfandad añade a su situación la ignorancia y el desconocimiento. Ahí, la tempestad de los afectos inunda el escenario del sujeto y el acting out que señala el fracaso de la simbolización se hace presente. Allí también el cuerpo como escenario de los exce-

<sup>18</sup> Clastres, G. A propos de l'infatuation. *L'acte et la répétition*. Actes de l'Ecole de la Cause Freudienne, Clermont Ferrand, 1987.

sos más devastadores nos revela su irrefrenable empuje que no encuentra en la imagen más que la mortífera sombra que la otredad colapsada reenvía. La anorexia nos ilustra bien esta vertiente. Lacan ilustra también esta orfandad al hablar de la estrategia de las adicciones, planteando que se trata de «*rompre le mariage avec le petit-pipi*», es decir, una estrategia que busca romper el vínculo fálico, intentar deshacer los efectos de Edipo para hacer del cuerpo un escenario no limitado ni por la imagen ni por el cauce marcado por las coordenadas de la castración, y que sin embargo, se encuentra mas temprano que tarde con la muerte.

Cabría también preguntarse ¿por qué la exacerbación del llamado autismo infantil? Será que ahora como sugieren, las instituciones y el discurso de la ciencia ¿estamos más capacitados para identificar a esos sujetos? ¿Será el autismo una cierta forma de evidencia del desborde pulsional y sus efectos mortíferos en el cuerpo que fragmentado no logra construir un referente que lo sostenga? ¿Será el autismo como Bruno Bettelheim planteaba, una defensa frente a los excesos del Otro? Y desde otra dimensión de la clínica, los comportamientos desafiantes ¿estarían acaso desafiando una ley que no cumple lo que debería, una ley que en vez de amparar nos empuja a una cierta modalidad de auto-engendramiento? Más aún, la depresión ilustra de forma particularmente contundente al sujeto huérfano de deseo, instaurado en el interminable lamento de su impotencia, en el fracaso de su auto-suficiencia y de su inquebrantable tesón de no querer saber, de su cobardía moral a la cual la institución responde con una oferta que da al sujeto la coartada de perpetuar su crónica aflicción.

¿Qué hacer entonces frente a la orfandad de nuestro tiempo? No se trata ya de ofrecer un padre ni una madre sustituta. Sabemos el efecto desastroso que las sintomáticas sustituciones pueden tener sobre el sujeto sobre todo si es el terapeuta quien intenta asumir ese lugar. Si la orfandad es del deseo se trataría entonces de dar cuenta del desconocimiento y de sus efectos, de la tendencia actual hacia la simplificación y la homogeneización de las miradas y de las posiciones, también de la seductora postura de la cobardía y del lamento, y del peligro de diluir el posicionamiento ético bajo la égida de la moral o de la legalidad. Se trataría como dice Colette Soler, reflexionando sobre la propuesta de Jacques Lacan en Televisión, de encontrar una contrapropuesta al discurso capitalista. «Sostener otro deseo, es una forma no de derrocar -pues estamos todos atrapados en el discurso capitalista- sino de sostener un deseo que haga excepción, que logre sustraer algo de ese discurso.



¿Cómo apostar por una «cura por la palabra», por una cura que «toma tiempo», que implicaría recorridos por las cadenas significantes y por el deseo que se aloja en sus intervalos? Los sujetos del presente enfrascados en una oferta de solución inmediata prefieren perder su tiempo buscando el fármaco sanador y las terapias de manual cuya finalidad es convencerlo de que su sufrimiento es «irracional». Estas soluciones no permiten la irrupción de la subjetividad y apuntan a borrar la huella del síntoma, único rastro, única pista, para poder, desde la castración que el apalabrar impone, apostar por una ética del bien-decir sobre aquello de lo que sufrimos y desde allí intentar un reposicionamiento otro ante la tragedia singular de cada cual.

La clínica de la actualidad nos enfrenta con las subjetividades del capital y con la metamorfosis de la demanda. La demanda insistente del neurótico del dime y dame encaja magistralmente con el paradigma del capital de: «usted tiene derecho a gozarlo todo y para todo existe un objeto». Al conjugarse la demanda del neurótico -cuya solución es siempre fallida- con la oferta del capitalismo, se crea y se sostiene un círculo perfectamente cerrado. El sujeto, en sus intentos de no dar cuenta de los límites, viviendo la imposibilidad como impotencia, crea todas las condiciones para en el «esta vez sí» quedar atrapado irremediamente en la oferta del capitalismo.

Esto trae como corolario que los sujetos que acuden a la clínica, desde su estrategia particular, asuman la impostura del cliente que demanda sus derechos. Así, los pacientes tienen la tendencia a utilizar incluso al psicoanálisis como una medicalización y al analista como receptáculo de sus sufrimientos<sup>19</sup> y como Sujeto Supuesto Resolver(les). En la lógica del capital desaparece, entonces, la posibilidad de los largos rodeos de la clínica, ya que «el sanitario moderno –psicólogo, psiquiatra, enfermero o médico- ya no tiene tiempo para ocuparse de la larga duración del psiquismo pues, en la sociedad liberal depresiva, su tiempo esta contado».<sup>20</sup>

Frente a la vorágine de la maquinaria del capitalismo y las consecuencias subjetivas que se generan con él, la ética del psicoanálisis puede marcar un terreno y un tiempo distinto. Ante la constante desilusión que deja al sujeto desolado y arropado por la angustia frente a la caída de la solución ofertada por el capital,

<sup>19</sup> Roudinesco, E. (2000). *¿Por qué el psicoanálisis?* Buenos Aires: Paidós.

<sup>20</sup> *Idem*, p. 35.

habría dos posibilidades: la repetición que inscribe al sujeto en una nueva falacia del bienestar, confortando su infantilización, o el des-cubrimiento de una vía para hacer algo distinto.

La clínica fundada por Freud antepone a los continuos del tiempo, otro tiempo que da cabida a las interrupciones, los intervalos y los rodeos que permitirían dar escucha al deseo humano y a la pregunta sobre la verdad del sujeto. Los analistas entonces, deben abrir un lugar donde «prime lo humano y su letra». <sup>21</sup> El psicoanálisis abre una escucha al sujeto del inconsciente, más allá del yo, posibilitando que el sujeto asuma responsabilidad de su deseo. Tal cual lo recuerda Colette Soler: «si el discurso capitalista hace del ‘plus-de-goce’, de la plus-valía, su causa general, se trata entonces de devolverle al sujeto la pequeña singularidad que le es propia, la pequeña parte de deseo que no entra en el gran circuito del discurso». <sup>22</sup>

*¿Psicoanálisis aún? Sería la pregunta que habría que formularse pues a pesar de su aparente ambigüedad, permite recoger los retos que se plantean en los tiempos que vivimos. Esos retos implican la vertiente del quehacer clínico, el posicionamiento ético, los avatares de la formación y del funcionamiento de Escuela y el vínculo posible del discurso analítico con los otros discursos y con la política. Sostener un espacio para la subversión tal cual fuera introducida por el legado de Sigmund Freud exige insistir en la posibilidad de un quehacer clínico que esté a la altura de dicho legado. Exige también cuestionar las formaciones y deformaciones que se juegan en los diversos espacios analíticos, pues, como Lacan advirtió, está siempre la tentación de derivar hacia soluciones formativas y de funcionamiento institucional cada vez más ajenas al legado freudiano. Ante ello el acto de disolución que operó Lacan con su Escuela así como la orientación de sus enseñanzas nos deben servir de referente.*

*Exige también poner en perspectiva las particularidades sociales, políticas y geográficas en donde el trabajo analítico se lleva a cabo. Ante el empuje de las ofertas terapéuticas y formativas de corta duración y pretendida costo-efectividad—soluciones cada vez más refractarias a la castración—y ante las ingerencias del Estado para intentar controlar y regular las formaciones y las prácticas, el porvenir del psicoanálisis está vinculado a un doble reto: fidelidad al legado freudiano en cuanto a la formación y el quehacer clínico, y capacidad de establecer un vínculo social inédito que co-responda a los tiempos que vivimos.*

**Silvia Arodelmena, Dyhalma Avila, Rebeca Campo, Sarah Cervantes, Rebeca Díaz, María de los Angeles Gómez, Hilda Mar Vilá**

<sup>21</sup> Fingermann, D. (marzo, 2007). Los tiempos del sujeto del inconsciente. En: *Wunsch* 5.

<sup>22</sup> Soler, C. (2003). El discurso capitalista. En: *El Padre, el síntoma*. Foro del Campo Lacaniano de Medellín, Colombia, p.153.

## **EL TIEMPO DEL ANÁLISIS**



## EL TIEMPO EN LA CURA: Las sesiones a-temporales

EPFCL-España-F.P.Barcelona

Conocemos bien la tesis freudiana del inconsciente fuera del tiempo. Aparece ya en 1907 en una nota a pié de página de «Psicopatología de la vida cotidiana» que concluye diciendo: «En el caso de las huellas mnémicas reprimidas, se puede comprobar que no han experimentado alteraciones durante los más largos lapsos. Lo inconsciente es totalmente atemporal». En dos textos posteriores (Lo inconsciente, de 1915, y la conferencia 31 de las Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis, de 1932) Freud insiste en el carácter atemporal de los procesos del sistema inconsciente. Para el padre del psicoanálisis, el tiempo es patrimonio de lo consciente y del Ich, mientras que lo inconsciente y el Es escapan a él. Desde esa perspectiva, el poder del análisis consiste en pasar los deseos desde el fuera-del-tiempo del inconsciente a la temporalidad consciente. Es, pues, un punto que se mantiene inflexible a lo largo de su obra, de algún modo impermeable también al paso del tiempo.

Sabemos también que con Lacan se opera una verdadera transformación en la concepción del tiempo, tanto desde un punto de vista clínico como teórico. Partiendo de la tesis freudiana ya mencionada, incorpora no obstante otra importante intuición de Freud, la de la retroacción o *Nachtraglichkeit*, y lleva ambas a sus extremas consecuencias elaborando un aporte propio y totalmente novedoso en su famoso texto «El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada» con el famoso apólogo de los tres prisioneros y la triada constituida por el instante de ver (ó de la mirada), el tiempo de comprender, y el momento de concluir. En nuestra jerga entre colegas es habitual apelar de un modo vago, y a veces un tanto superficial, al llamado «tiempo lógico». En algunas de esas apelaciones lo único que se vislumbra es una suerte de tiempo subjetivo (propio de cada cual) o una especie de desdén hacia el tiempo cronológico. En el primer caso puede tratarse simplemente de una vuelta al redil de la psicología, y lo cierto es que para semejante viaje no hacían falta tantas y tan sofisticadas alforjas. En el segundo caso nos encontramos con una ingenua rebeldía frente a los dictados del reloj que no siempre se corresponde con la organización diaria y real de los oficiantes del análisis, más esclavos del tiempo de lo que en verdad querrían. La teorización lacaniana iba, sin lugar a

dudas, muchísimo más lejos, implicando incluso cierta relectura del «cogito» a la luz de la dialéctica de la intersubjetividad.

No es aquí el lugar adecuado para resumir ese magnífico texto de 1945 pero sí que vale la pena destacar el modo en que Lacan vuelve a ese escrito casi 30 años después. Se trata de la cuarta clase del Seminario «Encore» (1973) cuando Lacan evoca explícitamente su escrito sobre el tiempo lógico y añade algo muy sugerente. Nos recuerda que destacaba allí «el hecho de que algo así como una intersubjetividad pueda desembocar en una salida salvadora», pero va más allá de la relación entre sujetos y agrega que ya entonces podía leerse que «la a minúscula tetiza la función de la prisa» y que lo que ahora puede afirmar claramente es que en la terna de los prisioneros «cada uno interviene como ese objeto a que es bajo la mirada de los otros».

El sujeto, nos decía Lacan en los años cuarenta, realiza el momento de concluir, en una «desubjetivación al grado más bajo», donde se aprehende como objeto ante los otros. Pero el mismo Lacan (que en realidad ya es bastante otro) nos dice en los años setenta que el objeto a «tetiza», es decir pone en escritura y/o hace tesis de la función de la prisa que lleva al sujeto al acto. Y se impone, por tanto, cierta relectura o en todo caso cierto suplemento a la concepción intersubjetiva del tiempo lógico. De la intersubjetividad hemos pasado a la relación del objeto con el Otro. Ya no hay propiamente relación entre sujetos. Por ello Lacan propone en ese Seminario un cuasi-matema cuando dice que esos tres son en realidad «dos más a»: dos más el sujeto en el momento de aprehenderse como objeto para el Otro. Y depura todavía más el razonamiento cuando concluye afirmando que si nos ubicamos en el punto de vista del propio objeto a, el «dos más a» se reduce de hecho a un «Uno más a».

Esos 2 ante los que me aprehendo como objeto tampoco son dos sujetos, se reducen entonces a la función del Uno más la función del a. No hay tres ni dos en calidad de sujetos, es el problema del Uno y el Otro irreductibles en su relación, relación que deja siempre un resto irracional y que toca el núcleo de toda cura.

Dos conclusiones (provisorias) sobre esa enriquecedora re-lectura lacaniana del tiempo lógico:

1-Parece legítimo sostener entonces que la clásica a-temporalidad del inconsciente freudiano puede reinterpretarse en Lacan a la luz del objeto a.

2-Igualmente puede intentar aplicarse esa lógica del «Uno más a» al interior de la cura misma, en especial para abordar los problemas inherentes a la función

del empleo del tiempo en el dispositivo analítico, allí donde el analista ocupa de algún modo el lugar del objeto.

Veamos ahora algunas cuestiones problemáticas que aparecen cuando se transitan los diversos textos sobre el tiempo en el psicoanálisis que se han producido en el conjunto de la comunidad de los analistas lacanianos. Se extrae de algunos de ellos una especie de dualidad que haría referencia a dos posibles etapas en la enseñanza de Lacan acerca de la cuestión del tiempo, o dicho de manera redundante «dos tiempos» en Lacan respecto al tiempo.

De acuerdo a esa posible sistematización binaria tendríamos un primer Lacan que sería el de la sesión de duración variable y un segundo Lacan (supuestamente último, en lo concerniente a este asunto) que sería el de la sesión corta. En aquellos que se orientan directamente a través de la lectura de Jacques-Alain Miller dicha dualidad se escribe así: sesiones que funcionan como unidad semántica a partir de la lógica de la puntuación y otras que funcionan como unidades a-semánticas en base a la lógica del corte.

Entre algunos de nosotros (Campo Lacaniano) se esgrime la hipótesis de que las sesiones cortas responden a una lógica que trata de dinamitar la vanidad de la palabra apuntando a su quebramiento y a sus aporías, pero a la vez se apostilla que una práctica analítica que se fundamentase esencialmente en la sesión breve necesitaría algo de lo que aún estamos bastante lejos: «una sagrada transferencia, del analizante con la verdad freudiana, del analista con el psicoanálisis» (Marc Strauss, Madrid, 2002). Y, más allá de la polémica sobre la duración de las sesiones, Colette Soler enfatiza que el tiempo del análisis no puede comprimirse, «pues el tiempo necesario para empujar a lo simbólico a sus reductos, tiempo lógico, es inseparable del que hace falta aún para admitir y soportar el resultado» («El más de tiempo», 2002).

El primer Lacan es aquel que revoluciona la praxis analítica con su gran innovación del tiempo libre de sesión. Vale la pena preguntarse: ¿libre de qué?. Ningún tiempo es verdaderamente libre, todo tiempo tiene sus leyes. Libre, en todo caso, de la dictadura obsesiva de la duración standard, y liberado por ello mismo del posible y frecuente manejo resistencial por parte del analizante. En esa concepción, el Lacan de la primacía de lo simbólico, utiliza (de una forma totalmente coherente con su teoría) el tiempo en la propia sesión como un instrumento privilegiado para obtener efectos de escansión, de interpretación y de retroacción significativa. Algunos pueden pensar que no vale la pena detenernos mucho en ello, dado que ya forma parte de nuestra doxa más conocida, pero otros tal vez opinarán

que es en realidad una doxa ya caducada, una porción más de la historia del psicoanálisis, y eso es algo muy discutible, y merece ser replanteado.

El supuesto segundo tiempo de Lacan al respecto del tiempo en la cura no es tan fácil de ubicar como el primero (que era el Lacan de los «Escritos»), pero en este juego de las dualidades hace referencia al Lacan de la praxis clínica de las sesiones cortas, algunas casi inexistentes, fulgurantes, y con un énfasis que habría cambiado de lugar: ya no se trataría del corte con una finalidad básicamente epistémico, sino como una maniobra encaminada a inducir al sujeto a que abrevie sus decires, reduciendo la producción imaginaria de sentido e implementando de un modo digno el concepto de «precipitación», y todo ello con una doble intención radical, la de la separación del objeto y la de reconducir al sujeto hasta la opacidad de su goce. Es quizás un pasaje desde el analizante parlanchín al analizante lógico.

Sin duda es tentador articular esta segunda concepción a ese momento de relectura que hemos estado examinando hace unos momentos y que obligó a Lacan a incorporar más explícitamente la función del objeto «a» en la lógica temporal, subrayando así mismo el estatuto de la prisa.

Se nos aparecen, no obstante, algunos interrogantes:

-¿Existe realmente tanta oposición entre el primer modo de concebir el corte de sesión y el segundo?

¿Hemos de privilegiar siempre las últimas elaboraciones de Lacan y olvidarnos de las primeras?

-Aun en el caso de que optáramos por enfatizar las supuestas especificidades de la segunda concepción, ¿justifica la misma siempre un necesario acortamiento de las sesiones?. ¿No deberíamos tal vez escuchar con algo más de respeto algunas de las críticas que se hacen (fundamentalmente desde otras orientaciones psicoanalíticas) a la práctica de las sesiones radicalmente breves?.

Respecto del primer interrogante (¿existe realmente tanta oposición entre los dos modos de concebir el manejo del tiempo en Lacan?) hay que ser prudentes y es útil reconocer que a veces tendemos a re-interpretar de un modo exagerado las prácticas que supuestamente ya pertenecen al pasado, aunque sea nuestro propio y reciente pasado, con la finalidad de remarcar más la diferencia con aquello que queremos presentar como un procedimiento novedoso. A fin de potenciar la idea de un manejo del tiempo en la cura más coherente con la puesta en escena del objeto a, podemos en ocasiones acabar ridiculizando ó desvalorizando un manejo del tiempo en las sesiones como herramienta eficaz en la puntuación y en la emergencia de significaciones ocultas para el analizante. ¿No sería mucho más lógico



preservar esa primera y magnífica manera de concebir la interpretación que nos brindó Lacan, tratando de hacerla compatible con la segunda?. ¿No será que el hecho de que muchos hayan entendido y aceptado esa primera y subversiva utilización del tiempo (incluso fuera de los ámbitos estrictos de la enseñanza lacaniana), nos incomoda de algún modo, cuando más bien debería de satisfacernos?.

Ambos modos de jugar con el tiempo en la dirección de la cura pueden ser perfectamente compatibles, dado que corresponden en realidad a dos momentos diferentes en el desarrollo del análisis. Dos momentos que tampoco hemos de suponer imaginariamente como si se desplegasen uno detrás del otro formando una serie de dos etapas consecutivas, pero sí como un fondo estructural de la dirección de la cura con un tiempo más empecinado en explorar el ámbito del saber inconsciente y otro en el que se trata de enfrentar al sujeto a lo Real. El corte que funciona como una interpretación que permite al sujeto ser algo más clarividente respecto a las coordenadas simbólicas e imaginarias de su novela familiar y de sus condiciones de goce puede ir perfectamente de la mano de aquel otro corte (que a lo mejor no es más que el revés del mismo, o su resto) que pone en evidencia que no todo puede ser significantizado.

Respecto al segundo interrogante (¿hemos de privilegiar siempre las últimas elaboraciones de Lacan y olvidarnos de las primeras?) seamos coherentes: no siempre tenemos que privilegiar a ultranza el último Lacan. A Jacques-Alain Miller dicho procedimiento le reportó en una época una posición excepcional en tanto en cuanto se daba por sentado que era justamente él quien podía determinar mejor que nadie cual era la última concepción de Lacan respecto a cada punto de la teoría o de la clínica. Aunque durante un tiempo, muchos participamos en mayor o menor grado de esa tendencia un tanto ingenua de buscar apoyo en las últimas palabras lacanianas acerca de cada cuestión psicoanalítica, si lo pensamos bien es un contrasentido teórico dado que el mismo Lacan nos enseñó a menudo a cuestionar ese principio. Pensemos por ejemplo que en su lectura de Freud, Lacan dista mucho de regirse por un supuesto progreso cronológico en la obra del padre del psicoanálisis. Si bien es cierto que destaca algunas cuestiones del Freud más entrado en años (como por ejemplo la pulsión de muerte, allí donde justamente apenas ningún discípulo le pudo seguir) a la vez es evidente también que se desmarca de forma explícita de la perspectiva post-freudiana clásica que privilegia los desarrollos de la segunda tópica en detrimento de la primera. ¿Por qué no podemos operar entonces los lectores de Lacan con su obra de un modo semejante (aunque no idéntico) a cómo él nos enseñó a hacer con Freud, relativizando un poco el culto a

«lo último de lo último» y a la supuesta progresión diacrónica de la teoría?

Por otra parte, no es fácil encontrar en los últimos seminarios de Lacan muchas referencias explícitas a este polémico asunto de las sesiones cortas. Tal vez es un asunto que se deriva parcialmente de las contingencias propias de la praxis de Lacan como analista y no solamente de su teoría. Algunos pueden fruncir el ceño ante esta trasnochada apelación a la diferencia entre teoría y práctica, pero hay que tener en cuenta que Lacan podía tener razones poderosas pero a la vez muy particulares (y difícilmente repetibles) que justificaran en parte su empleo cada vez más radical del acortamiento de las sesiones. No se puede ignorar el lugar tan especial que ocupaba Lacan en la comunidad analítica de su tiempo y el modo en que dicho lugar influía en las transferencias. Lacan nos pidió además de manera explícita (en «La Tercera», en Roma) que no le imitésemos.

Un uso injustificado del acortamiento temporal y sistemático de las sesiones de análisis no beneficia para nada a la causa analítica. Hacer de la brevedad una especie de standard de la orientación lacaniana puede ser un error tan poco analítico como estandarizar las sesiones de 50 ó de 45 minutos. La paradójica estandarización de la sesión breve resultaría una contradicción aberrante.

Cada paciente es diferente y cada sesión irrepetible. Probablemente, como escribió Colette Soler en el Preludio número 3 de las Jornadas en Madrid sobre el tiempo, la cuestión no es tanto la duración de las sesiones sino *«lo que su suspensión hace surgir»*.

Por tanto, es factible considerar dos funciones de la escansión que no necesariamente hemos de considerar antagónicas: una más vinculada a la interpretación y a la emergencia de algún sentido, y otra más vinculada al acto que permite al sujeto cierto grado de enfrentamiento al sin-sentido de lo pulsional. Recordemos que Lacan ya decía en su seminario XI que la interpretación no está abierta a todos los sentidos y que su efecto es el de aislar en el sujeto «una médula de sinsentido».

Los riesgos inherentes a la primera (al quedarse solamente en ella o al abusar de la misma) son aquellos que desvirtúan la posición del analista transformándolo en un hermeneuta o en un psicólogo de las supuestas profundidades que utiliza el tiempo como una herramienta más para decantar posibles significados, jugando solamente en el registro del «automaton» de los significantes.

Los riesgos de la segunda son los que pueden desplazar la función del analista hasta un territorio del puro acto, tratando todo el tiempo de provocar efectos de «tyché», al modo de una burda copia de un maestro zen o metamorfoseándolo en aquello que Pierre Bruno intentó cuestionar en los instantes iniciales de la gran

crisis de la AMP cuando aludió al analista que actúa como una figura imaginaria del padre real.

La práctica cotidiana demuestra que en una cura pueden sucederse sesiones de un tipo y de otro, y que existe una profunda articulación entre ambas. Bajo el tiempo del saber re-ordenado por la lógica retroactiva del significante, habita el tiempo pulsional, «tempus» libidinal fuera de la lógica discursiva, propio del objeto.

Aprovechando un oportuno juego de palabras en castellano, podemos decir: «la sesión corta», pero no en el sentido de una corta duración temporal de la misma sino en el sentido de que toda buena sesión analítica tiene efectos de corte para el sujeto, tanto si es para advertirle de alguna significación que hasta entonces se le escapaba, como si lo es para ayudarlo a desprenderse de un exceso de goce y a enfrentarle con los límites del decir.

La sesión analítica «corta», y éste es el modo específico de curar que tiene el análisis, aún y aceptando lo incurable de cada sujeto al final de la cura.

**Manuel Baldiz**



## «EL ACONTECIMIENTO IMPREVISTO EN EL CUADRO DE LA EXPERIENCIA ANALÍTICA»

EPFCL-España-Foro de BarcelonsF.P.de Galicia

Cuando Lacan introduce la edición de sus Escritos en 1966 con *El seminario sobre La carta robada*, nos sorprende en la *Obertura* con una interpretación: la estructura estaba «ya» involucrada en el punto de partida y encuentra su conclusión años después en su tesis del objeto *a*. Invención de un saber que produjo un giro inédito en la teoría y la clínica del psicoanálisis. Para ello fue necesario un largo tiempo para comprender, que se cristaliza en un momento preciso, un verdadero pase subjetivo tras la excomuni3n; habían pasado casi 20 años...

Lacan renueva la concepci3n freudiana del tiempo – *nächtraglich* - con el Escrito *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*<sup>1</sup> introduciendo la estructura formal del tiempo: el instante de ver, el tiempo para comprender y el momento de concluir. La estructura mínima temporal que abarca tres modalidades bien diferenciadas, con características propias.

Se trata del tiempo necesario en el análisis para obtener un saber en y por la transferencia, donde se incluyen «los pasos» para una conclusi3n que posibilite un producto, saber efectivo en acto, que encuentra la verificaci3n por sus consecuencias en el final de análisis; el pasaje de analizante a analista, que se recoge en el pase.

En la experiencia de un análisis, el inconsciente aparece abierto al acontecimiento, no se trata sólo del desciframiento sino de la invenci3n de un saber con efectos de verdad para el analizante; el sujeto mismo se realiza re-novado en ese tiempo y lugar, reeditándose la temporalidad inicial del inconsciente.

«En la modulaci3n del tiempo se trata de captar la funci3n misma por donde cada uno de esos momentos, en el tránsito hasta el siguiente, *se reabsorbe en él*, subsistiendo únicamente el último que los absorbe (conclusivo) para comprender verdaderamente su génesis en el movimiento lógico, en forma retroactiva».

<sup>1</sup> J. Lacan, *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada*, 1945, Escritos 1, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

Nos parece que se puede entender que luego el tiempo para comprender aparece ligado al proceso de elaboración significativa del inconsciente que pide realizarse.

Más adelante en su enseñanza será el tiempo que el sujeto deberá recorrer más de una vez al modo de las mociones suspendidas, produciendo secuencias conclusivas que preparan el desprendimiento del objeto en la transferencia al final.

La instancia del tiempo que cava el intervalo se revela en el acontecimiento imprevisto, enigma donde se cristaliza en «hipótesis auténtica», a saber la significación de un real ignorado por el analista y el sujeto mismo.

Sólo adviene como acontecimiento de discurso en el marco de la transferencia, a posteriori, tras un prolongado tiempo para comprender. Si bien se plantea la duda, no es por la duda que se llega sin más a la certidumbre, como proponía Descartes. «Es la certidumbre anticipada del momento de concluir la que pone en juego la duda», por la intervención del objeto *a*.

### «No logré dominar a tiempo la transferencia...»<sup>2</sup>

El saber del inconsciente se manifestó en un primer momento como negación, como exclusión lógica en el campo de los fenómenos que escapan a la conciencia.

Cuando Freud se acerca a la problemática de la histeria, comprueba algunas coordenadas que ya estaban en el discurso de la época: el síntoma de la conversión en las funciones del cuerpo, conectado a la palabra y modificable por la sugestión hipnótica.

Encontramos que en el instante de la mirada aparece algo del orden de una evidencia que se capta bajo la fórmula impersonal del «se sabe que...» abriendo la dimensión de lo no sabido, que sólo encuentra su desarrollo en el tiempo necesario para comprender.

Si bien el fenómeno de la transferencia había aparecido en el tratamiento según el método catártico empleado por Breuer con su paciente Anna O., sólo

<sup>2</sup> S. Freud, *Fragmento de análisis de un caso de Histeria*, 1905, Obras completas, Ed. Amorrortu, Tomo VII, Buenos Aires, 1978.

toma su valor fundamental como experiencia efectiva en el caso Dora, descubrimiento que abre la posibilidad del psicoanálisis instituyendo su marco. Freud reflexiona a posteriori sobre algo que había irrumpido de modo sorpresivo en la cura diciendo «no logré dominar a tiempo la transferencia».

Sabemos que el psicoanálisis encontró la puerta de entrada al deseo inconsciente a través de la escucha de las pacientes histéricas. A propósito de ello Lacan nos lleva de la mano de *Las mujeres sabias* de Molière, mediante la gracia obtenida de su palabra ya que si la joven está *muda*<sup>3</sup>, el análisis consiste en hacerla hablar de su síntoma con el analista. Lo que permite a Freud descubrir el rasgo diferencial de la histeria, que en el movimiento de hablar constituye su deseo y encuentra su solución.

La transferencia se enlaza entonces al descubrimiento del deseo inconsciente, como motor del sueño y retorno de lo reprimido. El analista aparece como destinatario del sueño, ocupando en la cura con su presencia un lugar cualquiera para el paciente – en relación a sus objetos libidinizados por el deseo – como reedición de los conflictos edípicos no reconocidos, que se manifiestan en acto.

El lazo con el analista aparece allí en su aspecto positivo, es decir como amor de transferencia, que propiciaría la vía significativa de las asociaciones permitiendo a través de los recuerdos elaborar el conflicto en el que el paciente está apesadado, sin saberlo. Su manejo en la cura deviene una herramienta indispensable para el analista; «sólo por el doloroso camino de la transferencia» el Hombre de las ratas admite considerar la interpretación en relación al padre, que hasta allí lo dejaba frío.

En ese camino le es posible a Freud acceder por la vía del fantasma a la elaboración del Complejo de Edipo, en el análisis de los sueños de sus pacientes y en la propia experiencia del llamado autoanálisis en la transferencia con Fliess.

El inconsciente se manifiesta allí donde se puede captar lo que denominamos el tropiezo en el contenido manifiesto, haciendo aparecer algo del contenido latente como podemos observar en el lapsus, el sueño o el síntoma; el hallazgo se presenta como sorpresa que rebasa al sujeto introduciendo el punto de vacilación

---

<sup>3</sup> J. Lacan, Seminario XI, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, 1964-65, Clase 1 *El inconsciente freudiano y el nuestro*, Ed. Paidós

en el relato. En el momento en que el paciente duda, se puede extraer de esa duda la certeza de que se trata de algo de lo reprimido, censurado a la conciencia.

Podríamos decir que es entonces cuando se hace presente en el campo de la experiencia bajo la forma de una actualidad irrecusable, la existencia misma del deseo inconsciente, atravesando el «no pienso» en el que se adhiere el neurótico a su ser de amo como amo de la conciencia, su no querer saber sobre la causa de su propia división como sujeto del inconsciente.

Con el avance del análisis se abre la necesidad de elaborar el concepto de la pulsión de muerte responsable de la compulsión de repetición. A partir de *Más allá del principio del placer* de 1920, la transferencia tanto en su forma positiva como negativa se pone al servicio de la resistencia, al mismo tiempo que constituye el más potente de los instrumentos terapéuticos del médico.

De allí que el legado freudiano sobre el fin de la cura analítica podría traducirse en la pregunta: ¿qué hacer con el resto pulsional? ese «quantum libidinal», el factor cuantitativo que atraviesa en 1937 los últimos capítulos de *Análisis terminable e interminable*. La roca freudiana de la castración es del orden de un impasse en tanto localiza un resto incurable, imposible de analizar tanto en el hombre como en la mujer, del lado del hombre angustia de castración, del lado de las mujeres envidia del pene.

### **Lo imposible de decir y la Urverdrängung**

En el comienzo de su enseñanza, Lacan abre su Seminario<sup>4</sup> con el estudio sobre el historial del Hombre de los Lobos, ofreciéndonos una fina lectura sobre los elementos en juego de la escena originaria, nunca recordada, en el sueño repetido de los lobos que se presenta posteriormente a la edad cercana a los cuatro años del sujeto.

En el debate con Jung, Freud está abocado en encontrar la realidad de la escena para demostrar que la sexualidad se organiza en un mundo simbólico cada vez más organizado al que accede el niño en la neurosis infantil.

---

<sup>4</sup> J. Lacan, Seminario *El Hombre de los Lobos*, 1953, inédito.



En este Seminario Lacan señala que el valor de acontecimiento traumático para el sujeto se constituye a posteriori –nachträglich- de la escena originaria, es decir cuando puede alcanzar la significación. La escena originaria se encuentra en el registro imaginario, previo a cualquier simbolización.

En cuanto a la realidad de la escena, señala que la relación con la realidad no está vinculada al sistema perceptivo. La percepción se encuentra bajo la dependencia del orden simbólico en tanto que determina al sujeto, en el inconsciente. La estructura dirá luego no procede del percipiens, porque ya se encuentra en el perceptum que lo determina.<sup>5</sup>

Podríamos decir que retoma el Historial desde el Capítulo VII de *La interpretación de los sueños* cuando señala de un modo concluyente: el acontecimiento traumático deviene como tal sólo cuando se «historiza».

La historia aquí no es el pasado, sino la reconstrucción de experiencias que dejaron huella en el presente; se trata menos de recordar que de reescribir la historia por el sujeto.

La historización no es memoria sino rememoración, ligada al sujeto barrado en vías de realización significante; se establecen significaciones a medida que se levanta la represión, cuando lo reprimido se abre paso a la conciencia.

Ello se produce no sin atravesar secuencias donde aparece la resistencia, lo que Freud designa como transferencia, es decir la actualización de la persona del analista como presencia

La verdad del acontecimiento depende del sistema simbólico que introduce el lenguaje en el viviente, «...sólo con la dimensión de la palabra se cava el surco de la verdad»<sup>6</sup>, ya que sólo con ella es posible introducir la dimensión de la verdad y la mentira.

El acontecimiento traumático toma su valor de verdad, en tanto puede ser demostrado en la experiencia del análisis; deviene de lo originariamente reprimido, el llamado núcleo patógeno en *Estudios sobre la histeria*, como lo rechazado en el discurso por el discurso.

La existencia de la represión primaria se postula a partir de sus efectos, el núcleo de lo reprimido constituye el inconsciente primordial, inaccesible para siempre

<sup>5</sup> J. Lacan, *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, 1958, Escritos 2.

<sup>6</sup> J. Lacan, Seminario 1 *Los escritos técnicos de Freud*, 1953-54, Ed. Paidós, pag. 333.

al recuerdo.

Para que la represión sea posible, es necesario que se haya constituido un primer nódulo de lo reprimido, que atrae sobre sí todas las represiones posteriores en la formación de síntomas.

En *El olvido de los sueños*<sup>7</sup>, Freud otorga el estatuto de «certeza plena» cuando las asociaciones se acercan al núcleo de lo reprimido, apareciendo entonces la inconsistencia, los puntos débiles en el disfraz del sueño.

Al referirse al ombligo del sueño, señala que «todo sueño tiene por lo menos un lugar insondable, un ombligo por el que se conecta con lo no reconocido»

Algo ha de quedar en la sombra, lo que no puede ser alcanzado por el sentido. Podemos decir que se trata del encuentro con un imposible lógico, manifestación de lo real – es decir no simbolizado - algo delante de lo cual el sueño en tanto que red de significantes se interrumpe, no puede ir más lejos.

Lacan observa que Freud se detiene en un punto en el desciframiento del sueño, para dar lugar a la construcción del fantasma, donde se puede localizar la mirada como posición de objeto del sujeto. La dehiscencia imaginaria, su no querer saber de la castración en el Otro, aun a costa de sí mismo.

Se trata de un sueño de angustia que atraviesa la función de ser el guardián del dormir donde aparece la irrupción de lo traumático que despierta, interrumpiendo la función del principio del placer. Si decimos que un sueño es un despertar que comienza es porque algo en la otra escena se juega la dimensión de desconocido para el sujeto.

A través de la vía significativa el analista encuentra en el sueño los lobos inmóviles, la mirada, el sentimiento de realidad efectiva deduciendo el real en juego en el trauma.

En el sueño de los lobos, encontramos esos requisitos como punto inaugural: la acuñación simbólica y la represión originaria; posteriormente la formación de síntomas y el retorno de lo reprimido, que en el sueño dejará su marca.

En la elaboración de las asociaciones encontramos los elementos significantes que dan el marco a la ventana que se abre de improviso; es la Navidad, fecha cercana a su nacimiento, el niño espera un regalo.

---

<sup>7</sup> S. Freud, *El olvido de los sueños*, *La interpretación de los sueños*, 1900, Capítulo VII.

Lacan evocará luego la figura del V romano, para poner en causa el enigma de la castración que ya estaba presente en la imagen del cuerpo de la mujer o las alas de mariposa, para comprender que se trata del significante<sup>8</sup>.

Del suceso traumático, sin palabras, se construye al mismo tiempo un lugar vacío, allí donde no hay rememoración posible, no hay nada para decir; señalando el punto donde el ser hablante se encuentra excluido de su propio origen.

«Lo esencial no es la realidad sino saber cómo el sujeto ha podido verificar sus consecuencias bajo su ser y por su síntoma, cómo ha podido articularlo a posteriori en términos de significante»<sup>9</sup>.

En una intervención de 1975<sup>10</sup>, Lacan retoma la articulación de los conceptos *Unerkante* – lo no reconocido – el ombligo del sueño y lo *Urverdräng* – lo reprimido primordial. Utiliza el término *Un* en alemán para designar la categoría de lo imposible, el límite a la simbolización. Aquello que permanece inaccesible a la conciencia continúa operando en lo real; «la doble negación del *no cesa de no escribirse* para lo imposible designa el ombligo del sueño en Freud».

De la relación entre estos conceptos, señala que en el punto donde se detiene el desciframiento, se extrae la imposibilidad lógica, lo que no tendrá acceso a la palabra.

A nivel de lo simbólico ese agujero es nudo, «orificio anudado»: el sueño se asienta en lo no reconocido y el fantasma viene a ese lugar.

Si «la palabra introduce el hueco del ser en la textura de lo real... allí se cava la hiancia del ser como tal», podríamos decir del sujeto dividido en el inconsciente que denominamos la falta en ser.

El acontecimiento, ésta es la tesis fuerte que retoma Lacan, no viene del pasado, deviene del porvenir en su realización simbólica, por su integración en la historia del sujeto. No pertenece al orden de lo que fue, sino de lo que en un momento determinado, *habrá sido*.

Como veremos luego Lacan se refiere a la *Unerkante* aplicándola a la im-

<sup>8</sup> J. Lacan, op.cit Seminario XI *Los cuatro conceptos...*, Clase 3 *Del sujeto de la certeza*.

<sup>9</sup> J. Lacan, Seminario XIV *La lógica del fantasma*, 1966-67, Clase 3, inédito.

<sup>10</sup> J. Lacan, *Respuesta de Jacques Lacan a una pregunta de Marcel Ritter*, Strasbourg, 1975, inédito.

posibilidad lógica en lo que concierne al sexo, «no hay relación sexual», es decir que en cuanto a la relación con el Otro sexo, no hay saber posible en lo real.

### **La angustia es una manifestación específica del deseo del Otro**

La inquietante certeza de la angustia es un fenómeno que permite indicar al analista el punto mismo del encuentro del sujeto con lo real. Ese afecto que no engaña surge de un modo imprevisto en el desconcierto, cuando la función del fantasma tambalea para significar el deseo del Otro.

En el Seminario *La angustia*<sup>11</sup> el argumento de Lacan es el siguiente: la angustia y el deseo coinciden en un límite, indicando el borde donde se aloja el objeto. Cuando la falta viene a faltar, se revela su presencia en el lugar marcado por una ausencia, el objeto *a* causa de deseo del Otro.

Que encontramos en la formulación «el deseo se revela como deseo del Otro», donde se enhebran los tres registros del deseo: real, simbólico e imaginario. Real porque se sostiene del objeto *a*, simbólico en su lazo al Otro del significante; con efectos en el registro imaginario: en la imagen especular y en la relación con el semejante.

La angustia aparece como un efecto de la desestabilización en el nudo de los tres registros como una suerte de brújula que permite localizar el lugar en el que se denota la presencia del objeto. Así podemos decir que es el afecto ante el deseo del Otro cuando se perfila lo innombrable del goce. El Otro aquí aparece como no barrado que emerge como puro real, no marcado por el significante.

Lacan retoma la angustia de lo real – como lo escribe Freud – separando el Otro como lugar del significante y la Cosa como lugar del goce. El sujeto queda suspendido por ese goce que le concierne.

La incertidumbre por la falta de respuesta en el plano simbólico, desestabiliza el eje imaginario y la función de la imagen especular naufraga. El objeto *a* desamarrado del fantasma emerge en la escena de la realidad y sobreviene la angustia.

Es por esta razón que la angustia, ubica el sitio donde emerge el deseo, es la prueba material del encuentro con el deseo del Otro.

<sup>11</sup> J. Lacan, Seminario X *La angustia*, 1964-65, Clase 3 *Del cosmos a la Unheimlichkeit*, Ed. Paidós

El fantasma representa una defensa contra la angustia, aportando una significación frente a la falta de respuesta al enigma sobre el deseo. Si bien garantiza la significación fálica, no es suficiente para asegurarle al sujeto los encuentros con un goce desconocido, que no se deja reducir por dicha significación.

«El fantasma le sirve al neurótico como artilugio para hacerse un ser, un objeto *a* «postizo», para defenderse de saber... que es por su falta, por lo que se relaciona al deseo del Otro». Pero el neurótico quiere que se le demande, intentando colocar la demanda en el lugar preciado del objeto agalmático, para asegurarse en su aspiración de ser el falo y eludir la angustia.

Sabemos de su estrategia para eludir reconocerse en su relación con la causa del deseo: la nada en la histeria, según la modalidad del deseo insatisfecho. En el obsesivo, con su síntoma privilegiado: la inhibición, que hace de barrera para eludir la angustia. La angustia es causa de la duda, enfermedad del pensamiento según la modalidad de anulación del deseo por la postergación.

El deseo aparece obturado en el fantasma, pero tampoco puede ser subsumido por la vía de la interpretación, sino que de lo que se trata es de intentar cernir «lo nuevo» que se presenta y ya estaba allí, esperando a ser realizado.

Lo inesperado que irrumpe en la angustia señala al mismo tiempo la dimensión de lo desconocido, lo indecible; reconocer el deseo no es sancionarlo desde el punto de vista de su verdad sino reconocerlo en su extravío.

El analista no debe fallar en la cita del analizante con la angustia, un tope en la asociación de significantes que indefectiblemente aparece en el campo de la transferencia. El análisis hace trabajar la incertidumbre pero en el marco de una certeza que atañe al síntoma – letra de goce – en tanto puede ser tramitado por el sujeto en la experiencia.

### **«El paciente actúa para no recordar...»**

La presentación del sujeto en el campo del Otro, la operación de inversión dialéctica que transforma el acceso al síntoma como algo a descifrar, la instalación de la transferencia, sus momentos lógicos, la dirección de la cura y su conclusión, son todos acontecimientos que al ser conceptualizados, adquieren un carácter previsible, esperable, sin embargo la lógica singular que impone la existencia del suje-

to, encuentra su manifestación sorpresiva interrumpiendo las asociaciones en el acting-out.

La repetición, tanto en su dimensión de encuentro con lo real, como en su dimensión significativa de automaton, aunque prometidas por el despliegue del discurso en cualquiera de sus modalidades, adquieren su valor de verdad tan solo en el discurso analítico, donde lo necesario tampoco es suficiente para que se haga previsible.

El definir lo real como lo que no cesa de no inscribirse, supone su irrupción, si bien ceñida a una lógica, completamente imprevista, ya que en oposición al binomio, asociación libre- interpretación, surgiría algo en el campo de una escena en la que algo *se muestra*. En el acting-out se trata de un *dar a ver* que apunta a la dificultad que impedirá que un psicoanálisis transcurra solo en la vertiente de la recuperación de los significantes reprimidos mediante las formaciones del inconsciente.

En 1914 Freud introduce por primera vez en su texto *Recordar, repetir y reelaborar*<sup>12</sup> un nuevo concepto denominado *agieren*, que fue traducido al inglés como acting-out. Aparece allí como una disposición del paciente en la que actúa en lugar de recordar, como «un empuje a repetir el pasado infantil en acto, sin recordarlo». Es decir sin tener conciencia de los motivos de ese acto. Esto ocurre cada vez que el analizante está en posición de resistencia: «actúa para no recordar»

Es uno de los fenómenos donde se pone de manifiesto por excelencia lo que no puede pasarse a la palabra, que podríamos considerar como algo del orden de lo imprevisto en la dimensión del acto, del mismo modo que el pasaje al acto o el acto analítico, tres categorías del acto que se distinguen consistentemente a nivel teórico y deben diferenciarse en la clínica.

Es en el seminario X donde Lacan plantea el acting-out como algo que por sus características podría aislarse con cierta claridad. El hecho de que así sea, es que está nítidamente ligado a la transferencia. Puede estar provocado por una intervención del analista, que supone por parte del analizante mostrar una escena donde el deseo del sujeto quiere afirmarse como verdad.

La histeria suele mostrar esta relación entre el acting-out y la transferencia

---

<sup>12</sup>S. Freud, *Recordar, repetir y reelaborar*, 1914, Volumen XII.

emblemáticamente al comienzo. No es un acto que se baste a sí mismo, ya que es un mensaje dirigido al Otro, por eso en ocasiones, instala la transferencia y permite la entrada en análisis.

El acting-out funciona como un circuito de doble sentido, el sujeto actúa fuera del análisis y es en el relato que puede retornar en forma de discurso en la transferencia. Es allí donde se percibe claramente el intento de simbolización.

Hay una indicación precisa en Lacan de cómo no propiciar su aparición: «no hay que molestar desconsideradamente la causa del deseo»<sup>13</sup>. La función del analista supondría entonces localizar con corrección el deseo y el goce, para evitar, dentro de lo posible, esta tendencia.

Sería una respuesta del paciente, para mostrarle al analista que ha errado respecto al objeto causa de su deseo. No es la transferencia la que ha fallado, sino la posición del analista. En vez de interpretar desde su lugar de semblante de objeto, lo hace desde una posición de amo, es decir, comandado por un discurso que deja al objeto *a* en el lugar de la producción, por debajo de la cadena significante, destinado entonces a aparecer en forma de acto. Acto del cual el sujeto ignora toda significación, por tanto, también adquiere estatuto de pregunta, demanda inequívoca de interpretación.

Aparece como una modalidad de hacer surgir el objeto como una doble denuncia: de lo que el otro no oye y de lo que el sujeto es incapaz de decir. Por eso se le confía al Otro la tarea de descifrarlo, de allí que Lacan privilegie el lugar del acting-out en la cura: «cuyo cargo el analista por sí solo toma y guarda»<sup>14</sup>, por lo tanto no hay más Otro que el analista que pueda hacer algo con esto.

Si bien se deduce allí un fallo del analista que no acierta a registrar aquello que el analizante está intentando mostrarle, años más tarde apuntará al aspecto estructural del acting-out, que trasciende la pericia del analista pues está enlazado a lo que no puede ser dicho. Es el momento en el que se ocupa del límite entre lo que se puede decir pero se hurta al análisis, y lo imposible de decir como tal. Desde esta perspectiva sería en cierto modo inevitable pues tendría que ver con que la transferencia misma, implica la puesta en acto de la realidad sexual del inconsciente.

<sup>13</sup> J. Lacan, op.cit. Seminario X, *La angustia*, Clase 24 *Del «a» a los nombre del padre*.

<sup>14</sup> J. Lacan, Seminario XVI *De un Otro al otro*, 1968-69, Clase 24, inédito.

Finalmente sería una acción que se efectúa desde la estructura del fantasma y pone en juego otra parte de los enunciados fantasmáticos que incumbe a la satisfacción pulsional y al objeto causa del deseo.

### **De lo simbólico a lo real en la transferencia**

En 1964 Lacan comienza el Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* preguntándose sobre la autorización del analista; sobre el efecto del psicoanálisis didáctico, sus límites y metas.

Cuáles son los fundamentos para su praxis, distinguiendo en la transferencia la repetición como automaton propio de la cadena significativa de la tyché, presencia del objeto.

A partir de la formulación «el inconsciente está estructurado como un lenguaje»<sup>15</sup> señala un nuevo estatuto del concepto de inconsciente en el seno de la transferencia.

«La transferencia es la puesta en acto de la realidad del inconsciente»<sup>16</sup>, la transferencia es la realidad sexual de inconsciente, el inconsciente que interesa allí donde se puede captar, en el marco de la experiencia con el analista.

El inconsciente se reduce aquí a la cadena significativa que relanza el deseo, en la metonimia donde se nos muestra la hiancia por donde la neurosis empalma con un real. En esta hiancia Freud encuentra algo del orden de lo no-realizado, lo no nacido, algo que está a la espera e insiste.

El inconsciente se abre y se cierra - función pulsativa - con la característica de evanescencia: apareciendo en un instante se escabulle volviendo a desaparecer.

Según Aristóteles el ahora - límite entre el pasado y el futuro - es un ser que aparece y desaparece continuamente. Concepto retomado por Lacan cuando dice que el sujeto adviene en el intervalo significativo, «ese algo evanescente»<sup>17</sup> designa la función sujeto, conforme a la fórmula «un significativo representa al sujeto para otro significativo»<sup>18</sup>.

<sup>15</sup> J. Lacan, op.cit. Seminario XI, *Los cuatro conceptos...*, Clase 2 *El inconsciente freudiano y el nuestro*.

<sup>16</sup> *Ibidem*, Clase 11 *Análisis y verdad o cierre del inconsciente*.

<sup>17</sup> *Ibidem*, Clase 3 *Del sujeto de la certeza*.

<sup>18</sup> J. Lacan, Seminario XVI, *De un Otro al otro*, 1968-69, Clase 4, inédito.



En *Posición del Inconsciente* señala «...el sujeto traduce una sincronía significativa en un pulsación temporal primordial»<sup>19</sup>

El inconsciente es lo evasivo pero logramos circunscribirlo en una estructura temporal al situar al sujeto en el plano de la enunciación, que se separa de los dichos en la asociación libre como algo nuevo que se produce en la consecución de los enunciados. Como decíamos en esta hiancia aparece algo del orden de un tropiezo – lapsus, sueño, acto fallido – un hallazgo que se escabulle, permitiendo instaurar la función de la pérdida y la posibilidad de una nueva reedición. Entendemos que el hallazgo participa del anudamiento de lo real y lo simbólico, por la presencia del objeto que no está en el dominio del yo, sino que aparece de un modo sorpresivo, como re-hallazgo en el sentido de lo que estaba ya allí, a la espera.

Como una suerte de *querer ser* del sujeto barrado que sólo encuentra la vía de realización como saber, efecto del significante. Lo reprimido insiste en circular a partir de lo no reconocido, lo que de la indeterminación del sujeto debe advenir responsabilizándose de sus dichos en el análisis.

Así la transferencia no es la repetición sino que abre la vía de la repetición, dando lugar al imprevisto, para ser subsumido como acontecimiento del decir que permita bordear algo de lo no sabido.

Lacan pone el acento sobre la *tyché*, diciendo que «lo real está más allá del automaton, del retorno, del regreso, de la insistencia de los signos, a que nos somete el principio del placer»<sup>20</sup>. Es decir tiene que ver con lo reprimido primordial; como decíamos el *Unerkante* de Freud, el ombligo del sueño.

Solo la transferencia, soportada en el Sujeto supuesto Saber, nos llevará al «corazón de la repetición», donde se anuda alienación – en su vertiente epistémica - y separación – en su vertiente libidinal.

En la *Proposición*<sup>21</sup> del 67 Lacan va más lejos en la cuestión de la transferencia: no es solamente resistencia y cierre del inconsciente, también es, por el saber, apertura sobre lo real del sujeto. El significante de la transferencia no debe pues

<sup>19</sup> J. Lacan, *Posición del inconsciente*, 1964, Escritos 2, pag. 814.

<sup>20</sup> J. Lacan, op.cit. Seminario XI *Los cuatro conceptos...*, Clase 5 *Tyché y automaton*.

<sup>21</sup> J. Lacan, *Proposición del 9 de octubre de 1967...*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 1987.

solamente ser considerado como un umbral sino también como posibilidad de desplazamiento de significantes y de surgimiento de algo nuevo que se actualiza por el amor de transferencia.

En ese marco se cuaja el Sujeto supuesto al Saber, un elemento tercero entre el analizante y el analista, como el punto de apoyo, «el pivote» que permite articular «todo lo que se relaciona con la transferencia en el análisis». El saber se manifiesta en su estatuto de vacío, en tanto que la verdad no se puede decir toda; ello es lo que empuja, lo que crea la oportunidad de «explicarse». Ese vacío anuncia el saber propio del inconsciente.

El analista deberá estar advertido de que ningún sujeto encarna el saber, tampoco él mismo. Incluyéndose como partenaire con un vacío, podrá dar lugar a que se desplieguen los significantes que someten al analizante, el decir podrá dar lugar a un dicho inédito a rescatar para ser realzado. Que el saber opera en tanto saber supuesto y sólo se puede actualizar «en la vía del encuentro» entre el analizante y el analista.

El agalma que cautiva al analizante no engloba la persona del analista, sino que el agalma está en relación con que el analista sepa, que haya podido subjetivar algo en su propio análisis, para adquirir lo que tiene que saber de ese vacío.

Por eso, detrás del amor llamado de transferencia podemos decir que lo que hay es la afirmación de la ligazón del deseo del analista al deseo del analizante. Es el deseo del sujeto, en su encuentro con el deseo del analista.

### **La interpretación como límite al goce del desciframiento**

En el Seminario *El reverso del psicoanálisis*<sup>22</sup> Lacan introduce una nueva versión de la repetición en la transferencia como una búsqueda de goce a recuperar, la dialéctica de un goce que se produce contra la vida, el más allá del principio del placer señalado por Freud. Es la aportación lacaniana que permite integrar las tres concepciones de la repetición: da cuenta de la insistencia significativa del inconsciente, de la pérdida de goce incluida en la repetición y de la recuperación de goce a obtener.

<sup>22</sup> J. Lacan, Seminario XVII, *El reverso del psicoanálisis del psicoanálisis*, 1969-70, Ed. Paidós.

El rasgo unario aparece como el elemento articulador «en tanto escrito», como la forma primera en que entra en juego la marca del significante sobre el viviente que se obtiene por la insistencia del lenguaje, hasta producir la primera pérdida por la que toma cuerpo el objeto *a*, plus de goce. Al intervenir un significante primero - que denominamos S1 - sobre el campo del Otro, surge el sujeto dividido y engendra como resto el objeto *a*.

Es un significante tomado en el campo del Otro, pero que solo adquiere su función como marca borrada en un segundo tiempo - encuentro con la *tyché* - experiencia de goce del orden de la contingencia. A partir de allí se enhebra en los significantes de la demanda en la búsqueda de lo que debe ser repetido, sin alcanzarlo jamás, tal como aparece en la figura del ocho interior... Lo que retorna por la vía significativa no es el significante sino el signo, que hace signo del goce del Otro.

De este modo se actualiza en la repetición, donde se une a su condición de lazo con la economía de las pulsiones; la entropía rige el sistema: la dimensión de la pérdida relanza el plus de gozar.

Sus consecuencias se manifiestan sin el consentimiento del sujeto y en su ignorancia como puro azar, vehiculizando las condiciones de amor y estableciendo un sello particular en la transferencia con el analista. Es en ese campo que debe ser enmarcada como manifestación del saber del inconsciente. Es de eso de lo que se trata, para extraer a la repetición de la identificación al destino con que sueña el analizante; la cuestión que se plantea es el saber de la eficacia del análisis sobre la repetición en tanto Lacan la coloca del lado de lo necesario, para dar cuenta de lo real del síntoma y su goce: ese «no cesa de escribirse» que da cuenta de su permanencia.

En la transferencia la asociación libre articulada al sujeto supuesto saber, se enhebra en un sujeto que aspira a alcanzar una verdad a partir del significante, más allá de los propios límites. Las industrias históricas, como las llama con una cierta ironía Lacan, pusieron en primer lugar el valor del saber mítico en el límite del significante.

De ese material se pudo extraer el saber del psicoanálisis, que apunta a la otra escena del inconsciente: en la articulación de la transferencia el encuentro con el analista permite la histerización del discurso en el dispositivo, es decir el anudamiento del malestar con una pregunta sobre su causa.

En la asociación libre el analizante pone en juego su división en la apuesta de decir todo sin restricciones, ausentándose de lo que dice sin gobernar sus pensamientos.

El corte en las cadenas de ficción subjetiva que el acto fallido y el acto analítico realizan permitirá al sujeto reconocer la dimensión fantasmática de las certidumbres a las que se aferra.

El sujeto no es amo de lo que sabe, en el filo de las asociaciones aparece entonces la ocurrencia imprevista, que subvierte el sentido de la frase y lo conecta al inconsciente como lugar de un saber que lo determina y a la vez ignora.

Recordemos una aseveración que hace Freud al finalizar *La interpretación de los sueños*: «Lo inconsciente es lo psíquico verdaderamente real, nos es tan desconocido en su naturaleza interna como lo real del mundo exterior, y nos es dado por los datos de la conciencia de manera tan incompleta como lo es el mundo exterior por las indicaciones de nuestros órganos sensoriales»<sup>23</sup>

Si bien entendemos que el sentido del significante se desprende de su articulación con otros significantes, las cadenas significantes son, hablando con propiedad, más que de sentido, de «gozo-sentido» relación primaria entre saber y goce. El inconsciente «es goce» cifrando y descifrando, que debe encontrar su límite en la interpretación.

La transferencia permite el tratamiento del goce, por el rodeo de la asociación libre se pone en juego el trabajo de desciframiento significativo. Si el inconsciente es un saber sin sujeto en tanto goce, la interpretación del analista apunta a la causa de deseo, desprendiendo el goce del sentido y manteniendo abierto el lugar del enigma.

El analista deberá intervenir de distintos modos, pero cuando interpreta, la interpretación se ve afectada por la estructura misma de la verdad, que no puede ser alcanzada toda. Por ello la interpretación es un «medio decir» que toma la vertiente del enigma, de una enunciación que se articula al sólo acto de decir, no agrega significaciones. Si bien toma en cuenta el saber mítico del deseo inconsciente, también debe atender al límite de la palabra, donde toma cuerpo el objeto plus de gozar.

---

<sup>23</sup> S. Freud, op.cit. *La interpretación de los sueños*, pag. 598.

La clínica de los discursos apunta a cernir ese goce de lo imposible de soportar en el discurso del analista poniendo al objeto *a* en su lugar, como causa de la división del sujeto. Podríamos decir que es una prueba de la existencia del inconsciente, por la presencia del analista en el lugar del semblante de objeto convocando al S1 que está a la espera. El saber allí no sólo es supuesto sino expuesto, es decir puesto en cuestión por la verdad en el campo del goce.

Lazo social nuevo que se produce en el paso de un discurso a otro, permitiendo a partir de una enunciación en el lugar del Uno solo, inscribir un saber nuevo en el lazo social en el Otro.

### **El decir como acontecimiento de discurso**

En la experiencia del análisis, se trata de poder orientar la cura de lo simbólico a lo real; se trata de hacerlo advenir a un límite, al sin-sentido, para dar lugar al acontecimiento que es del orden de lo contingente y su inscripción.

En los años 70 Lacan vuelve sobre su Escrito sobre la instancia de la letra «...ese soporte material que el discurso concreto toma del lenguaje»<sup>24</sup> para dar cuenta de la operación del analista en relación a la transferencia al final del análisis. «El discurso del analista es un giro en el discurso del amo», nos dice en *Radiofonía*<sup>25</sup>, que remite al sujeto la llave de su división, es decir de las marcas cifradas de goce en el inconsciente que lo determinan. La letra es del orden del real, de lo que existe como dice sobre la escritura en su nudo borromeo para dar cuenta de la interpretación.

La naturaleza misma del inconsciente se manifiesta como un saber hacer con la lengua a partir del lenguaje.<sup>26</sup> El hablanteser indica el ser hablante a quien la letra hace hablar; en la juntura del inconsciente y el cuerpo el síntoma hace lazo con aquello que no cesa de no escribirse, lo no cognoscible, es decir lo real.

El agujero en el saber se expresa como necesidad lógica en el discurso de la

<sup>24</sup> J. Lacan, *La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud*, 1957, Escritos 1

<sup>25</sup> J. Lacan, *Radiofonía*, 1970, Radiofonía y Televisión, Ed. Anagrama.

<sup>26</sup> J. Lacan, Seminario XX, *Aun*, 1972-73, Clase 11 *La rata en el laberinto*, Ed. Paidós.

ciencia a través de signos, de letras; permite cernir cierta función de borde de lo real, de lo que no puede inscribirse sino a partir de un impase de la formulación, dando lugar a lo nuevo.<sup>27</sup>

Lacan retoma el valor del saber mítico en el Edipo freudiano en relación a Tótem y tabú; en el matema de la sexuación se sirve de la lógica proposicional para demostrar la articulación entre el universal y la excepción bajo la forma del «al-menos-Uno» que da lugar a la inscripción del «para todo...» es decir de la castración, al mismo tiempo de lo que no se inscribe, en el lugar de la inexistencia de la relación sexual, lo que no cesa de no escribirse.

En este contexto, tratando de circunscribir ese imposible que es lo real, Lacan nos recuerda la sobredeterminación en Freud que dio al sueño un lugar fundamental en las formaciones del inconsciente, un lugar que nos indica la fisura del sujeto: soy yo el que sueña, pero sé que no soy el agente de mi sueño, algo empuja que está por detrás de las cadenas asociativas, lo no simbolizable.

El encuentro con lo real está más allá del automaton, detrás del fantasma... es lo que despierta en la pesadilla en el sueño relatado por Freud «padre, no ves que ardo...»<sup>28</sup>

El fantasma es la pantalla que encubre algo que está primero y determina la repetición, el lugar de lo real, algo que explica la ambigüedad de la función de lo real en el despertar. Ese poco de realidad, el ruido, da fe de que no soñamos, pero nos despierta la otra realidad escondida tras la falta en la representación, el trieb según Freud, el trieb por venir aclara Lacan.

La sobredeterminación implica el retorno significativo a ese fundamento que «está en el cuerpo» - soporte del discurso – en el encuentro del goce sexual, que no puede escribirse.

Es un soporte entonces «abierto», sólo articulable a partir del discurso analítico, donde el analizante encontrará su división confrontado al semblante de objeto encarnado por el analista, para distinguir los significantes que le coman-

---

<sup>27</sup> *Ibidem*, Clase 8 *El saber y la verdad*.

<sup>28</sup> J. Lacan, op.cit. Seminario XI, *Los cuatro conceptos...*, Clase 5 *Tyché y automaton*.

dan, íntimamente sorprendido por su plus-de-gozar. El decir allí tiene efectos en el fantasma, relación entre el objeto *a*-efecto de discurso que causa el deseo- y «ese algo que, alrededor y como una hendidura, se condensa y que se llama el sujeto»<sup>29</sup>.

En la repetición este seguir al inconsciente en la huella implicará inevitablemente que el analizante se deslice por los significantes del Otro en la búsqueda de sentido, que se deslice por la significación, siempre fálica, que explote «el campo de las posibilidades» que está determinando lo imposible.

En la experiencia del análisis se trata de hacerlo advenir a un límite que lleva no de los significantes a la significación sino de lo simbólico a lo real, al sin-sentido, para dar lugar al acontecimiento –que es del orden de lo contingente– a venir y su inscripción.

La marca primera de la inscripción del significante, atributo de una diferencia, se encuentra en el límite, haciendo «litoral»<sup>30</sup> al agujero en el saber. Entonces, la elección de goce no se deduce de lo simbólico sino que se encuentra, se experimenta de forma intrusiva como algo que toca a ese litoral.

El analista debe orientarse por el hallazgo - única manera de no equivocarse – para contornear la falla de lo que no cesa de escribirse, en cuyo borde se deposita el cristal de lengua produciendo el malentendido.

En el Seminario *Aun* Lacan señala que «... no se trata de lo que se lee, de lo que se lee más allá de lo que se ha incitado al sujeto a decir... de lo que se trata es de saber... lo que en un discurso, se produce por efecto de lo escrito».

El acto del analista en el fin de análisis prepara las condiciones del acto del analizante, que en ese mismo acto deviene ya analista. Ahora bien, solo disponemos de una herramienta para producir esta prolongación del circuito que dé lugar al acto verdadero y esa herramienta no es otra que la transferencia, primero como un operador de saber que permite al sujeto una nueva lectura de su posición, después con lo enigmático del deseo del analista, finalmente con la verificación del amor.

Si el sujeto está dispuesto a hacer todo el recorrido de la transferencia podría estar en condiciones de acceder a una nueva dimensión del acto. Se trata del

<sup>29</sup> J. Lacan, Seminario 19... *O peor*; 1971-72, Clases 11 y 12, inédito.

<sup>30</sup> J. Lacan, Seminario 18 *De un discurso que no sería de aparie*

acto analítico, donde también se va a jugar el registro de la pulsión pero coordinado con el de la invención, porque el sujeto, después del acto, encontrará su manera particular de saber hacer con el objeto, y de poder separarse del Otro, sabiendo que no es sin el Otro.

Estas diferencias implicarían, que efectivamente, haya un pasaje entre el sujeto que entra y el que sale del acto, ahora sí, modificado.

Mayo de 2007

**Relatora: Ana Canedo**  
**Mar Criado, Rosa Escapa, Cristian Prado, Teresa Trías**



## EL TIEMPO, EL INCONSCIENTE Y LA LETRA

EPFCL-Francia

### **El tiempo y el inconsciente freudiano:**

La tesis freudiana que subraya que el inconsciente no reconoce el tiempo resalta la pregunta fundamental de su representación para el sujeto, la forma en la que el psicoanálisis resuelve en su doctrina esta ausencia y cuales son las consecuencias para la praxis.

En efecto, sin la referencia al tiempo en el inconsciente, ¿cómo la practica analítica puede contemplarse?

Remarquemos primero que todo, que si de un lado el inconsciente freudiano no incluye la medida del tiempo, el constituye de todos modos, el resorte de su representación posible para el sujeto.

La cuestión es entonces de saber por cual mecanismo el inconsciente puede determinar el tiempo. Existe en Freud una concepción que atraviesa su obra y trata de responder a esta pregunta. En el texto sobre «Los dos principios del acaecer psíquico» postulando que el aparato psíquico no se reduce al principio de placer \_displacer, el formula la necesidad de la exigencia de adaptación. Esto implica la instauración del principio de realidad que objeta a la satisfacción continua introduciendo un retardo ligado al momento oportuno para llegar. Freud introduce entonces la idea de una periodicidad sin postular que ella depende del inconsciente. En efecto, los órganos de sentido tornados hacia el exterior dan lugar a una actividad periódica de la conciencia que introduce un sistema de marcas que ritman el aparato psíquico.

Freud introduce así la noción de suspensión de la descarga motora, un aplazamiento ligado a la prueba de la realidad condicionando una actividad independiente, la del fantasma. Se puede entonces deducir la instauración de la marca del tiempo, a partir de la confrontación con la experiencia efectiva – resorte del yo \_realidad, y al mismo tiempo de un resto que resiste al tiempo de la realidad, el fantasma. Entonces, convendría de preguntarse siguiendo esta concepción, si a falta de la noción de tiempo en el inconsciente, y a defecto de la toma por el

principio de realidad, el tiempo del sujeto no es el reglaje operado por el tiempo del fantasma.

Es lo que Freud parece aquí sugerir et nosotros desarrollaremos las razones que nos permiten de sostener esa proposición. Freud es formal: «pero que no nos dejemos nunca llevar a introducir el patrón de la realidad en las formaciones psíquicas reprimidas, se arriesgaría de subestimar el valor de las fantasías en la formación de los síntomas »(1). En efecto, el fantasma resiste a la usura del tiempo.

Es la razón de la objeción de Freud a la filosofía y en particular a Kant. Este último, tratando de la sensibilidad de nuestras intuiciones, aborda la forma en que somos afectados por los objetos y dice que el espacio y el tiempo son formas puras, a priori, de la sensibilidad. El tiempo es concebido entonces como a priori, dicho de otro modo, el no deriva de una experiencia, sino que la condiciona. La tesis según la cual el principio de placer funciona como un operador que regla, incluso si es de forma automática, la circulación de los procesos psíquicos, implica que el tiempo no es una forma necesaria de nuestro pensamiento, como lo pensaba Kant, y permite a Freud concluir sobre la intemporalidad de procesos psíquicos inconscientes (2). Freud retoma el debate con la filosofía cuando el indica: «se constata también con estupefacción que el (el ello) constituye la excepción a la tesis de los filósofos según la cual el espacio y el tiempo son formas necesarias de nuestros actos psíquicos» (3). Es por lo cual, Freud ha podido formular que nuestra representación del tiempo- ligada a la conciencia- es abstracta, imaginaria diríamos nosotros con Lacan. En efecto, eso que no es abstracto en el psicoanálisis y en el lado opuesto de la filosofía es lo que no hay ordenamiento temporal de los fenómenos psíquicos y que el tiempo no los modifica en nada. Esto se traduce en un hecho clínico remarcable, subrayado por Freud: las representaciones reprimidas se comportan después de décadas como si ellas vinieran de producirse. Una primera conclusión se impone y permite de responder a la eterna pregunta de los analizantes: «acaso lo que ha cambiado para mí desde el inicio de mi análisis no es solamente un efecto del tiempo?». Se podría deducir que la respuesta de Freud sería neta: «no, querido señor, no hay curación espontánea de una neurosis ». Esto reposa sobre una proposición explícita en su texto sobre « lo inconsciente », donde él caracteriza el proceso primario, que regula el funcionamiento del inconsciente, por la ausencia de contradicción y por la intemporalidad (4).

El tiempo no ordena los fenómenos inconscientes y el paso del tiempo no los modifica.

Y esto debe completarse con la formulación freudiana mucho más tardía y explícita sobre «la inalterabilidad de lo reprimido que permanece insensible al tiempo» (5). Sin embargo, la cuestión que trata sobre el factor tiempo y su incidencia a la vez en las manifestaciones sintomáticas y el proceso de la cura, es incontrolable antes y durante el análisis.

De hecho, podemos anotar una primera consecuencia para la dirección de la cura. Se trata, siguiendo a Freud, de despojar la representación de su investidura de energía de tal forma que ella sea reconocida como perteneciente al pasado, a tal punto, que él afirma: «Sobre esto reposa en una buena parte el efecto terapéutico del tratamiento analítico» (6). Sin embargo aquí Freud concluye que es el sistema de percepción, a través de las huellas de la experiencia, lo cual aporta al yo, introduciendo un plazo de trabajo al pensamiento, el origen de la representación del tiempo. Ciertamente, el yo es determinante en la relación del sujeto al tiempo pero la proposición de Freud es que el yo es más bien servidor que amo, más exactamente, servidor de tres amos: la realidad exterior, el superyo y el ello. Dicho de otra forma, el yo no elimina su proposición que dice que es el inconsciente que está en el origen del tiempo del sujeto. Es visible cuando Freud, en su nota sobre la pizarra mágica, compara esta última al funcionamiento del aparato psíquico, y él avanza la hipótesis que el inconsciente ejerce su efecto sobre el sistema preconciente-conciente de forma discontinua. De forma análoga a la pizarra mágica en donde la interrupción de la inscripción proviene del exterior, hay un funcionamiento periódico del aparato psíquico como efecto de una excitabilidad periódica del sistema perceptivo por el inconsciente. Freud concluye de la manera siguiente: «yo suponía también, que ese modo de trabajo discontinuo del sistema PC \_ Cs. está en el fundamento de la aparición de la representación del tiempo» (7). Dos perspectivas se despejan en Freud. De un lado, el tiempo está ligado al modo de trabajo del sistema de percepción que transmite al yo la representación del tiempo. En ese sentido, el tiempo del sujeto siempre está ligado al tiempo del otro. De otro lado, el inconsciente participa por sus efectos a la referencia temporal del sujeto por el retorno periódico de los restos mnésicos.

Podemos notar que esas dos perspectivas encuentran como punto carismático la concepción freudiana del fantasma, a la vez como interpretación del deseo del Otro, pero también introduciendo una fijeza en la relación del sujeto al mundo que el tiempo, incluso aquel del reloj biológico, no gasta. Así que contra el discurso corriente que dice al sujeto «tu tienes la edad de tus arterias», el sujeto permanece insensible, él tiene la edad de su fantasma.

Al lado del tiempo ligado al sistema de percepción y del tiempo ligado al retorno de las representaciones inconscientes, habría una tercera perspectiva freudiana ligada al tiempo que se deduce de su teoría de la angustia como señal. A la omisión de la angustia en el evento traumático (8). Hecho durante su emergencia como preparación, espera, tentativa de mediación frente al peligro, que el sea pulsional, es decir, de lado del sujeto, o ligado al deseo del Otro. La angustia puede así introducir al sujeto en el tiempo que no es más indeterminado.

Una pregunta central queda después de la obra de Freud ¿cual sería la incidencia de una práctica a nivel del tiempo del sujeto que no ejerza su efecto justo a nivel del trabajo de su representación consciente?, ya que, es a condición de articular el tiempo y el inconsciente que una práctica puede ser analítica. Dicho de otra manera, eso equivale a exigir como mínimo que esta práctica pueda dar cuenta de las condiciones de detención de la repetición.

### **El tiempo y el síntoma:**

El discurso analítico pone en evidencia el carácter sintomático de la relación del sujeto al tiempo y de las variantes en función de las estructuras permitiendo de aislar de esta manera las soluciones que integren la dimensión del tiempo.

A la incertidumbre propia del inconsciente en cuanto al tiempo, el obsesivo añade una pasión, aquella del desconocimiento sistemático o como dice Freud «aversión frente a la precisión del tiempo» (9), que se traduce por el efecto de procrastinación. Lo que se vuelve característico es una oscilación en la temporalidad entre la suspensión y la impulsión. Dicho de otra forma, el obsesivo trata de borrar los signos del tiempo que le vienen del Otro, o que insidiosamente marcan su cuerpo, ya que su reloj está puesto a la hora de la muerte del Otro. Salvo que el ciclo pulsional tiene de seguida función de despertador, lo que se traduce por la compulsión en la acción. Lo que la clínica del obsesivo demuestra, es la incompatibilidad entre la asunción de un deseo - para lo cual el se encuentra impotente - y ser el amo del tiempo, que es a lo cual el se consagra. Al punto que Lacan ha podido hacer de la subjetivación de la muerte una de las condiciones para fijar la finalidad de un análisis. Entre más el sujeto cree en su finitud, más él será confrontado a la opción radical de seguir su deseo y además él podrá asumir la relación al acto.

Remarquemos desde ahora que la incertidumbre introducida por el inconsciente en cuanto a la temporalidad no encuentra su resolución en el desciframiento inconsciente, a pesar de que él es una condición necesaria. Se trata mas bien de producir el giro por el cual el sujeto pasa a la certeza del acto.

La clínica de sujetos histéricos lo demuestra de otra manera. Freud lo ha percibido muy temprano: «Ellos sufren de reminiscencias». Ellos resisten al tiempo por la «potencia del pasado» es por ello que Lacan ha podido recordar que para Freud no se trata de memoria biológica «sino de rememoración» (10). La teoría freudiana de la fijación se verifica en el caso de la histérica por el amor al padre muerto. Ella no se comporta como el obsesivo que hace como si la muerte no existiera, mas bien, ella se protege del deseo en sentido genitivo\_objetivo, por la elección de la pareja muerta. Por lo tanto, no es la nostalgia del tiempo pasado que condiciona su posición sino el rechazo de prepararse a ser, a la hora de la verdad, para un hombre.

En cuanto al sujeto psicótico, si varias posibilidades dan cuenta de la relación al tiempo, ellas nos devuelven todas a la relación del sujeto al fantasma.

El melancólico está fuera del tiempo. El está a la hora del proceso que se desarrolla en él, donde él es el objeto de la acusación y que rechaza toda verificación. Pero el está a la hora de su fantasma: desde que el delirio de indignación se detiene, el tiempo se comprime y el sujeto se convierte en el tiempo del objeto. Si el sujeto se reduce a su identificación al objeto, es la fulgurancia del pasaje al acto, que está asegurada. La eternización del debate alrededor de su indignidad y donde él se hace el objeto se reversa en una precipitación que lo hace salir de la escena.

De manera general, el fantasma no asegura su función de mediación en la psicosis, es lo que Lacan demuestra en el hombre de los lobos al punto de postular que hay en ese caso una anulación del tiempo para comprender. Se trata de un puro fantasma donde el instante de ver se colapsa con el momento de concluir. Esto para mostrar la imposible subjetivación de la escena traumática y su correlato: toda una vida destinada a contarle al mundo su experiencia con el psicoanálisis. Se confirma aquí el carácter crucial del tiempo para comprender que es requerido para la elaboración y acceder a una conclusión. A falta del tiempo de elaboración, le queda al sujeto el recurso a un deseo donde el resorte no es la falta en ser, sino que es sostenido por el yo. Es una forma clínica que ilustra la fórmula de Lacan: el

«yo es la metonimia del deseo» (11). La ausencia de almohadillado se traduce por un tiempo sin límites y el deseo se reduce a su expresión narcisista.

### **El inconsciente historia**

Es en efecto la tesis que Lacan formula en «Función y campo de la palabra y el lenguaje», en relación al procedimiento que hace suplencia al déficit de referencia del tiempo: «la palabra plena reordena las contingencias pasadas dándoles el sentido de las necesidades por venir» (12). Una concepción del tiempo ya está presente aquí, ella se articula en relación a la dialéctica y hace de la finalidad del análisis el advenimiento de una palabra verdadera, el sujeto realizando así su historia en una relación al futuro. Esta proposición que concierne el tiempo desvaloriza la exactitud de los hechos biográficos y del tiempo para privilegiar los cambios históricos, a partir de «perfeccionar la historización actual de los hechos» (13). El inconsciente es un hecho de historia y el análisis va a privilegiar la verdad y el tiempo intersubjetivo como estructura de la acción humana. El tiempo en efecto, interviene en la solución del deseo para un sujeto, y no se desconecta de la relación al Otro. Basta con atrapar eso que es un tiempo sin Otro, como la experiencia del esquizofrénico lo muestra. La cadena significante rota se traduce por la infinitud de secuencias comenzadas sin que nada venga a puntear para dar un punto de conclusión, ni siquiera provisorio. La experiencia analítica pone en evidencia la imposibilidad de regular el tiempo. Todo está a recomenzar sin que nada se deposite.

El paranoico al contrario muestra una solución que implica el tiempo pero que también exige el acomodo al Otro. Es lo que la fórmula de Lacan a propósito de Schreber demuestra: «Sin duda la adivinación del inconsciente ha tempranamente advertido al sujeto que, a falta de poder ser el falo que falta a la madre le queda la solución de ser la mujer que le falta a los hombres» y un poco más lejos: «esta solución, por lo tanto, era entonces prematura ».

Los efectos de esta solución que interviene demasiado temprano son el resorte de todas las manifestaciones psicóticas en este caso: paso al acto, emergencia alucinatoria e ideas de persecución.

Entonces, una pregunta crucial para la experiencia analítica se impone para todo sujeto que ha entrado en el dispositivo, cualquiera que sea su estructura, la pregunta de saber lo que sería una solución que no sea prematura.

Para Schreber, caso «princeps» de paranoia, Lacan postula: «el aplazamiento indefinido de la realización de su fin». La «solución prematura » de su fantasma debe acomodarse a otro tiempo que incluye el mas allá del mundo en el cual la promesa es aplazada. Ha habido para ese sujeto una inversión de la situación que es la causa de la salida. Entre una solución sintomática y una solución de satisfacción, «el sujeto estaba muerto».

De manera mas general, y en todas las estructuras, la pregunta que se impone es como se integra la dimensión del tiempo en la solución que es propuesta por la transferencia en el psicoanálisis.

### **El tiempo bajo transferencia:**

La cuestión del tiempo está en el centro de los interrogantes del analizante. Se refieren a la duración de la sesión, de la cura, sobre la persistencia de un síntoma. Notemos sin embargo las diferencias, ellas dependen de la estructura pero también de lo que una época vehicula como discurso. En efecto, en el reino del hombre siempre apresurado, signo de nuestro tiempo, el psicoanálisis que no cesa de pedir tiempo, está él, en contrasentido de su época? hay en efecto una exigencia analítica que concierne el tiempo, ella tiene una incidencia sobre la duración de la cura y ha encontrado su justificación en una fórmula explícita de Lacan: «lo que se necesita de tiempo para dejar huella de lo que ha desfallecido en demostrarse» (14)

Se puede, entonces, entender en relación a qué problema, ha habido en Schreber, una «solución prematura». Lo que ha desfallecido a demostrarse, que es trans\_\_ estructural , concierne el ser de goce del sujeto. El fantasma obtura esta deficiencia a menos que su vacilación exija un remodelamiento.

Por lo tanto, no se trata de un tiempo cronológico indispensable para dejar huella, allí donde ha habido deficiencia. Es por esto que Lacan se apoyo sobre un tiempo lógico en el cual se trata de determinar el resorte de su funcionamiento y las condiciones de su cumplimiento.

La cuestión del tiempo en la transferencia esta determinada por otra pregunta: ¿hay acceso a una certitud por medio de las formaciones del inconsciente? Yo creo que Lacan lo ha creído durante un cierto tiempo, al punto de apoyarse en una concepción del tiempo que articula la solución del deseo al lazo intersubjetivo.

Si Lacan se sirve del sofisma de los tres prisioneros en 1946, que él retoma en «Funcion y campo de la palabra y el lenguaje», es para mostrar como la acción

humana se ordena de la acción del otro, y la salida a la vacilación pasa por las escansiones que permiten el advenimiento de la certitud. La escansión como sanción tiene un efecto inductor, el de un sentido por venir. Se deduce que la escansión tiene un efecto de decisión. Así la marca del tiempo, en la cura analítica está conectada a la interpretación.

Es la razón por la cual ese texto, capital sobre la distinción entre palabra plena y vacía, lo es también en cuanto a la concepción que el analista se hace del tiempo y su incidencia, sobre todo sobre la duración de la sesión, tal como Lacan lo desarrolla en la parte III «las resonancias de la interpretación y el tiempo del sujeto en la técnica psicoanalítica».

Mientras que es bastante frecuente de sostener que él ha usado la sesión corta en el análisis en los últimos años de su práctica, él enuncia desde ya en este texto que la duración de la sesión es un «aspecto particularmente ardiente en nuestra actualidad» (15).

### **La sesión corta:**

Es interesante de percibir que la cuestión de la duración de la sesión ya está presente en esta época y bajo una forma que contradice la afirmación frecuentemente repetida y que deduce de la enseñanza de Lacan, el tiempo variable de la sesión. Cuando Lacan examina la duración de la sesión, él comienza primero que todo con las incidencias sobre el analista. La cuestión es en efecto la del estándar de la duración de la sesión y sus efectos sobre la función del analista, sobre el grupo analítico y sobre el analizante.

Hay que convenir en que el orden elegido por Lacan en lo que concierne a la presentación de las incidencias parece extraño, mientras que uno podría esperar que Lacan trate los efectos del tiempo para el analizante, al abordar en primer grado la incidencia del tiempo en conexión con la función del analista, él pone esta cuestión en lazo directo con aquella del deseo del analista.

La fijación de la duración en un estándar, aleatorio hay que añadir, anula el deseo del analista en provecho de la reglamentación, más cercana del código del trabajo que de las condiciones del discurso analítico.

Dicho de otra manera, mientras que la finalidad sería de producir el máxi-



mo de objetividad posible, es en primer lugar el deseo del analista que padece con el estándar. En segundo lugar, evocando la subjetividad del grupo, se puede deducir que la uniformidad de la duración de la sesión se traduce en confort del grupo eliminando la posible tensión que pueden engendrar prácticas muy diferentes en el seno del mismo.

Finalmente, en lo que concierne a los efectos sobre el analizante, la cuestión es ¿cómo se mide el tiempo del inconsciente?

El debate es de actualidad y se refiere al hecho que si el inconsciente pide tiempo para revelarse, entonces, podríamos concluir, la duración de la sesión debería ser variable. Ciertos analistas añaden a este argumento el del recurso a la duración variable de la sesión como la única práctica anti estandar. El argumento encuentra su justificación y apunta en el fondo a contener el fundamento de otra práctica de la sesión, aquella de corta duración. Subrayemos lo que eso quiere decir: práctica de la cura con sesiones sistemáticamente cortas y aparece la crítica: se trata también de una estandarización.

Más radicalmente, la cuestión es de saber si el tiempo variable de la sesión o la sesión corta corresponden a dos variantes técnicas y mostrar cual sería el fundamento teórico que sostiene la una o la otra.

Me parece claro que la concepción de Lacan en «función y campo de la palabra y el lenguaje», construye una teoría del tiempo de la sesión, coherente con su teoría del inconsciente.

Antes que nada, su demostración se apoya en la experiencia del sujeto obsesional y el uso que el puede hacer del cálculo del término al ser vivo de evitar la sorpresa. Dicho de otra manera, el obsesivo se serviría del dispositivo para . . . . . no analizarse y la duración de la sesión puede convertirse en un aliado suyo en su resistencia al inconsciente. Queda como solución para el analista la suspensión de la sesión como puntuación del discurso. Notemos que aquí el procedimiento anti estandar tiene como fin de evitar la ritualización de estos sujetos. Pero aún, la puntuación de la sesión no tiene como única finalidad de hacer resonar las formaciones del inconsciente, sino también de introducir al sujeto en una experiencia dialéctica.

Frente a la aspiración del obsesivo que consiste a sostener la uniformidad de

los enunciados con el fin de evitar las consecuencias sobre el deseo, la puntuación, en el sentido en que hacemos de la puntuación sobre un texto, introduce un procedimiento que extrae al sujeto de su formateado amorfo. La puntuación, eje de la interpretación en esa época, es un medio privilegiado de introducir una marca y al sujeto en el tiempo.

La puntuación comprende, en ese sentido, tres perspectivas :ella es una escansión que introduce al sujeto en una dialéctica y promueve progresos en el discurso.

Ella apunta a hacer emerger una palabra plena.

Ella tiene efectos sobre la duración de la sesión.

Sobre esta tercera perspectiva, Lacan es explícito. El está convencido «que al experimentar en un momento, venido a su conclusión»(16) de la eficacia de la sesión corta, el saca las consecuencias. Entonces, no se trata de una hipótesis sometida a la confirmación ni de una remarca puntual. De hecho, en una nota de pié de página hecha diez años más tarde, él asume mas radicalmente su convicción: «Piedra de repudio o piedra de ángulo, nuestro fuerte es de no haber cedido sobre este punto »(17). A pesar de que la sesión corta concierne el ejemplo de un sujeto obsesivo, la importancia del ejemplo citado proviene de su finalidad: poner al día un fantasma en un plazo «o de otra manera nosotros estaríamos aún escuchando sus especulaciones sobre el arte de Dostoiewski (18).

A partir de ello se puede deducir la aplicación de un procedimiento indisociable de la concepcion del acto que Lacan avanza mucho mas tarde. Si Lacan no afirma aquí, la duración de la sesión variable, me parece que es a causa de una razón: el analista, mas bien que de esperar la revelacion del inconsciente, provoca, extrae incluso, a la manera de un forceps, eso que aún no está aquí.

Es, de hecho, lo que le permite de afirmar la afinidad entre la sesión corta y la técnica Zen.

Ya estamos en otra dimensión que aquella de ir a buscar las excavaciones en el inconsciente tal como se deduce de un Freud arqueólogo del espíritu. No se trata tampoco de convocar las líneas de eficiencia en el inconsciente, a lo que Lacan, ha apuntado con la ayuda de la lingüística. La problemática nueva a la cual la sesión corta participa, es anunciada así por Lacan: «si ella rompe el discurso, es para parir la palabra». Ciertamente, Lacan cree aún que una palabra auténtica puede coincidir con la verdad del sujeto. Sin embargo, no hay que dejar de lado que él formula

aquí lo que será un punto crucial de su enseñanza: lo real del sujeto no se atrapa más que por medio de la aversión del sentido.

Cómo no deducir que una práctica del tiempo, que no se detiene a acoger los sueños y los lapsus sino mas bien a hacer emerger el fantasma, no es posible que si ella no es la búsqueda del sentido, apuntaría mas bien, al fuera de sentido? Contrariamente a lo que a veces se dice o se hace, Lacan no sostiene únicamente la sesión corta como técnica ocasional, reservada a una sesión determinada o como procedimiento ligado al tiempo del fin del analisis.

Además, ¿no habría que encontrar, en el ejemplo citado, una proposición de Lacan a propósito de la sesión corta que sería al mismo tiempo una proposición sobre el fantasma?

La distinción que se ha vuelto clásica entre el síntoma que se interpreta y el fantasma que se construye, coloca, en efecto, la pregunta sobre la maniobra del analista en relación al fantasma. El manejo del tiempo de la sesión, como Lacan lo muestra en el ejemplo evocado, se presenta como crucial.

### **La separación y el momento oportuno:**

Subrayemos finalmente otra dimensión que Lacan pone en relieve desde 1953, a saber la relación del tiempo y la alienación. Se podría pensar que el dispositivo analítico es inductor de alienación. Ciertamente, el número de sesiones, la duración en años, la concentración libidinal en el procedimiento, participan a esta dimensión. Remarquemos sin embargo que la consideración se vuelve parcial, de hecho falsa, ya que la separación del Otro, condición para que un análisis llegue a su término, exige de entrada la alienación.

Es necesario aquí, volver a la «solución prematura» a propósito del caso de retoma del análisis después de una interrupción, del hecho que el analizante había accedido a una cura al menos transitoria. Está lejos de ser algo raro. Así, el ejemplo de este analizante para el cual el análisis ha producido un alivio terapéutico cierto, según sus propias palabras, al punto de considerar con satisfacción que el momento de terminar su análisis había llegado. Salvo que una nueva coyuntura lo confronta a un nuevo momento fecundo de su neurosis. Lo que él había descuidado era el estatuto del fantasma, eso sobre lo cual el análisis debe estar advertido.

Este analizante no contaba con que el fantasma deje en suspenso y produzca como retorno sintomático exigiendo un retorno a la alienación significante en la transferencia. El caso no es raro. La solución analítica exige en efecto que la separación intervenga en el momento oportuno. Y yo creo que ese momento está sobre todo ligado a la relación del sujeto a su fantasma.

Digámoslo de otra manera, «lo que se necesita de tiempo para dejar huella», siguiendo la fórmula evocada más arriba, es el tiempo necesario para producir una separación como efecto conclusivo de la alienación. Si no, el riesgo es la alternancia alienación-separación y regreso a la alienación.

Es lo que a veces el análisis produce o más exactamente ciertos análisis.

Sin embargo, si la alienación al significante que la cura analítica promueve, es indispensable, se presenta la pregunta sobre la alienación a la persona del analista, lo cual no es la misma cosa.

En efecto, Lacan hace valer un efecto benéfico de la sesión corta en el sentido en que ella «no presenta ningún peligro de alienación del sujeto» (19). La razón se encuentra en el avance más tardío de la enseñanza de Lacan, el del analista como objeto.

En efecto, cuando Lacan propone que «la transferencia es una relación esencialmente ligada al tiempo y a su manejo», es para indicar como el motor de la operación analítica es el deseo del analista y entonces la cuestión del tiempo está ligada a la cuestión del manejo de la agalma. La sesión corta, técnica que va contra la alienación de la persona del analista trabaja para mantener el agalma y hacer entonces emerger el objeto causa del deseo.... Del lado del analizante.

En ese texto, que es capital sobre la cuestión del tiempo, como lo veremos más lejos, Lacan retoma la problemática de la escansión para precisar eso a lo que ella apunta «esta pulsación del borde por donde debe surgir el ser que reside más acá» (20). Si el vuelve a la escansión ya no es para parir la palabra plena, sino el ser «mas acá», es decir más acá de la palabra, lo cual es una manera de formular en la época que el analista persigue el goce.

## **El tiempo para dejar huella:**

Me parece indispensable de articular la concepción del tiempo que Lacan produce en ese texto y la fórmula « lo que se necesita de tiempo para dejar huella de eso que ha desfallecido en demostrarse» ya citado. Siguiendo los términos de «posición del inconsciente» eso que no puede desfallecer a demostrarse, es la causa introducida en el sujeto «sin la cual no habría ningún sujeto en lo real» (21). Es lo que Lacan propone como la primordial pulsación temporal «que es el desvanecimiento constituyente de su identificación » (22)

Dicho de otra manera, es por el hecho de la falla de la identificación constitutiva del ser que se necesitará de tiempo en la cura para que el sujeto inscriba su ser.

La elaboración de Lacan permite de atrapar una teoría lógica del tiempo y decisiva en este texto. Se vuelve patente por «la causación del sujeto» que sigue la operación de alienación y separación que exige dos tiempos, pero sobre todo por el interés que él dirige al latido del inconsciente a fin de cernir, no tanto su apertura sino mas bien, el modo de su cierre.

Es eso lo que constituye la llave del «núcleo de un tiempo reversible, necesario a introducir en toda eficacia del discurso» (23). El valor esencial de esta aproximación reside en la perspectiva nueva que Lacan abre a partir del *nachtraglich* (a posteriori) freudiano que «muestra una estructura temporal de un orden mas elevado »; ¿Que es lo que esto quiere decir? Se trata menos de un efecto de sentido producido en el a posteriori, que de atrapar la forma como «el trauma se implica en el síntoma». De nuevo, la finalidad del psicoanálisis es recordada, no se trata de producir sentido sino más bien de volver al trauma, otra forma de decir «eso que ha fallado, a demostrarse de entrada ».

Yo retomo mis proposiciones para indicar mejor lo que está en juego. Yo avanzo la hipótesis que la concepción del análisis sobre la duración de la sesión: larga estandarizada, variable o corta, depende de la idea implícita que él tiene del inconsciente.

Mientras que el estándar amortigua los efectos del inconsciente hasta hacerlo desaparecer del horizonte analítico, el tiempo variable supone el inconsciente estructurado como un lenguaje.

¿No podríamos decir, en cuanto a la sesión corta, que ella encuentra su razón en una concepción del inconsciente como real? Tres opciones diferentes podrían así desprenderse. El estándar relativizando el inconsciente hace del setting la palanca de la cura. La sesión de duración variable encuentra su motor en la escucha analítica al punto de, a veces, sacralizarla.

Es lo que Lacan había denunciado en relación con esos que hacían prevalecer «una buena oreja».

La sesión corta encontraría su punto de anclaje en un objetivo de la cura que la subordina a la reducción del inconsciente a producir la letra.

### **La prisa y la letra:**

Existe una problemática particularmente puesta en evidencia a partir del seminario «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis», en donde de un lado Lacan propone que el deseo es limitado, su relación fija, y de otro lado el subraya el aspecto evanescente de la captura del inconsciente. En efecto, ¿que es lo que permite, siguiendo sus términos que el «deseo, él, encuentre su cerco» (24)? Es lo que justifica la retoma por Lacan de otro modo de tiempo que aquel de la duración, el tiempo lógico. La formulación es precisa: «el inconsciente es evasivo\_ pero logramos atraparlo en una estructura, una estructura temporal, sobre la cual podemos decir que ella nunca ha sido, hasta aquí, articulada como tal». A falta de una certeza conclusiva por el significante, le queda al análisis la posibilidad de atrapar el deseo inconsciente. Me parece que eso que se prepara es una concepción del tiempo del análisis menos ligada a la intersubjetividad que a la incidencia del objeto (a). Eso se vuelve explícito con la función de la prisa, «ya es ese pequeño a que la tetisa » (25).

La prisa donde el soporte es el objeto (a) se articula en el momento de concluir. Desde luego, hay que distinguirla de la precipitación, la cual es una conclusión que no sigue el tiempo de comprender. La precipitación releva del acting-out o del paso al acto, la prisa está articulada al acto.

Subrayemos sin embargo, una desviación posible de la prisa en una perspectiva imaginaria que Lacan señala como «el efecto de engaño del cual ella puede hacerse cómplice» (26). ES en efecto, solamente una forma precisa de la prisa que

hay que retener: « ella ( la función de la prisa) no es correcta mas que al producir ese tiempo: el momento de concluir » (27).

Esta forma de anudar tiempo y acto, ha(c)\*te, podríamos decir, es a concebir en una doble dimensión, el acto del analista introduciendo la función de la prisa para producir la certeza conclusiva, pero también el analizante produciendo su conclusión de salida en la prisa.

Recapitulemos: el tiempo de las deducciones y el de la conclusión para el analizante no se confunden con el tiempo que se necesita para que la asociación libre pueda desplegarse. El tiempo para comprender no coincide con un tiempo cronológico. Y el momento de concluir no se sostiene únicamente de una ganancia de saber, aún, se necesita que cambie la relación del sujeto al fantasma y que eso se traduzca en efecto sobre la pulsión. Es por lo cual que se puede proponer que no es el saber sobre el inconsciente la palanca que permite de concluir, sino mas bién que la conclusión depende de la relación del sujeto a lo no sabido del inconsciente. Hay un decir como resto de los dichos del analizante que guía la conclusión. Es por lo cual que un tiempo de más es requerido, además del necesario para que los dichos del analizante liberen las significaciones inconscientes. Ese tiempo de más, Lacan lo ha formulado de otra manera en relación con el sujeto supuesto saber. Ya que se necesita de tiempo para su caída, pero aún a sí, eso no basta. Hay un mas allá, el tiempo de un duelo, duelo del objeto (a), como Lacan lo formula y que asegura la función de causa de deseo despues de la caída de la suposición de saber. El análisis introduce al sujeto en el tiempo de la urgencia que no está ligada a lo imaginario del tiempo del otro, lo cual es lo propio del hombre apresurado. El análisis no implica tampoco la orientación del tiempo por la cita que fija el fantasma, pero el introduce otra forma de relación al tiempo. Se trata de un tiempo subordinado a la letra del inconsciente que asume el comando y orienta las coordenadas del deseo en función del ser de goce. La letra es así, la inscripción de eso que hace falta a demostrarse de entrada en la estructura.

Pero remarquemos que ese cambio de perspectiva que concierne el sofisma de los tres prisioneros introduciendo una temporalidad ligada al objeto ya está

\*juego de palabras en frances del autor entre hate ( prisa) y acte (acto).

Nota del traductor.

presente en el seminario «la angustia». En efecto, si el deseo del Otro está en el origen del afecto de angustia, es en la medida en que él toma al sujeto como objeto causa de ese deseo, es lo que Lacan designa como una «relación temporal de antecendencia»; El interés de esta formulación está en la equivalencia que Lacan produce entre la temporalidad engendrada por la angustia y la temporalidad del análisis lo cual es patente en lo que sigue: «Esta dimensión temporal es la angustia, esta dimensión temporal es esa del análisis»(28).

En efecto, el análisis introduce la dimensión del tiempo y de entrada bajo la forma de la angustia. Hay allí un índice de la manifestación del objeto (a). La cuestión crucial es que Lacan hace depender la eficacia del analisis a la introducción del sujeto en la temporalidad. Esta inmersión en el tiempo es frecuentemente solidaria de la inmersión en la angustia. Es un hecho clínico mayor que una vez que el análisis comienza, el sujeto siente frecuentemente el afecto de angustia y de una manera desconocida para él. Es lo que justifica la expresión de Lacan: «el tiempo de la angustia no está ausente de la constitución del deseo» (29).

El tiempo de la angustia no es por lo tanto un tiempo que se mida, no es la angustia que dura, es un tiempo lógico. El es lógico en la estructuración del deseo del sujeto. El es también lógico en la cura en el sentido que él es lógicamente anterior al deseo.

Para concluir, el análisis introduce el sujeto a otra relación al tiempo que no será mas condicionada por la fijeza traumática que el fantasma mantiene sino por la prisa que no proviene de un pensar el tiempo sino de una necesidad logica.

**Luis Izcovich**



## **BIBLIOGRAFÍA**

FREUD S., "Formulaciones sobre los dos principios del suceder psíquico", volumen XII, Amorrortu

FREUD S., "Mas allá del principio del placer ", volumen XVIII, Amorrortu.

FREUD S., "La descomposición de la personalidad psíquica", Nuevas conferencias, volumen XXII, Amorrortu.

FREUD S., "Lo inconciente", en : Metapsicología, volumen XIV, Amorrortu.

FREUD S., "La descomposición de la personalidad psíquica", Op. Cit.

Ibid.

FREUD S., "Notas sobre Bloc Mágico", volumen IXX, Amorrortu.

FREUD S., "Mas allá del principio del placer", Op ; Cit.

FREUD S., "El hombre de las ratas" volumen X, Amorrortu.

LACAN J., "Función y campo de la palabra y del lenguaje", Escritos 1, siglo XXI

LACAN J., "La dirección de la cura y los principios de su poder", Escritos 2, siglo XXI.

LACAN J., "Función y campo de la palabra y del lenguaje", Escritos 1, Op. Cit. p

Ibid. p. 261.

LACAN J., "Radiofonía y televisión", Editorial Argentina.

LACAN J., "Función y campo de la palabra y del lenguaje", Op. Cit.

138

Ibid., p. 315.

Ibid.

Ibid.

Ibid. p. 316.

LACAN J., "Posición del inconsciente", Escritos 1, siglo XXI.

Ibid. p. 835.

Ibid.

Ibid. p. 838.

LACAN J., "Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis", siglo XXI.

LACAN J., Seminario XX "Aún". Editorial Paidós.

LACAN J., "Radiofonía y televisión" Op. Cit.

Ibid.

LACAN J., Seminario XX "La Angustia". Editorial Paidós.

Ibid., p. 204.

## EL TIEMPO QUE HACE FALTA<sup>1</sup>

EPFCL-Francia

Freud lo anunció: el inconsciente no conoce el tiempo. Sin embargo es evidente, en el psicoanálisis «hace falta el tiempo»<sup>2</sup>. Este contraste debería invitar a volver a trabajar inclusive el concepto de inconsciente, como Lacan mismo lo hizo hasta el final, y especialmente al final. No obstante la elaboración del inconsciente bajo transferencia en un análisis no estaría disociada del tiempo. Parto de allí.

Este tiempo necesario parece generalmente muy largo, demasiado largo. Impaciencia natural? Extraño, porque ésta también estuvo desde el comienzo, cuando la duración de las curas no se contaba aun en años. Con cuanta inquietud aprehensiva<sup>3</sup> Freud no tomaba la decisión de anunciar a sus primeros pacientes el sacrificio necesario de varios meses de análisis! La pregunta no es de hoy: por qué hace falta tanto tiempo? Mucho mas de lo que uno quisiera., eso es cierto. Mucho más de lo que uno necesita para contar su pequeña historia, o aun para descifrar el síntoma y, generalmente, mucho más. ¿Por qué este tiempo de más?

Para que el proceso de un análisis se constituya en secuencia finita, se requieren muchos modos de temporalidad. Hay el tiempo propio de la asociación libre, de los pensamientos que se meten en serie; luego el «tiempo lógico», que es otra cosa, a saber, el tiempo que hace falta para producir una conclusión a partir de lo que no es sabido. Y aun se plantea la pregunta de saber si este tiempo lógico agota el tiempo real de la secuencia analítica, porque también hay el tiempo de inercias de transferencia, no todo regido por la lógica.

<sup>1</sup> Otra traducción posible de este título sería « El tiempo que se necesita ».

<sup>2</sup> En la traducción de Radiofonía realizada por Oscar Massota en 1970 editorial Anagrama, aparece «es necesario el tiempo».

<sup>3</sup> Ajouter le symbole barré sur l'A (ma machine ne l'a pas).

## El tiempo de la asociación libre

La temporalidad propia de la asociación libre es la de una serie más que la de una secuencia en la medida en que, por definición, la palabra analizante se presenta como un rosario de enunciados que meten los dichos en serie. Serie virtualmente tan infinita como la serie de números enteros, aun cuando ésta solo dura un tiempo; un enunciado de más siempre puede ser expresado. La fórmula inversa es frecuentemente también aceptable: siempre falta aun un enunciado. Es cierto que el analizante tiene con frecuencia el sentimiento que él dice siempre la misma cosa, pero que él se repita, no objeto a esta estructura de serie al término inaccesible. Siguiendo ciertas indicaciones de Lacan, lo podemos escribir de la siguiente manera, simbolizando los enunciados por los unos:  $(1,1,1 \dots (-1))$ , o también, reduciendo la serie de enunciados a un solo elemento:  $(1 \dots (-1))$ . El problema de la conclusión del análisis es precisamente saber si uno pasa, y cómo, de la serie asociativa potencialmente interminable a una secuencia finita, - distinta entonces de una serie simplemente detenida – dicho de otra manera, de una estructura de sucesión que no incluye su término a una estructura de sucesión produciendo el término que la cierra.

La asociación libre como serie tiene la misma estructura que la serie de los números enteros, salvo que ésta última está absolutamente determinada por la ley del sucesor. Ninguna ley preside a la producción de enunciados asociados del analizante, ésta es la regla, pero a pesar de su nombre, la serie asociativa, se sabe, no es sin embargo libre. Su artificio que invita al analizante a decirlo todo, pero también a decir cualquier pensamiento que le venga, revela a quien lo hace una limitación asociativa, mediante la cual él experimenta la imposibilidad de decir cualquier cosa. El discurso pulverulento no es accesible sino al sujeto fuera de discurso. El solo entra como amo «en la ciudad del discurso», mientras que el neurótico se instala como esclavo, sujetado como está a la cadena a la que interroga precisamente la causa.

Esta serie, infinita y parcialmente determinada, no es cualquiera: ella desarrolla la significación del sujeto supuesto saber. Es decir que tiene un punto de entrada preciso, que podemos identificar al menos-uno escrito, arriba, al término de la serie. Es el sujeto mismo, referente inaccesible al significante, que no puede hacer mejor que representarlo y equivalente al conjunto vacío. Es él que se afirma en la entrada de la serie asociativa, bajo la forma clínica muy

simple, que Lacan designó al inicio como la pregunta del sujeto, y que reconocemos cada vez que evocamos la necesaria histerización de la entrada. Esta pregunta, que interroga el síntoma con un «qué quiere decir eso? « o con un qué sucede?», sitúa el menos-uno al comienzo, como el cero antes que el uno. Esta pregunta convoca el conjunto de enunciados a producir en posición de saber prometido para develar el enigma, y condiciona la puesta en secuencia de la serie asociativa por la cual ésta se distingue de todos los tests dichos también de asociación libre. La serie en tanto que tal obedece en efecto al tiempo amorfo de la pura reiteración de una diferencia homogénea, mientras que la secuencia anima un tiempo no homogéneo, tenso entre anticipación y retroacción. La puesta en función de la significación del sujeto supuesto saber a la entrada de un psicoanálisis tiene entonces por efecto captar el sujeto analizante en la temporalidad secuencial de puntos de almohadillado, la cual le disimula al comienzo del *automaton* de la recurrencia del menos-uno.

La serie de enunciados del analizante es en efecto una serie de secuencias. Estos enunciados, se pueden escribir, como lo hice, cada uno como unos, pero hay unos de tipo diverso, Lacan lo señaló. El uno del significante puro, asemántico, que no hace pareja con ningún otro, se distingue de la unidad sintáctica que es la frase. Esta última es una cadena, simbolizable en reducción por dos significantes (S1 S2), y que produce ésta otra unidad que es la unidad semántica de significación. Así el sujeto que pronuncia, se me ocurre un ejemplo: ‘yo no me siento hijo de mi padre», produce la estructura mínima de secuencia que es un punto de almohadillado donde el yo intenta determinarse en un enlentecimiento significativo: S1 S2. La unidad semántica así producida puede simbolizarse con un «uno» que se puede combinar a su vez:

$$\begin{aligned}
 &(S1 \rightarrow S2) \\
 &\quad (1 \rightarrow S2') \\
 &\quad\quad (1 \rightarrow S2'') \\
 &\quad\quad\quad (1 \rightarrow \dots (-1))
 \end{aligned}$$

En consecuencia, la transferencia como dirigida al sujeto supuesto saber es «una relación esencialmente ligada al tiempo» y la experiencia analizante, ordenada por la retroacción de secuencias significantes, se anima entre una espera y una retrospectión de transferencia, que expresa en el mejor de los casos el modo gramatical del futuro anterior gracias al cual, al final, él o ella

habrá sido aquél que o aquélla que... Este tiempo genera afectos específicos que marcan con su estilo los dinamismos como las recaídas de la libido, la pasión del significante manifestándose como pasión del tiempo. La búsqueda analizante se vuelve esperanza, algunas veces exaltada, pero también temor, idea fija, hasta la renuncia anticipada. Estos matices que especifican cada caso tienen su importancia a la entrada del análisis. No es la misma cosa entrar más bien con la confianza de ganar que con el temor a descubrir, porque esos son índices de la posición del sujeto en el lugar del saber inconsciente que lo constituye. Los afectos de retrospectiva no faltan tampoco: nostalgia sin duda, pero más o menos matizada de lamentos, incluso de arrepentimientos. Necesariamente, la elaboración de transferencia oscila entre el entusiasmo de la expectativa, y el sentimiento de una impotencia recurrente para encontrar la última palabra. A esto se agregan, por supuesto, las «eureka» del hallazgo cuando una parte de la verdad se libra.

No obstante, este tiempo de la retroacción significativa no le pertenece solamente al analizante. Es un universal del ser hablante que de suceder en un presente inmediatamente obsoleto, las promesas del futuro no relevan los veredictos de lo sucedido sino al precio de sustraerse del presente. El resultado es que para cada uno, aun para las «vidas minúsculas», la vida se juzga desde el punto de vista de la muerte, punto de almohadillado supremo. Sustrayendo todas las promesas, éste hace prevalecer el futuro anterior de un juicio último que prescinde del dios de la revelación. Ahora bien, el psicoanálisis no apunta al universal del sujeto, más bien a la particularidad del posicionamiento de cada uno en esta estructura. No es entonces esta fenomenología universal que importa, más bien al contrario su singularidad. Es ésta la que permite, por el «manejo del tiempo», hacer trabajar la transferencia en la producción de la respuesta esperada. Los modos de hacerlo son variados, pero estos se reparten según los tipos clínicos porque el síntoma, en su consistencia pone al sujeto en el presente, e inclusive al presente perpetuo de «eso que no cesa» de sufrirse, a pesar del consentimiento y del displacer, y se puede constatar que cada tipo clínico acentúa una modalidad temporal específica, que viene como a deformar la estructura universal del tiempo de la cadena.

## El tiempo sintomático

Hay el modo obsesivo del tiempo secuencial. *Automaton* de compulsiones colocadas aparte, el sujeto se determina allí en la anticipación siempre actualizada del punto de retroacción último. En este sentido, su reloj se adelanta, contrariamente a lo que uno cree algunas veces. Uno lo cree por el hecho de su procrastinación frecuente, pero es un error que reposa sobre la confusión del sujeto y de la persona. Que el reloj del sujeto se adelante no resuelve el comportamiento que él exhibe: según los casos o según los momentos, éstas serán tanto las prórrogas de la sentencia como la puesta al presente por la precipitación del acto. Ni la una ni la otra impedirán que el sujeto, siempre ofrecido «a la mirada de la muerte», no se atrape en el tiempo pasado que vacía un poco más un presente ya universalmente evanescente. Por la operación de la anticipación, que consume los esponsales, se puede decir platónicos, del sujeto y de la muerte, es la espada del encuentro que es conjurada. Vean el Hombre de las ratas de Freud. Todo erigido bajo el ojo eterno, él se mantiene, en la realidad entre dos mujeres: la muchacha de la posada, sirvienta de la necesidad sexual, y la dama pobre de la elección imposible, con quien sostiene sus ensoñaciones y fantasmas. Pero el inconsciente ha suscitado la tercera, esta hija supuesta de Freud quien con «sus ojos de betumen», lo mira fijamente con la mirada de la muerte.

La histérica al contrario se inscribe en un «no todavía» que vive de la esperanza. El sujeto no está ahí a la hora de la muerte, él espera la hora de la verdad. Esta verdad «se rehúsa más a menudo que a su turno», y eso que ella dice cuando se encuentra con una parte que no le agrada, el sujeto lo espera... aun. Que él se escape como objeto de goce del Otro, o que él rechace, a nombre de lo real, el saber que anhela, el «hacer desear» a lo que se consagra hace de él el artesano de un suspenso prolongado. No es que él esté ya muerto, caso del obsesivo a quien su última hora anticipada no deja nada a esperar, sino que al contrario él espera nacer, deplorando no ser, no sin el Otro. Solo un vacío, que llama. Que llama siempre, porque a la hora de la verdad, si es ésta la verdad del Otro, el sujeto se eclipsa para evadir a su destitución. Cf. Sócrates y su dialéctica interrumpida, realmente. No es la nostalgia que prevalece allí, sino el sueño de los días siguientes, de otros lugares y del no todavía. Los lienzos enteros de la existencia del sujeto son algunas veces relegados, no en la amnesia, que es otra

cosa, sino en lo no-sucedido. – traumatismo dejado aparte, por supuesto. Se comprende que para este sujeto, la entrada en análisis, y el espacio de espera que ésta abre, le vaya como un guante. Es más bien el final, lo que éste implica de reducción a un veredicto definitivo, cualquiera que sea, lo que enluta al sujeto.

El fóbico se diferencia de esto en que él nunca pierde el norte: un reloj no le basta, tiene también su brújula que no falla, de allí que solo el significante de su fobia lo separa de la angustia. Este punto fijo del presente muy presente del encuentro con la angustia, del «abismo temporal» que anula, en un instante casi eterno, tanto el horizonte del futuro como los planes del pasado, hace punto de anclaje para sus evasiones y comanda la geometría de sus desplazamientos – de allí las metáforas espaciales que él sugiere. Su reloj está siempre a la hora, a la hora H de lo real. Su reloj tolera sin embargo, también, las conductas de tipo opuestas: inmovilidad y tiempo fijado del acecho, que se presta algunas veces a confusión con la petrificación obsesiva, o al contrario, tiempo proyectado del escape a otro lado, «adelante», como uno dice, que se presta sobre todo a confusión con la espera histérica.

La psicosis, ésta deshace la temporalidad secuencial por el hecho mismo que el significante está en lo real fuera de la cadena. Que ella ataque los encuadres temporales de la realidad se percibe además por otra parte a flor de los fenómenos. (Es esto lo que Biswanger y la corriente de la psiquiatría fenomenológica han tomado en cuenta.) Porque deshacer la atadura del significante y de la significación, deshace también por vía de consecuencia la temporalidad retroactiva de la cadena: alucinación verbal, fragmentación pulverulenta de la esquizofrenia, infinitud asintótica del hacer paranoico, serie de instantes yuxtapuestos en el desorden sin historia de la manía, presente eternizado de la melancolía, etc.

Esta variedad sintomática de la temporalidad universal del sujeto se concibe en la medida en que el síntoma inscribe eso que podemos llamar la relación del sujeto con lo real. El encuentro primero con la realidad sexual – traumatismo, dijo Freud – el síntoma lo inscribe. Haciendo esto, él la disimula y le pone distancia: «*proton pseudos*» según Freud, «*falsus*» según Lacan. Uno comprende que el «envoltorio formal» del síntoma, en tanto que edificio significativo, incluye fijando en la diacronía de la cadena que él superpone a la metáfora primera del goce. De allí, nada de sorprendente a que él libre su secreto en la temporalidad



de anticipación-retroacción de la cadena que allí se descifra, y que esta temporalidad lleve la marca de la defensa subjetiva con respecto de lo real. Es esto lo que se juega de un análisis.

Ha sido necesario no obstante constatar, que a pesar de las primeras esperanzas de Freud, la elucidación de un síntoma no siempre se confundía con su reabsorción, y que ésta última no equivalía jamás a la desaparición de todo síntoma. Ya sea que un síntoma descifrado se mantenga, caso del Hombre de los lobos, o que un síntoma curado deje otro en su lugar, caso del Hombre de las ratas, pero también de muchos otros, especialmente ese por el cual Freud introduce la expresión de *proton pseudos*, en «Proyecto de una psicología científica». De hecho, cuando la joven muchacha que atormentada por el temor de entrar en las tiendas, con todo lo que ese término connota de atracción fascinante y la hantise (idea fija ?), habrá descifrado con Freud la cadena que permite sustituir el significante «hombre» al significante «tienda», y traducir su fobia en términos de (hantise) de la relación sexual al hombre, ella estará entre la espada y la pared del verdadero problema a tratar. Igual para el Hombre de las ratas: su obsesión desaparece de manera espectacular bajo los efectos del desciframiento, pero él continúa compañero de la muerte que lo espera en el lugar de la mujer.

Hace falta entonces más tiempo para tratar la relación del sujeto a la causa sexual que para descifrar el síntoma, en el sentido restringido del término. Este hecho nos introduce a la pregunta del tiempo lógico en su definición estricta. El tiempo retroactivo de la cadena puede sin duda ser dicho «tiempo lógico», en la medida en que la lógica del significante comanda a su movimiento reversivo. Reservemos no obstante la expresión de «tiempo lógico» al tiempo que hace falta para concluir a pesar la incompletud del Otro, allí donde el inconsciente mismo no sabe. Este tiempo es requerido para poner un término a la serie asociativa infinita y para producir el efecto del *après-coup* de allí que ésta pueda ordenarse en secuencia finita.

### **El tiempo lógico**

Lograr concluir a pesar de la falta de saber, es el problema presentado a cada uno de los prisioneros en el sofismo del texto que Lacan consagra al tiempo lógico en 1945. Cada uno debe deducir su propio color que él no sabe, pero que los otros dos saben. Lacan los designa con tres letras A, B y C, A siendo

cada uno de ellos, en tanto que él calcula su color. El lo puede hacer infiriendo de los movimientos de los otros lo que ellos saben de su propio color. No es sin duda excesivo ver en este saber de B y de C una especie de anticipación de la función del Otro, lugar de saber. No obstante, mas allá de haber reconocido la incompletud de ese Otro, lugar tachado donde saber falta, significante de A tachado S(A), Lacan nunca cesó de referirse a su tiempo lógico. El lo redefine en «Radiofonía» como el tiempo necesario para «decirse», y esto no es simplemente ese que hace falta para asociarse a los significantes de su cadena. El retomó esto en el seminario *Aun*, para redefinirlo como un cálculo sobre el objeto *a*. Modificando su formulación anterior en la cual él nombraba A cada uno de los sujetos en tanto que calculador, él pone el acento sobre el saber que falta designándolos a partir de allí como «*a*», en la medida en que cada uno de los tres intervienen como objeto bajo la mirada de los otros dos, en tanto que él es lo «que se juega de sus pensamientos». Toda la cuestión es en efecto de saber cómo concluir allí donde el saber falta no solamente al sujeto, sino también... al Otro. Hace falta un cálculo deductivo, y entonces, yo lo había evocado hace algunos años, «un analizante lógico» que extraiga las consecuencias de sus dichos: de eso que se dice, y de eso que ellos sean dichos.

Se puede localizar la diferencia entre el tiempo de la sola asociación libre y el tiempo propiamente lógico sobre la escritura del discurso analítico, la estática de su estructura no excluyendo que uno sitúe allí la temporalidad de la experiencia. La cadena del sujeto se sitúa en el piso inferior, entre la producción de significantes amos y el saber que inscribe la significación de la verdad, es allí que uno puede localizar el tiempo de secuencia asociadas. El tiempo lógico que debe concluir sobre la causa imposible a decir se situaría mas bien entre los dos pisos del discurso, en su parte izquierda que escribe el hiato del saber y del ser de goce:

a — \$  
S2      S1

El punto de almohadillado del tiempo lógico que concluye la serie sin fin de dichos solo puede ser conclusión sobrepasando lo imposible a saber – represión original, decía Freud – para un saber de lo imposible. Nada que ver con algún horizonte místico. Contrariamente a lo que afirma Wittgenstein, «lo inexpresable» no es el elemento místico. El no se muestra, se deduce y el sujeto

se encuentra instruido de su división. Tal es lo didáctico del análisis: la lógica releva allí el saber desfalleciente para producir, al final, el sujeto «asegurado de saber» las diversas formas de lo imposible inscritas en la estructura. La conclusión del pase, comporta, la verificación de una imposibilidad., en la que la afirmación hace punto de almohadillado para el conjunto de la serie asociativa. Al empujar el saber a los límites de su elaboración, él descubre que él no sabe todo del ser. Desvalorización. La castración allí se confirma de estar sin recursos, y la repetición de la demanda se resuelve de su vanidad percibida. Así el sujeto verifica que a más decirse, afirma tanto más eso que no sabría decirse, y que el tiempo para decirse se dobla a cada paso de un tiempo para instruirse de lo imposible a decir, hasta que éste último, de haber llegado a sus fines – el sujeto instruido – no pone un término al primero. Beneficio epistémico, entonces.

Hace falta sin embargo constatar que este beneficio solo es posible y no tiene jamás la necesidad de una conclusión demostrada deductiblemente: a muchos análisis les falta la conclusión de la imposibilidad, y los que llegan a ésta que condiciona la travesía de lo que Lacan designó como momento de pase, se mantienen de todas maneras más acá de la demostración a la cual el análisis apenas se presta. Todas las conclusiones no son del mismo orden. Si se trata de una novela, lo inesperado y la sorpresa pueden tener sus precios. Hay también los desenlaces solamente en acto. En el registro propiamente lógico, la conclusión parece valer por su necesidad. A la evidencia no obstante, uno lo constata, todas las conclusiones de fin de análisis no son conclusiones de imposibilidad. Un sujeto puede precipitarse hacia la salida sobre un «basta!» ya sea por el desespero de obtener mas, o por satisfacerse de lo adquirido de la verdad o por el haberse producido el estar mejor. Toda la cuestión es entonces evaluar, en cada caso, la conexión determinante entre la decisión de salida y la conclusión obtenida en lo simbólico.

### **El plus-de-tiempo**

La pregunta que se plantea es entonces el dinamismo de eso que imprime al tiempo lógico el ritmo propio a cada caso, incluso sus limitaciones algunas veces irreductibles. Por qué hace falta tanto tiempo al sujeto para instruirse de una estructura que está al trabajo a todo lo largo de la experiencia, y cómo puede él negarse a eso ?

Es de notar en primer lugar que no es conclusión puramente lógica. La

incompletud, incluso lo no decidido, indican, allí donde uno menos esperaría, en la lógica matemática misma, eso que limita el orden deductivo: tan necesario como parezca, una conclusión envuelve siempre un elemento de decisión, por lo cual ésta no se impondrá jamás a aquél que allí no consienta para nada.

Preguntémosnos en primer lugar a cual categoría, de lo imaginario, de lo simbólico, o de lo real, pertenece este tiempo lógico de la conclusión. Lacan plantea la pregunta y responde en un pasaje de «Radiofonía». Evocando el «decirse», él agrega: «eso que del tiempo le hace tejido no es préstamo de lo imaginario, sino mas bien de un textil donde los nudos no dirían sino los agujeros que ahí se encuentran». Se puede ver lo que está en cuestión: si el tiempo lógico no es simplemente idéntico a aquel de los nudos de la significación – imaginario -, es entonces simplemente de esencia simbólico? La evocación del agujero podría sugerirlo, pero la frase, mas sutil, desliza, sobre la vena homofónica de la textualidad a la textura: dos términos en lugar de uno, no es evidentemente para decir la misma cosa, sino para adherir la complejidad de la cosa misma: la dehiscencia invisible que de texto a textil fractura una aparente semejanza. Este textil, si él no es simplemente de esencia simbólico tendería entonces a lo real?

No obstante es otro término que Lacan convoca: «Este tiempo lógico no tiene En-si más que eso que de ello cae para subastarse al masoquismo». Tortuosa precisión de una frase que a la vez niega y afirma lo que niega – el en-si del tiempo lógico -; sutileza de una negación agregada a la expresión común «no tener sino»: «solo tiene de (...) que eso que»; clivage sorprendente de la frase entre una afirmación que niega – «él no tiene» – y una negación que afirma- «él no tiene sino». El término de masoquismo connota evidentemente el goce y el objeto que se propone a él. No es la primera vez que Lacan evoca el en-si del objeto *a*. El ya lo hizo en su resumen del seminario sobre El Acto psicoanalítico. El préstamo es a Kant, evocado algunas páginas anteriores de manera crítica y a su «Cosa en-si», que tal la Dame inaccesible, «se sustraería al conocimiento». El objeto *a* no es el en-si del tiempo lógico, porque él no estaría sin la cadena simbólica de la cual cae; éste es sin embargo el solo en-si, no porque él permanece tan imposible a decir como el nouméno de Kant sería imposible a conocer, sino porque éste existe mas sustancialmente. Su sustancia, la única evocable aquí, es el goce que el texto evoca justo un poco después. Si él lo dice en-si, este objeto, más bien que decirlo real, como en otras circunstancias, es precisamente para evocar eso que se agrega de goce, al real de su consistencia lógica.

Es del «decirse» perpetuado que el goce que «se produce de efecto de textura» consigue algunas veces resistir a la conclusión que pondrá un término, el sujeto no se instruiría que al precio de una renuncia. El plus-de-tiempo es la cara visible de un plus-de-goce. En efecto, hace falta tiempo, dice Lacan «para hacerse al ser» La expresión connota el forzage de un consentimiento, la paciencia de soportar, de habituarse... a lo inevitable – otro nombre de lo imposible. Este ser el cual hace falta hacerse no viene del Otro. El no tiene garante ni de saber ni de amor. Hacerse, es separarse de las puestas en acto transferenciales, que en la repetición de la demanda, conectan el sujeto al Otro que él llama como complemento de su falta-en-ser. Esta caída de la demanda, donde el partenaire se desmaya, es eso que puede producirse cuando la respuesta imposible de lo simbólico aparece puntualmente como... la respuesta, la respuesta que reduce el sujeto a su ser sin Otro. Aun se necesita que él se haga... con el tiempo. Este tiempo no es epistémico. Este depende menos del entendimiento que de una impensable decisión.

El tiempo del análisis no puede comprimirse, porque el tiempo necesario para empujar lo simbólico en sus fortificaciones, tiempo lógico, es inseparable de aquél que hace falta todavía para admitir y soportar el resultado. Es un tiempo imprevisible, cuya ecuación incluye el elemento incalculable de una «insondable decisión del ser», según la expresión utilizada desde hace tiempo por Lacan a propósito de la psicosis. La elección del goce está implicada allí. La del neurótico prevaleciendo un goce sobre la falta-en-ser del cual sin embargo se queja, se concibe que le haga falta tiempo para rectificarla. Si él lo hace será en acto: sobre este punto Wittgenstein no se equivoca que niega la posibilidad misma de «proposiciones éticas». De hecho, no hay ética declarativa. Pero aquí como en otra parte, es «rectificando la posición de la ética» que se prepara, no la ciencia, sino la conclusión lógica sin lo cual no hay para nada deseo del analista posible.

**Colette Soler**

## **BIBLIOGRAFÍA**

S. Freud, «Psicopatología de la vida cotidiana» (1901), O.C. volumen VI, Amorrortu.

S. Freud, «Lo inconsciente» (1915), O.C. volumen XIV, Amorrortu.

S. Freud, «Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis» (1932-36), volumen XXII, Amorrortu.

J. Lacan, «El tiempo lógico y el aserto de la certidumbre anticipada: un nuevo sofisma» (1945), en «Escritos» tomo I, siglo XXI.

J. Lacan, «Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis» (1953), en «Escritos» tomo I, siglo XXI.

J. Lacan, Seminario 11, «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis» (1964), Paidós.

J. Lacan, Seminario 20, «Aun» (1972-73), Paidós.

VVAA, «Le temps fait symptome», Revista de la Cause Freudienne n.26, 1994.

VVAA, «El tiempo del psicoanálisis», revista de la Internacional de Foros del Campo Lacaniano, Heteridad n.3, 2003.

VVAA, «La sesión corta», revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis n.6, 2004.







## ÍNDICE

### EL SUJETO Y EL TIEMPO

El Tiempo del acto <i>Juan Guillermo Uribe</i>	13
Objeto, corte y tiempo <i>Beatriz Elena Maya Restrepo</i>	15
A la hora de la verdad «a» <i>Juan Manuel Uribe Cano</i>	17
Interpretación, corte y tiempo <i>Ricardo Rojas Gutiérrez</i>	19
Subjetivación del tiempo en el final <i>Patricia Muñoz</i>	22
Los tiempos del sujeto (et opus temporis) <i>Jorge Zanghellini</i>	25
Los tiempos del sujeto en el discurso <i>Susana Diaz</i>	35
Tiempo del inconsciente y discurso de la época	
Progresión, regresión, destitución. <i>Mario Uribe Rivera</i>	41
La temporalidad de la transferencia <i>Silvia Migdalek</i>	45

### EL PSICOANÁLISIS EN SU TIEMPO

El psicoanálisis en su tiempo <i>Jairo Gerbase</i>	59
150 años después del nacimiento de Sigmund Freud ¿hay un tiempo para el psicoanálisis? <i>Maria de los Angeles Gómez y otros</i>	77

### EL TIEMPO DEL ANÁLISIS

El tiempo en la cura, las sesiones a-temporales <i>Manuel Baldiz</i>	93
El acontecimiento imprevisto en el cuadro de la experiencia analítica <i>Ana Canedo</i>	101
El tiempo, el inconsciente y la letra <i>Luis Izcovich</i>	121
El tiempo que hace falta <i>Colette Soler</i>	139